

OBRAS COMPLETAS

RENÉ AVILÉS FABILA

TANTADEL



LA CANCIÓN DE ODETTE



Lectulandia

Con este volumen inicia la publicación de las obras completas de René Avilés Fabila. Los temas que pueblan los caminos del creador, sus laberintos de espejos y espejismos se ofrecen a la mirada del lector y del estudioso como un universo contenido en un solo punto. El universo de Avilés Fabila mostrado en estas páginas se nos aparece entonces como algo familiar y nuevo al mismo tiempo. Homenaje al autor, sí, pero también y sobre todo, a su lengua y a su literatura.

De las obras contenidas en este tomo Bernardo Ruiz ha escrito: «*Tantadel* es una obra que se inventa sobre la anécdota que la genera. Hay una mujer fascinante, de belleza excepcional, de ingenuidad soberana y noble corazón. Fatalmente, *Tantadel* será leal y sincera, al personaje que se le muestra, que la seduce, que la enamora y que la atormenta (...) *Tantadel* no ha sufrido del paso del tiempo, Avilés Fabila logró una trama que mantiene su actualidad y atractivo a través del postulado que describió Rubén Bonifaz Nuño para el Catulo de *Amo y odio*: Toda juventud es sufrimiento.»

Sobre *La canción de Odette* Bernardo Ruiz escribe: «*Odette* es una mujer de excepción, dueña de una longeva belleza, hábil, sensible e inteligente. Es piedra de escándalo social y familiar por sus recurrentes y extravagantes amoríos; maga y bruja para quien, no obstante, es imposible detener el paso del tiempo (...). Con Avilés Fabila, en particular en estas dos novelas, se tiene la posibilidad de comprender que un mundo que no perciba la magia de la mujer y su inconfesada grandeza es un mundo que merece su desaparición.»

Lectulandia

René Avilés Fabila

Tantadel. La canción de Odette

ePub r1.0

Titivillus 23.02.17

Título original: *Tantadel* (1975). *La canción de Odette* (1982)

René Avilés Fabila, 1975

Diseño de cubierta: Perla Alejandra López Romo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

Plauto en su *Atormentador de sí mismo* mostró al tipo de hombre incapaz de alcanzar la felicidad. Ésta, afirma Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, es el mayor bien al que puede aspirar un individuo. Siglos después, *El mercader de Venecia* de William Shakespeare describe el tormento y la ceguera que provocan los celos en Otelo, incapaz de apreciar su dicha y de hacer oídos sordos a las intrigas de sus supuestos allegados.

René Avilés Fabila, en dos libros que continúan su proyecto novelístico durante el último cuarto de siglo pasado —tras *Los juegos* y *El gran solitario de palacio*—, explora en *Tantadel* (1975) y en *La canción de Odette* (1982), dos obras complementarias, el perfil de dos protagonistas incapaces de reconocer el rostro de la felicidad a causa de sus desbordadas inteligencias, a causa de su peculiar sensibilidad.

En *Tantadel*, desconocemos el nombre del protagonista: una voz en primera persona que reflexiona su encuentro amoroso con Tantadel y su ruptura tras el primer amor verdadero de un hombre en el umbral de su primera juventud. Novela donde la dimensión de la mujer, Tantadel, y del narrador ocupan todo el horizonte de la obra en una Ciudad de México cuyos sitios son meras señales en segundo plano que se desdibujan en el horizonte de la amante y el amado. Antes de llegar a Tantadel, escuchamos, el narrador ha tenido diversos encuentros carnales y experiencias físicas que jamás han dejado huella, ni mantienen presencia en su espíritu.

Él posee una amplia cultura, trabajos eventuales, una vida dependiente aún de su familia que se contraponen con una gran rebeldía y un profundo desprecio por lo establecido, a los que se agrega una profunda curiosidad intelectual y vital. Dispuesto siempre a correr riesgos en sus apuestas intelectuales, jamás aceptará —de facto— los acontecimientos y su natural causalidad.

Inconforme con su pequeña burguesía, reniega de ella y adopta el discurso de las utopías de izquierda, para hacerse distinto, diferenciarse de su medio y de su sociedad emancipándose del pasado. Victoria pírrica y parcial, ignora que una actitud intelectual no puede reprimir ni gobernar diversos estados del alma.

Insistente, se recrea a partir de una errónea visión de sí mismo: hay en él un germen creciente de autodevaluación, un vasto menosprecio por su persona, un temor de que sus debilidades sean descubiertas y atacadas: por ello ha de inventarse, convertirse en su propio ingenio, un personaje literario que se actúa con perfección tal que deberá aceptar —en consecuencia— los vaivenes de la fortuna que sucedan a la imagen que proyecta de sí.

¿De quién se defiende? Múltiples pueden ser las respuestas. Tal es motivo de la escritura de *Tantadel*, se devela al término de la obra: cada lector, como la misma Tantadel, deberá intentar descubrir la verdad en la obra misma. ¿Podrá, sin embargo, Tantadel comprender el manuscrito que le entrega su excompañero?

Tantadel, en tal medida, es una obra que se inventa sobre la anécdota que la genera. Hay una mujer fascinante, de belleza excepcional, de ingenuidad soberana y noble corazón, capaz de intentar aprender siempre por encima de sus aciertos y errores pasados e independiente en lo económico. Su nombre es Tantadel. Su manera de ser y de pensar son mágicos totalmente: desde la astrología y la afición por la psicología de manual, hasta sus desconcertantes lecturas y supersticiones la diferencian del agudo racionalismo del autor. Capaz de escuchar y creer en la palabra de quienes la rodean, Tantadel acepta con total confianza la historia y la ficción que el narrador, su entonces compañero, le plantea.

Fatalmente, Tantadel será leal y sincera al personaje que se le muestra, que la seduce, que la enamora y que la atormenta. Porque para su desgracia, ella cree amar a un hombre casado, moderno, liberal e independiente, cuya estatura se disminuye por los celos que él, el ser sin nombre, siente por no haber sido *siempre* el dueño de Tantadel y no tenerla para su exclusividad.

En contraparte, placer del lector como testigo, descubriremos que ella jamás llega a pronunciar su nombre, a identificarlo, a individualizarlo y hacerlo inconfundible para la historia que ella se guardará —relato apenas imaginado por las suposiciones de él, quien no se cansa de mencionarla, de referirla, de describirla y de tejer para ella numerosos destinos.

El narrador, perfilamos, en su brusco deseo de no repetir error alguno del acontecer humano, comete la más común de las equivocaciones: tras inventarse, exige que su amante pierda su identidad, se convierta en aquello que dicta el ideal, renuncie al natural atractivo que fundamentó su aproximación. Tarea imposible en virtud de la sencillez que nimba a la mujer, quien ciertamente sentirá y sufrirá el dolor de la pérdida, mas podrá superarla. No será una marioneta como las cada vez más complejas supuestas esposa y amantes del narrador... a quien habría que señalarle la última frase de *El gran solitario de palacio* que muestra sin ambages el rostro de la soledad.

En una lectura más detallada, diversos niveles de la obra multiplican los espejos de este laberinto: las alusiones literarias, las irrupciones del diálogo dirigido hacia Tantadel por el narrador, la aparente dilución de tiempos, y la sucesiva irrupción del discurso histórico e imaginativo, junto con las constantes digresiones en el calculado ajedrez que debe mover las reacciones de la mujer.

Tantadel no ha sufrido el paso del tiempo, Avilés Fabila logró una trama que mantiene su actualidad y atractivo a través del postulado que describió Rubén Bonifaz Nuño para el Catulo de *Amo y odio*: Toda juventud es sufrimiento.

Pareciera entonces agotada la veta de los celos, en particular los celos retrospectivos, esos que tanto preocuparon al Joyce de *The dead*, donde su personaje Gabriel Conroy —a cuya perspicacia tanto deben los protagonistas de Avilés Fabila— se lamenta de que alguien en el pasado hubiera podido desear o amar a su amada. Con este interés, sospecho, Avilés Fabila consideró que podía enfocar el tema con

una nueva y original perspectiva, con la cual lograr un enfoque diverso que ofreciera una nueva dimensión al asunto. Tal es el motivo de *La canción de Odette*.

Odette es una mujer de excepción, dueña de una longeva belleza, hábil, sensible, e inteligente. Es piedra de escándalo social y familiar por sus recurrentes y extravagantes amoríos; maga y bruja para quien, no obstante, es imposible detener el paso del tiempo. Rica y divorciada, dueña de su mundo, un orbe regenerado cotidianamente por su magia y por las sombras de la noche mueve los comportamientos de sus seguidores.

Odette ha muerto —arranca la historia— y el motivo viene a ser para Enrique —el narrador— averiguar cómo fue su deceso. A partir de ese instante la historia es una investigación y rememoración del pasado. Enrique llegó a Odette a través de Silvana, con quien sostuvo varios años de relación, un amor intenso que carcomieron los celos: la existencia de un hijo de Silvana que Enrique no acepta, la imaginaria competencia con el desconocido padre del niño y el horror que le produce que exista la posibilidad de que, a través del pasado, Silvana le sea infiel.

Varias son las versiones que escucha Enrique de la muerte de Odette en boca de cada uno de los antiguos cortesanos que convivieron en esas fiestas en la mágica casona de Coyoacán y en los asedios a cabarets o panteones que organizaron durante la noche; mas ninguna relación que escucha es verosímil. De todos los asistentes a las juergas, sólo Silvana, Javier Guerrero —un amigo de Enrique— y el propio narrador, conocemos, tenían la inteligencia y sensibilidad para comprender la magia y los secretos de Odette, o sus reacciones y forma de ser.

Llaman la atención en el relato las encubiertas reflexiones respecto a la pasajera juventud, a la dualidad del varón por emular consciente o inconscientemente a Pigmalión o a Epimeteo en su ansia de aprehender o apoderarse del misterio femenino —como herencias fatales del género— y el aceptar que el donjuanismo es sólo un autoengaño fatal.

O bien que no baste la inteligencia para rebasar los impedimentos que lastran oscuros temores del pasado para impedir el desarrollo de una relación más allá de parámetros pequeño burgueses.

Que semejantes percepciones se presenten en una obra ironizante respecto a la vacuidad de muchos grupos de vividores, en medio de una continua celebración de la existencia, en un texto donde el narrador se inspira para sus tormentos en el autor de *Tantadel*, obra que demuestra —califica Enrique— el deterioro inexorable del amor a través de los celos, es un juego de espejos característico de Aviles Fabila.

La aparente parodia busca una salida vital que no hubo en *Tantadel*. La puerta mágica la ofrece como escape la propia Odette a Enrique a través de una infidelidad necesaria. En ella, como Consuelo Llorente en el papel de Aura —la protagonista del relato homónimo de Carlos Fuentes— Odette se posesiona de él para enseñarle la culpabilidad a fin de que se despoje de su odio por Silvana e intente aceptarla cabalmente.

Avilés Fabila buscó una intertextualidad natural con *Tantadel* y llevó a un territorio más ventajoso para la mujer la atmósfera de *La canción de Odette*: si *Tantadel* era una mujer del pensamiento mágico, la geografía de *La canción de Odette* no abandona nunca el terreno de lo feérico: desde la decoración de la mansión que centra la novela, el espejo mágico de la protagonista, sus juguetes y regalos maravillosos, la fantasía capaz de alterar *Cleopatra* o *Lawrence de Arabia*, el show de un cabaret, los viajes en el tiempo o la percepción de la génesis de una obra de arte se ubican siempre en la ficción más estricta, donde la realidad, ese regreso a un mundo sin Odette, muestra su aspereza y oquedad.

Y si *Tantadel* opta por un final abierto, *La canción de Odette*, por el contrario, decide que la obra sea un reflejo fiel del cuadro del Bosco que preside la habitación de Odette: *El jardín de las delicias*.

Con esta intención el final de la novela es un reencuentro amoroso donde la ternura y el misterio se diluyen en el crepúsculo frente al mar, como el postrer toque de la magia que siempre propició Odette.

En tal sentido es contrastante el contacto entre ambas obras del presente volumen, y complementario. Lo cual apunta hacia una evolución que ha de cumplirse en el *Réquiem por un suicida*, donde se consolidan las constantes narrativas de Avilés Fabila: el desprecio por una inteligencia y una cultura que no alimenta la existencia de los hombres; la soledad de los poderosos de cualquier signo; la propuesta de un estoico epicureísmo —que en ocasiones se convierte en un estoicismo epicúreo—; la vacuidad del mundo cuando pierde contacto con la imaginación y la fantasía; el derecho a la eutanasia y el cabal desprecio por una existencia donde el desamor se disfraza de pasión.

Con Avilés Fabila, en particular en estas dos novelas, se tiene la posibilidad de comprender que un mundo que no perciba la magia de la mujer y su inconfesada grandeza es un mundo que merece su desaparición.

BERNARDO RUIZ
Oaxaca, Oax., junio de 2001

Tantadel

En primer lugar, el amor es una experiencia común a dos personas. Pero el hecho de ser una experiencia común no quiere decir que sea una experiencia similar para las dos partes afectadas. Hay el amante y hay el amado, y cada uno de ellos proviene de regiones distintas. Con mucha frecuencia, el amado no es más que un estímulo para el amor acumulado durante años en el corazón del amante. No hay amante que no se dé cuenta de esto, con mayor o menor claridad; en el fondo, sabe que su amor es un amor solitario. Conoce entonces una soledad nueva y extraña, y este conocimiento le hace sufrir. No le queda más que una salida: alojar su amor en el corazón del mejor modo posible; tiene que crearse un nuevo mundo interior, un mundo intenso, extraño y suficiente. Permítasenos añadir que este amante no ha de ser necesariamente un joven que ahorra para un anillo de boda; puede ser un hombre, una mujer, un niño, cualquier criatura humana sobre la tierra.

La balada del café triste
CARSON McCOLLERS

I

Cómo iniciar la narración. Me prometí objetividad, más que eso: me exigí veracidad, contar las cosas tal como sucedieron, ser honesto, sobre todo hablar de los sentimientos y pasiones que movieron cada acto de mi relación con Tantadel, los pensamientos que nunca se convirtieron en palabras o en hechos, que permanecieron agazapados entre actitudes falsas o detenidos antes de llegar a la superficie por causa de la cobardía de seres lamentablemente conformados. ¿Podré hacerlo? Hay cosas que parecen irreales, producto de la imaginación, de una imaginación fatigada de trabajar en busca de un mundo habitable. Lo que me detiene quizá sea el hilo de los sucesos, los recuerdos no fluyen en línea recta ni con la exactitud necesaria. Tampoco puedo precisar cuándo nació la idea o la inquietud de escribir esta historia: de dónde el deseo de ponerla en cuartillas, revisarla y, secretamente, aspirar a los lectores, uno, dos, cinco, diez, sólo Tantadel, los que sean: nadie escribe para sí mismo. En fin.

Conocí a Tantadel en la escuela: efectivamente: ahora la veo: está en el jardín, junto a la biblioteca, borrosa, distingo su sonrisa; a su alrededor no hay nadie: es extraño, debería haber clases y maestros y alumnos: yo mismo no aparezco por ningún sitio; ella habla y gesticula; no escucho sus palabras, ignoro qué dice, a quién se dirige, cuáles son los tipos que la oyen y la miran. Su sonrisa es brillante aunque no basta para disipar las brumas, esa neblina molesta que la rodea o protege y le concede un aspecto fantasmal. Después, la figura se desvanece y no vuelvo a verla, no vuelvo a saber de Tantadel. Ya no ocupa otro espacio en mi vida ni en los recuerdos que conforman mi pasado, mi memoria. Luego, cinco años más tarde y hace unos meses solamente, por azar, por azar y por Ignacio (quien me fue presentado en una reunión de ex alumnos de Ciencias Políticas), la reencuentro; él pronuncia de nuevo el nombre mágico: Tantadel.

(Tantadel, ¿mujer o título de unas hojas?, ¿ambas cosas? ¿La habré imaginado o en efecto existió y juntos dimos origen a una pesadilla dantesca llevando el infierno a cuestras? ¿O escribí sobre un ser ficticio que ahora ha cobrado vida, como la estatua de Pígalión? Si fuera esto último, ¿deberemos unirnos para convertir en realidad la fantasía y cumplir cabalmente con lo escrito: ocupar un tiempo lleno de absurdos, caótico, y luego reproducirlo en cuartillas? ¿Qué fue primero: Tantadel o estas páginas? ¿Cómo podría saberlo? De no aclarar la interrogante tal vez concluya dudando de mi propia existencia.)

Ignacio, casi al llegar a mi casa: ¿Recuerdas a Tantadel?

Francamente no, pero el nombre me es familiar, no es común.

Ella se acuerda de ti.

Hice un esfuerzo, nada.

Participaba en actos políticos y culturales y andaba con los puros snobs de humanidades.

Tampoco.

Bueno, prosiguió Ignacio, la veremos mañana: hay una fiesta y Tantadel irá.

Lo que presupone que nosotros también iremos, ¿no?

Sí, habrá trago y muy buenas niñas de la Universidad.

Eso me convenció. El exhibicionismo de nuestros recién enriquecidos había llegado al colmo de sacar a sus hijas de las escuelas confesionales para meterlas en la Facultad de Filosofía y Letras o en Ciencias Políticas. Es más elegante, dije casi indignado, y al concluir sus pésimos estudios pueden emplearlas en altos cargos gubernamentales.

O bien pueden pescar marido y no concluir, añadió Ignacio.

De cualquier forma, estimable amigo, no olvides que si algo debemos envidiarle a la burguesía no son sus talentos sino sus mujeres.

Iremos.

La casa de la fiesta no aparecía. Ignacio y yo recorrimos las calles marcadas Paseo del Pedregal, pero el número requerido para beber y bailar continuaba oculto en alguna parte.

Bueno, espeté fastidiado, no habrá fiesta ni muchachitas ramplonas ni Tantadel.

Debieron darme mal la dirección, explicó Ignacio aún más desolado.

Sin embargo, por ahí, cerca de nosotros, había gente peinando la zona con evidentes caras de buscar donde divertirse: veían puertas, número, interrogaban transeúntes.

Sigue, hablé esperanzado. Tiene que estar por algún lado.

El coche de Ignacio iba con lentitud. Al frente otro auto apagó y prendió sus luces varias ocasiones. Es Tantadel, aclaró mi compañero. Nos acercamos. Ella estaba con un amigo. La reconocí en seguida. En efecto, la conozco, exclamé para convencer a Ignacio y convencerme a mí de la realidad de Tantadel. Miré su cabellera rubia, su rostro bellísimo —mientras descendíamos de los coches e íbamos al encuentro—, su vestido largo hasta el suelo; nos saludó festiva, eufórica, exagerada; después descubriría que esos ritos formaban parte de su personalidad, muy sociable, como en una persona que ha estado sola por mucho tiempo y al encontrarse con un semejante (Robinson Crusoe y un «pobre salvaje» como Viernes) enloquece de contento. Tampoco encontraban la dirección, así que todos juntos mandamos la fiesta al diablo y decidimos buscar una emborrachaduría de mala muerte para pasar *emociones fuertes*, dijimos riéndonos. Ése es el principio, Tantadel. De esta manera comenzó nuestra historia, la que deseo contar para que sepas cómo vi la relación, cómo la veo, para que te enteres de lo que guardé por temor a herir tu susceptibilidad o porque a veces no puedo decir las cosas; quiero que ahora comprendas cuánto te odié en unos momentos y cuánto te quise en otros. Sorprendente, ignoro los sentimientos que hoy padezco por ella, son confusos o más bien una mezcla de varios: amor, desprecio. Cuando rompió conmigo sentí ahogo, una angustia sofocante que se adueñaba de mi estómago, de mis pulmones, de mi garganta, que impedía el trabajo rutinario; no razonaba, y por muchos días no supe qué hacer; sólo pensaba en Tantadel caminando por los lugares que en el pasado frecuentamos; vagaba por *nuestros* sitios. No

deseaba encontrarme con ella; me hubiera conformado con verla a distancia, aunque estuviera acompañada de un amigo: placer doloroso, masoquismo puro; muchas veces me vi a punto de llamarla telefónicamente, de oprimir el timbre de su departamento, de espiarla; nunca lo hice. Hoy tengo el control de mis emociones (al menos eso supongo) y no me interesa su amistad; la tuve íntegra; tenerla nada más para escuchar su voz o para que ella oiga la mía carece de atractivo. Quizá por ello nunca he mantenido amistad con ex amantes. Luego de una entrega completa, donde ambos ponen todo de su parte para intentar la pareja perfecta (aunque sea efímera), no tiene sentido ceder a la amistad, porque amistad es relación vulgar y desprovista de interés. Me parece que la forma más extraordinaria de amistad se halla en el amor.

Nos metimos en un cabaret de cuarta categoría: prostitutas, obreros, rufianes, policías secretos y nosotros. Se trataba de emborracharnos. O al menos eso entendimos Ignacio y yo pues bebimos desmesuradamente. Yo me senté junto a Tantadel y luego de probar que podía ser simpático la saqué a bailar. La estreché con ternura y emoción recordando lo asediada que era en la escuela y lo selectiva que fue: siempre a su lado los muchachos más destacados: los que apuntaban al éxito en política o en alguna actividad cultural o los que por su simpatía y talento eran admirados. La música cesó. Un burdo cambio de luces, transformaciones obvias en el decorado, y vino la variedad: maricones bailando: blanco de las burlas de los machos que frecuentaban el sitio; jovencitas que intentaban cantar mientras hacían un penosísimo estriptís; chistes vulgares contados por payasos; de todo, hasta un viejo y reaccionario cantante cubano venido a menos, ya sin voz, que repetía fatigosamente las canciones que lo hicieron célebre años atrás. La variedad era entretenida —sicológicamente, sociológicamente— en su lamentable transcurrir, en especial para quienes la veíamos por vez primera y provistos de cierto buen gusto. No dejaba de ser interesante, aun dentro de la borrachera que poco a poco iba capturando mi cuerpo, mis sentidos, dominándolos, observar que la mayor excitación se produjo cuando apareció una muchachita con rostro de más muchachita vestida a la usanza de una novia: de blanco, velo y un ramo de flores artificiales: con entereza —y dotada de alguna majestuosidad primitiva—, como si estuviera caminando hacia el altar, dio varias vueltas a la pista; en el centro pusieron una silla y ahí comenzó a desvestirse, lentamente, en tanto la multitud aullaba, gritaba groserías y exigía ver los vellos del pubis.

Al finalizar el «espectacular chou» yo tenía entre las mías la mano de Tantadel, sin que me importaran sus comentarios pedantes sobre lo sucedido en el escenario. La música de fondo pasó a ser danzón y los borrachos sacaron a las putas a bailar y yo a Tantadel. Y bailamos igual que borrachos y putas, apretándonos fuertemente, tratando de que los sexos quedaran lo más juntos posibles.

Mientras intentábamos liquidar la segunda botella, nos indicaron que había llegado la hora de cerrar. Qué tragedia. A buscar otro sitio. Nos encaminamos a los coches. Esta vez me metí en el de Tantadel. Su compañero original (que por fortuna

no hablaba más que para afirmar o negar) utilizó el Volkswagen de Ignacio. Fuimos hasta un cabaret de primera, de esos con horario amplio. Ahí bebimos una o dos copas. Súbitamente decidí acariciar las piernas de Tantadel. Guardó silencio, no hizo el menor movimiento de rechazo y fingió escuchar una anécdota de Ignacio. Esa discreción me dio ánimos para continuar. El seudorrestaurante era siniestro y sin la honestidad del primero, con pretensiones de elegancia; un guitarrista tocaba flamenco y en distintas mesas borrachines hispanizantes berreaban siguiendo la música. Al fin llegó la hora de partir. Ignacio se despidió y junto con el amigo de Tantadel salió dando traspiés. Ella y yo nos retrasamos. Capturé su cuerpo con mi brazo derecho y la conduje a su auto. Me preguntó:

¿Quieres que te lleve a tu casa?

No. Quiero que me lleves a la tuya, contesté con seguridad: había bailado con ella, toqué sus piernas, le dije que desde la escuela me gustaba muchísimo; además, a esas alturas no era un secreto el que vivía sola. Sin titubeos me condujo hasta su departamento. Entré siguiéndola y como pude me introduje en la cama. Tantadel todavía tuvo ánimos para desmaquillarse. Una lámpara de buró, con un foco de reducidos watts, me permitía ver la habitación donde dormía Tantadel: desordenada, llena de objetos extraños, sin conexión unos con otros (floreros de vidrio soplado, reproducciones de museos europeos, figuras de bronce, de paja, de barro, ceniceros y estatuillas ultramodernos, juguetes indígenas..., un bazar de antigüedades en el que por descuido depositaron piezas actuales), sin ningún sentido del decorado, con libros en todos los rincones y la pared frente a la cama colmada de muñecas que me observaban con ojos fijos, inmóviles; traté de corresponder las miradas pero los rostros de las muñecas estaban borrosos, no podía distinguir sus facciones, sus colores. Se me ocurrió que aquellas mujercitas que ahora servían de adorno eran el pasado de Tantadel: evidentemente unas eran muy viejas, otras no tanto y por último las había de reciente creación; la ropa, el cuerpo, las caras, los detalles arrojaban luz sobre la época en que fueron fabricadas. Seguro pertenecieron a la Tantadel niña, a la Tantadel adolescente, a la Tantadel adulta. Cuántas serían. Ni siquiera me esforcé en contarlas. Ahora mismo recuerdo que jamás supe el número exacto de muñecas, tampoco averigüé su procedencia. Tal vez fueran treinta o treintaicinco. No lo sé. En cambio, se agrada recordar las más llamativas, las que estaban en los extremos: las horribles y maltratadas; las corrientes; las bonitas; las finas y lujosas, de vestidos ricos, regalos de amigos o amantes, resultado de un amorío. Había una negra de trapo, el clásico juguete de las niñas pobres, de esas que venden en cualquier mercado por doce pesos: pañoleta roja en la cabeza, blusa blanca, falda de cuadros, delantal: una sonrisa amplia, estúpida, y graciosas formas de chocolate; finalmente la versión deleznable que da la gente blanca (o casi) de la raza negra. Dejé de mirarlas cuando Tantadel puso a mi alcance su cuerpo desnudo: la besé en la boca, en los senos; mis manos por impulso propio recorrieron sus piernas, sus caderas, su cintura... Infructuosamente traté de hacer el amor: quedé dormido sin importarme sus

reacciones ante mis caricias. Al día siguiente me lo reprocharía duramente calificándome de egoísta.

Cuando desperté vi el lugar donde estaba: nada me era familiar y solamente la pared de las muñecas me resultó conocida. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Tantadel, pese a mis movimientos, continuó dormida. Fui a bañarme con agua muy caliente. En el botiquín había toda clase de artículos para hombre, desde máquinas de rasurar hasta lavandas y desodorantes masculinos. Bien por esta mujer, es precavida, vale por dos. El chistecito idiota no me hizo gracia. Al salir, Tantadel estaba esperándome. Sonreía como cuando iba a la escuela. Efectué algunos comentarios sobre la borrachera y lo divertida que estuvo; en realidad careció de gracia: fue vulgar y aparatosa, grosera como todas las borracheras antes y después que Baudelaire lo consignara. Luego intenté impresionarla, pero no como acostumbraba deslumbrar a otras mujeres: Tantadel era distinta; intentaría nuevos recursos. Le dije, entonces, que estaba casado y enamorado de mi esposa. Tantadel no pareció sorprenderse y siguió preparando el desayuno mientras yo ponía tazas, platos y cubiertos en la mesa. Vagamente recordaba que una muchacha, poco antes, me preguntó, tal vez dudándome soltero, si yo también tenía el cuento estúpido del esposo incomprendido, que deseaba divorciarse, sólo que los niños, la integridad de la familia, los principios religiosos, la sociedad. Pensando en ello inicié un número menos gastado. Tantadel escuchaba, con sus grandes ojos claros puestos en mí, sus manos entre las mías, dejando enfriar el té, sin probar las galletas, las cualidades de mi inexistente mujer. Hablé y hablé inventando el encuentro, el noviazgo, el amasiato, el matrimonio. Pronuncié un nombre al azar y seleccioné estudios. Dije que por ahora vivía en los Estados Unidos, curso de post grado. En un momento dado supuse que estaba yendo muy lejos y corté la conversación sin darme cuenta de algo aterrador: había contraído matrimonio de la manera menos usual. Lavamos los trastes y pusimos un poco de orden en el departamento. Ambos teníamos compromisos para el mediodía, por lo tanto hicimos cita para el anochecer.

En mi casa medité lo sucedido (luego de oír los consejos de mi madre y los consabidos, sobadísimos, y nunca atendidos sermones paternos de boca de un señor prácticamente desconocido: esto no es un hotel... no te mandas solo... cuando trabajes/). No podía quitarme de encima la imagen de la ex compañera de escuela. La lectura no solucionaba mis inquietudes: cada renglón hablaba de Tantadel y cada grabado se convertía en su cara. Tomé el teléfono y marqué el número de Ignacio. Primero saludos y el qué onda agarramos ayer, manís. En seguida solicité información sobre Tantadel. Los datos eran pobres, no obstante pude crearme una opinión amplia de la mujer que ocupaba mi mente por completo: estuvo casada, sin hijos, vivió con un tal Jaime por varios meses, después de Ciencias Políticas estudió Historia sin concluir, se jactaba de liberal, despojada de prejuicios, trabajaba en alguna dependencia de Educación Pública y sus amigos la veneraban, Ignacio entre ellos.

A medida que avanzaba el tiempo y se aproximaba la hora de la cita me ponía más nervioso. A las seis —faltaban aún sesenta minutos— me dirigí a casa de Tantadel: estuve caminando por los alrededores, por las calles laterales, hasta que dieron las siete y cinco, momento en que toqué el timbre sin hallar respuesta. Seguí tocando, debe estar dormida, tiene que estar, pero no, no estaba. Me alejé entre avergonzado y furioso por el plantón, y me metí en casa de una amiga: trataba de olvidar a Tantadel. Me decía, venganza ingenua: al menos supo que era casado, que adoraba a mi esposa. Mi amiga y su madre jugaban canasta o alguna de esas cosas que se juegan con naipes. Tratamos de establecer (traté, más bien) una cierta conversación; platicar cualquier tema, aceptaría lo que fuera con tal de zafarme de Tantadel, pero ellas estaban volcadas en un duelo de cartas y yo sobre mi fallida cita. Como a las nueve hablé a mi casa preguntando si alguien me había llamado. Sí, Tantadel que se excusaba por el retardo, que me esperaba. Antes de colgar escuché una recomendación materna: no llegues muy noche, hijo, tu padre está molesto. Solicité un taxi, aquellas mujeres continuaron el juego y yo pude llegar con la dama de las muñecas. Hola. Y le inventé una visita a casa de un poeta amigo mío, Juan Rejano, ¿lo conoces? Vive a unas cuantas calles de aquí, sobre Mazatlán; luego pasé a ver si por casualidad estabas. Mentí por orgullo infantil. Lo importante es que al fin la tenía a mi alcance. Nos besamos. Nos besamos muchas veces y por primera vez en mi vida pedí hacer el amor. Ahora, sin alcohol, podía contemplar a Tantadel desnuda: extraordinaria; lo mejor sin duda eran sus piernas o quizá resulte que yo tenga verdadera devoción por las piernas femeninas. Recordé un concepto de Céline, memorizado en plena adolescencia:

... sus piernas alargadas, rubias, magníficamente delineadas y tensas: piernas nobles. Dígase lo que se quiera, la verdadera aristocracia humana está en las piernas; ellas la confieren, sin lugar a duda,

válido también para mí. Hacía tiempo que no estaba tan contento. Tantadel era la persona llena de cualidades físicas e intelectuales que esperé. Ahora que escribo, noto que en el principio del amor sólo existen virtudes; cuando el proceso desamoroso comienza aparecen los defectos y uno resulta intolerante y no los acepta: la(el) compañera(o) es puesta(o) bajo el microscopio y las fallas, las imperfecciones aumentan cientos de veces hasta ser colosales, y aplastan con violencia provocando repudio, desilusión, desprecio, qué sé yo cuántas cosas se concentran en el rechazo. De ahí que en aquellos momentos de euforia, de intensísima felicidad, de sensación triunfal, encerrado en un departamento y a salvo de cualquier problema, Mahler en el radio, no me importara el hecho de que Tantadel tardara mucho en culminar el acto sexual.

II

No. La primera ocasión que estuve en casa de Tantadel no advertí las monedas tiradas por el suelo. En la segunda sí. Recogí algunas y las puse dentro de un cenicero. Había actuales de nuestro país: dos de veinte centavos, una de cinco, un peso de plata; extintas: diez centavos de níquel; extranjeras: veinte céntimos, cinco francos franceses, dos shillings, un centavo cubano, diez liras, una peseta...; raras: una de 1922 con una perforación en el centro, otra ostentando las siglas RF. Mi idea original: Tantadel es afecta a la numismática, a un cierto tipo de numismática que obliga a poner las monedas en el suelo, desconocido para mí.

Tantadel interrumpió mi labor.

Déjalas.

¿Por qué?

Son de buena suerte, como los gatos negros de mala.

Supercherías.

No, es verdad.

Fetichismo trasnochado.

Oh, que no.

Bueno, tal vez son talismanes: yo estoy aquí.

Vanidoso. En realidad es cierto. Acabas de aparecer en mi vida y te necesito, explicó mientras sacudía sus muñecas y cambiaba libros de un lado a otro. (Estuvimos en la casa donde Tantadel vivió con su marido, marido es una palabra que no logro compaginar con la independencia y libertad de Tantadel; ahí estaban dos cajas con libros maltratados y polvosos que transportamos a su departamento; tales volúmenes ocasionaban el reajuste.)

Te equivocas: aparecí cuando estábamos en la escuela: desde entonces me gustas; la diferencia es que en aquel tiempo no me necesitabas: vivías rodeada de admiradores; tus amigos pertenecían a una generación genial. Yo era de proporciones modestas, como ahora/

Ay, necesitas música de fondo, tocaré el violín (e hizo la pantomima de manejar el instrumento).

Hablo en serio, Tantadel. Sólo que el brillo de esa generación concluyó: todos encontraron su vocación, coronaron sus estudios con una vulgar chamba en el gobierno. Disemino las monedas por el departamento; ya las quiero aunque no crea en ningún tipo de supersticiones.

Pues tendrás que creer en la astrología, en la influencia que los astros ejercen en nuestras vidas, dijo subiendo el tono de voz, fijándose en mis reacciones, atentamente, como si estuviéramos representando una pieza dramática.

Yo continué la tarea de Tantadel, poniendo libros de aquí allá; prolongaba su tarea interrumpida por las monedas.

Naturalmente, creo que las mareas son producidas por nuestro único satélite: la luna.

No te burles.

Estoy *seriesísimo*.

¿Qué signo eres?

Por favor, querida.

¿Qué signo eres?

Ni remedio: Escorpión.

Lo imaginaba. Es tremendo.

De acuerdo.

Es difícil definir a los escorpiones: son contradictorios: pasan de la bondad a la crueldad con rapidez y eso es desquiciante. Son dominadores y apasionados; agresivos, les encanta manipular a las personas; son propicios al éxito; tienen suerte en el amor; son inteligentes y *no* les interesan la magia y las ciencias ocultas, *mi vida*.

Ahora sí me interesan; creo en el Zodiaco. Soy un típico Escorpión, según me has explicado haciendo gala de un talento increíble para esas cuestiones.

Sigues siendo un vanidoso redomado y un Escorpión. Claro. Pero hay más (poniéndose seria en tono burlón): Picasso, Voltaire y Alain Delon son de tu mismo signo.

Ya lo veo y no me explico qué demonios hago en medio de talentos.

Pasas a la modestia: el papel no te queda. Déjame decirte que una de las afinidades positivas para Escorpión es Sagitario. Sagitario es de temperamento fogoso, se entrega al amor con todas sus implicaciones y decide afrontar los riesgos que aparezcan en su vida. Sagitario y Escorpión se comprenden perfectamente, sobre todo en el aspecto físico, sexual. Por último, yo soy Sagitario.

Magnífico. En lo sucesivo leeré mi horóscopo. Lo prometo, afirmé poniendo el puño sobre el corazón e inclinando la cabeza en señal de respeto.

Tantadel sonrió.

Ayúdame, payaso.

Y me entregó un trapo mugroso con el que intentaba despojar de polvo sus libros, sus muñecas.

A los treinta días de comenzada la relación pude comprobar que Tantadel me excitaba demasiado y que no me aburría hacer el amor con ella. Pero. El fracaso de la primera noche no fue mi culpa, la tuvo el alcohol. El calificativo con que me lo reprochó (egoísta) era excesivo, finalmente fue una bobería. No es que hiciera el amor para mí solo. Una preocupación fundamental ha sido procurarle placer a mi pareja. Estaba bebido, sé que el amor es para dos y ambos tienen que llegar al clímax. Un reproche sin sentido. A cambio, Tantadel, yo podría traer a estas páginas otros momentos, cuando hacíamos un violento acto sexual, preludiado por cientos de caricias y besos, y yo pensaba en muchas cosas para olvidar lo que estaba llevando a cabo: trataba así de impedir el orgasmo, no me concentraba, y aquello se prolongaba

por más de media hora y entonces —fastidiado— decidía terminar luego de haber llegado al límite, sin más paciencia. Qué mal, exclamé irritado, arrojando la almohada que soportaba el peso de mi cabeza. Ella repuso con suavidad: es cuestión de acostumbrarnos. Y lo creí, en verdad. No obstante, me desesperaba hacer ejercicio gratuito esperando que Tantadel concluyera. Era odioso y en esos momentos detestaba el sexo y el amor, y me prometía dejarla y luego trazaba la orden del día para la siguiente jornada de trabajo y durante los *larguísimos* minutos que duraba *aquello* deseaba echarla de la cama, quitármela de encima. Yo abría los ojos: el cabello rubio de Tantadel le cubría la cara y, a juzgar por su respiración acompasada, su rítmico e ininterrumpido movimiento sobre mi cuerpo parecía no fatigarla. Pero todo era salir del trance asfixiante, hablar con ella, mirar su cuerpo, volver a recomenzar y olvidaba por segundos su aborrecible lentitud hasta que el tiempo y el cansancio me la recordaban. Por su parte, Tantadel insistía en que nunca tuvo una relación tan completa, especialmente en el aspecto intelectual; decía que teníamos gran comunicación. Y lo repetía sin cesar cuando sus amigos le preguntaban qué veía en mí, de dónde esa necesidad de estar conmigo. E ignoraban los esfuerzos desplegados para mantenerla a mi lado, desconocían las tretas que utilizaba para que no se alejara más de lo indispensable. Imbéciles. Como si ellos la merecieran por derecho divino. Tantadel me pertenecía por conquista. Que la disputaran si la deseaban para consejera espiritual de su círculo.

Ocasionalmente Tantadel asumía posiciones escorpiónicas, si he de creer en la astrología, y tomaba iniciativas brutales para hacer el amor o para acariciarme. Yo la elogiaba: las mujeres, por su educación, por el sistema en que viven, porque no han sido capaces de superar tremendas barreras puestas por la historia o más bien porque no se lo han permitido, viven esperando que las besen, que las acaricien, que las tomen, que les hagan proposiciones, siempre aguardando decisiones masculinas, sin poder decidir cuándo, a qué hora, cuál sitio, cómo. En general, a Tantadel le fascinaba ser parte activa, quizá demasiado, en la cama, actuaba sin los ancestrales prejuicios femeninos. Pero en este punto también discutíamos. Yo la acusaba de dominante, de ir al extremo opuesto, de manifestarse autoritaria, y en el amor lo demuestras: se hace conforme quieres. Invariablemente me he plegado a tus deseos. Tantadel reaccionaba quejosa: ¿Sabes?: en el sexo no eres tan Escorpión. Das la impresión de ser fogoso, bien erótico, y luego una descubre que no es así, que es una pose más para configurar tu supuesta originalidad. Es como tu espíritu burlón, tu humor satírico, el veneno que usas para calificar a la gente, la manera en que desprecias al país y a su sistema, a los mexicanos; en el fondo son defensas.

Puede que tengas razón, sólo que jamás pretendí ser ni un semental ni un garañón, hago el amor como puedo y cuando lo deseo. Es todo. En lo último, estás equivocada. No desprecio al país, desprecio a sus grupos gobernantes, a las personas que permanecen impávidas ante ellos; no soporto la podredumbre, la demagogia, la falsedad. Sabes bien que en materia política difiero bastante del capitalismo, lo

hemos discutido y estamos de acuerdo. Las acusaciones son torpes. Parece que no me conoces. Es necesario ver a una persona en todos los casos, en todas las situaciones, cuando está alegre, cuando llora, cuando pasa por cada uno de los cientos de estados anímicos existentes. De otra manera nos limitaremos a una visión fragmentaria. Y tú, en treinta días, no has averiguado ni averiguarás qué causas mueven cada acto mío, cada reacción. Hasta hoy únicamente has visto ciertos aspectos de un todo, disculpa la pedantería, pero cada ser es una complicada cosmogonía por simple que parezca. Creo que nunca llegamos a conocer bien a la gente. Es difícil. O imposible. Pongamos un ejemplo tonto. Yo no fumo marihuana; si un día alguien ve que acepto un poco y varios meses después, por mera y mala coincidencia, observa que repito el hecho, sin duda creerá, ya nadie lo sacará de ello, que soy un vicioso.

Después guardé silencio meditando las palabras de Tantadel: no tenían sentido; habló con falta de tacto y con la seguridad y aplomo que le daban sus torrentes de cultura siquiátrica, obtenida en pláticas con amistades que ella cultivaba esmeradamente y que se ganaban la vida (y muy bien) escuchando problemas de señoras burguesas y confundiendo más a cuanto ingenuo paciente tocaba sus puertas. Me sentí agredido. No era cuestión de virilidad o machismo, si yo quería dar una imagen o si era natural. Tantadel demostraba su desconocimiento acerca del hombre que decía querer, y eso me irritaba, me hería. Tantadel deseaba verme por dentro, descubrir el porqué de mis actitudes (a veces irrazonables, de neurótico). Pero el amor no es sujeto de sicoanálisis, es problema de amor aunque suene a perogrullada. Intentaba desesperadamente hallarle soluciones a todo, lo que resultaba grotesco, y esas necesidades causaban desamor: por momentos la detestaba y durante horas buscaba la forma de hacerle pagar caro sus tonterías. ¿Sería posible que Tantadel echara por la borda la relación? Decía amarme, decía que nunca nadie le dio tanto, que no le importaba mi matrimonio (anoche estuve pensando en tu esposa, en el momento en que regrese, y llegué a la conclusión de que no te divorciarás, me dijo un día después de comer, mientras paseábamos por Chapultepec, mirando el castillo, los árboles, pero, ¿sabes?, decidí seguir amándote, decidí no separarme de ti hasta que ya no me quieras). Entonces por qué causas ponía barreras infranqueables. Empecé a dudar de la firmeza de su amor. Era obvio, contrario a lo señalado por la lógica zodiacal, no arrostraría ninguna dificultad y yo, en mí mismo, era una grave dificultad para ella: mis brutales cambios de carácter, mi afán por mantenerla sujeta, por absorberla, mis fobias hacia su ex marido, mi egoísmo en una palabra. A las interrogantes más complejas, Tantadel buscaba respuestas de molde, de papel carbón. Lástima. Y llegó el día. Luego de ásperas discusiones le pregunté qué deseas, qué buscas.

Guardó silencio tratando de ser clara en sus ideas o de envalentonarse para hablar. Aproveché la pausa.

Seamos francos, yo quiero vivir tranquilamente, rodeado de hijos, poseer las escrituras de una casita, dos automóviles, aspiraciones de cualquier imbécil

pequeñoburgués, repugnantes pero concretas e inobjetable, hasta legítimas, ¿no crees? No pretendo hacer la revolución ni participar en las transformaciones para salvar este país que es insalvable. Que se hunda en su corrupción y yo con él.

Tantadel me miró con esa mezcla de dulzura y enojo que le era característica cuando se molestaba y dijo arrastrando las palabras yo espero lo mismo.

Me erguí. Rabioso. El sitio me pareció despreciable: un salón de cafecitos con crema y pastelitos, repleto de vejesterios. Qué hacíamos allí. Al menos qué estaba yo haciendo en tal lugar. Le había mentido y ella mordió el anzuelo para mostrar su verdadero rostro: esposa, madre, incluso ama de casa. Así no la concebía, más aún, así la rechazaría. La amaba justamente porque era lo contrario de las mujeres que llevan en la frente las palabras cocina, hogar, abnegación; las frases lavar pañales, cuidar niños, el precio del jitomate aumentó, dame mi gasto, guisar lo que tanto te entusiasma, vidita, porque nada tenía que ver con esos valores nauseabundos. Y ahora la detestaba porque ella, que decía conocer mi juego, que soltaba expresiones comunes para etiquetarme, que tenía la audacia de llamarle pose a cualquier gesto mío, volvía a caer en la trampa.

Pagué la cuenta y fui a dejarla a su casa. No hablamos durante el trayecto. La tarde era agradable; pese a mi indignación pude notarlo.

III

La ventana de la habitación de Tantadel se enfrentaba a un edificio. Por los huecos de ese edificio, tan viejo y descuidado como el que tenía en su interior una pared con muñecas y tablas desvencijadas sosteniendo libros y revistas, aparecían algunas cabezas masculinas: idiotas que anhelaban ver a Tantadel pasearse desnuda por su departamento. Al principio no me importó que lo hiciera: tal vez desde chica gustaba de andar sin ropa por comodidad, porque el peso del vestido, del suéter, de las medias le resultaba asfixiante, y, por otra parte, cómo asumir actitudes paternalistas con una mujer independiente. Luego me resultó intolerable. Sin embargo, no queriendo pasar por poco mundano, le conté una anécdota con la esperanza de que llegara a sentirse aludida. Un conocido escritor, su esposa y un amigo todas las tardes se apostaban a espiar a la vecina, cuya costumbre era desvestirse ante la ventana: aquello era un rito: primero la blusa, en seguida la falda o los pantalones, según trajera, luego el brasier, aquí se detenía unos segundos, alrededor de treinta, contaba el literato, y atacaba las pantimedias; finalmente la pantaleta descendía por sus piernas con suaves movimientos de gata en celo. Permanecía un poco más ante la ventana y corría las cortinas. A estas alturas tanto el novelista como su esposa estaban excitadísimos y pasaban a la recámara. El amigo, aventuré, simple y aparatosamente se masturbaba. Supongo, le dije a Tantadel, que cuando la muchacha no llegaba a su casa, los sanos espectadores leerían revistas pornográficas para estimularse.

Y Tantadel reía con la historia.

Qué amigos tienes.

No son mis amigos, sólo conozco el chisme.

Y Tantadel lanzaba conjeturas acerca de la nudista y de los admiradores que secretamente seguían sus movimientos: la mujer, ¿sabría que era observada?, ¿sería posible que si la muchacha hiciera lo mismo durante dos meses, por ejemplo, los intelectuales pudieran fornicar diario?

No le afectaba; en este sentido, qué lejos estabas de imaginaciones corruptas como la mía. Para ella era natural pasearse desnuda o semivestida por su casa y lo curioso es que ninguna ventana tenía cortinas o persianas. Nada. Así que en el edificio de enfrente había dos o tres admiradores. Jamás le dije algo al respecto, pero me irritaba su inocencia. Sí, al principio no me importó, ya lo confesé; después, cuando la sabía enamorada de mí, la idea de compartir visualmente su cuerpo era inadmisibles. Pese a todo, Tantadel, debo confesarte que me fascinaba verte desnuda o apenas cubierta por tu pequeña bata azul. Tu pelo rubio, tu piel dorada por el sol y tus magníficos senos que nunca necesitaron sostén, hacían que mis ojos siguieran tus movimientos. Te deseaba con fuerza, te acariciaba infatigable. Sexualmente, y en la medida en que pude acostumbrarme a tu lentitud, nunca hallé mejor compañera. Todo lo que sabías sobre el amor me fascinaba, aunque después, cuando pasaba la euforia,

los instantes de éxtasis, evasión momentánea de un medio que nos ha enfermado, aparecían los celos: ¿quién te enseñó tal o cual cosa?, ¿con quién experimentaste cierta posición?, ¿cuántos maestros tuviste? Guardaba silencio, no podía hablar, pensaba en la forma de vengarme por tu pasado, por todos los hombres que se acostaron contigo. Cómo llegué a odiar a los que te tuvieron antes que yo: los imaginaba con cualquier rostro, con cierto tono de voz, y ya visualizados descargaba mi furia pensando mil imbecilidades acerca de ellos. Para justificarme recordaba a personajes de Radiguet y de Sábato, atormentados perennemente por rivales fantasmagóricos, asaltados por dudas sin fundamento (un día, una tarde, cuando te preparabas para ir a hablar con Jaime, Tantadel, hice el amor contigo sin deseos, suponiendo que eso eliminaría posibles excitaciones frente al hombre con quien viviste meses). En ocasiones era razonable y mediante esfuerzos me repetía que no podíamos borrar tu pasado, que mis celos no podían ser retroactivos, y hasta tuve la ocurrencia de creer que las cosas serían distintas si yo hubiese sido el primero y único. Exigía mucho y olvidaba que yo también cargaba un bagaje semejante. Por eso te contaba mis aventuras reales o ficticias, por eso me regodeaba narrándote cómo me acosté con Margarita o con Elena, cómo fue mi romance con Aída, para sentirme satisfecho, para darme por vengado; no por simple afín donjuanesco. No pudiste entender las implicaciones que encerraban mis relatos amorosos, mis fantasías, creíste que trataba de impresionarte como cualquier miserable, de mostrarme un conquistador, y hacías suposiciones torpes utilizando tus ridículos conocimientos psicológicos; ¿lo ves ahora?, estabas totalmente equivocada: te quedaste en la superficie sin llegar al fondo.

Reconozco que estaba haciendo de mi vida un infierno al cual arrastraba a Tantadel, no obstante, en más de un terreno, fuiste la relación más bella que he tenido: tú me enseñaste a hacer el amor a la luz del día, a no ver el cuerpo con vergüenza; antes lo hacía oculto en la oscuridad, sin dejarme ver y viendo furtivamente a mi compañera. Y es que eres distinta, Tantadel, actúas sin morbosidad, guiada por una tabla axiológica de moral superior. Después de ti, difícilmente hallaré otra mujer que se te parezca.

¿De qué manera tomaste mis historias de amor? Comparándome con una prostituta, con un hombre que se acuesta con muchas mujeres, como en el caso inverso lo hace una ramera. No tenía caso discutir (peor hubiera sido el razonamiento respecto al machismo o a la vanidad). En respuesta bromeé:

Creo que tienes razón: si hubiera sido del sexo femenino a cada rato me entregaría y sin cobrar, naturally.

Me hiciste sentir mal: un halo de frivolidad matizaba la plática; ibas por rumbo equivocado. Buscaría el desquite.

Un día descubrí que en los restaurantes o en los bares o en los cines fatalmente hallábamos un ex novio o un ex amante de Tantadel. En una ocasión quise aclarar las cosas. Comimos en una fonda de cocina mexicana. Ambos cruzamos por un

momento de alegría, de buen humor, incluso hacíamos planes: ¿supongo que no los habrás olvidado?: intentaríamos compilar una magna antología de literatura fantástica nacional, desde épocas remotas anteriores a la Conquista hasta nuestros años. Algo ambicioso y quizás irrealizable, pero la magnitud del proyecto nos unía en desbordante entusiasmo.

Tardaremos varios años en elaborarla, decías sonriendo.

Mejor, así estaremos juntos todo ese tiempo, añadía yo imitando tu sonrisa. Es algo que nunca planeé con ninguna persona.

¿Incluida tu mujer?

Mi mujer incluida.

Eso me gusta.

Además llenaremos un hueco de nuestra literatura para darle sentido a nuestro chovinismo. No podemos ser menos que los argentinos; mostremos al mundo que México también cultiva la fantasía, finalicé.

Llevabas pantalones vaqueros, suéter rojo y una pañoleta del mismo color sujetándote el pelo. Parecías un niño latoso jugueteando con mis manos, besuqueándome una y otra vez.

¿Qué horas serían? Alrededor de las cuatro. Decidimos tomar una copa en otro sitio (extraño: Tantadel ni bebía ni era partidaria de que sus amigos lo hicieran). El punto seleccionado fue el Nicola. Pedimos cervezas. Minutos más tarde llegó un grupo de tipos semiborrachos que resultaron ser conocidos míos, excepto uno, uno que había sido novio de Tantadel. Más que platicando estuvimos discutiendo. Mi alborozo anterior desapareció y me porté más agresivo de lo usual. Al salir del Nicola rechacé la mano que Tantadel me ofreció. Sin decir palabra fuimos por el coche y una vez dentro, irónico, fumando desesperadamente, le dije:

Estuviste muy amable con tu antiguo *novio*.

Por favor, no empecemos. Se trata de algo infantil.

Sin embargo no me abrazaste, como acostumbras.

Pensé que no querías que te vieran, que posiblemente fueran amigos de tu esposa.

Inviertes los papeles. Podré estar loco, no pendejo.

Siguió la discusión áspera, exaltadísima a causa del alcohol y de los nervios. Insistí sin tregua: Me acusas de que con facilidad me acuesto con las mujeres, sólo que éstas no aparecen por ningún lado, mientras que a cada paso choco con tus ex amantes. ¿No estamos en igualdad de condiciones? Tan corrupta eres tú como yo/

¡Sí, soy una puta!, y me arrojó su bolsa.

La pelea continuó inevitable. Yo le decía algo ofensivo y ella contestaba con palabras dolorosas que me impulsaban a contraatacar. Fue cuando Tantadel preguntó ¿por qué engañas a tu esposa? Pude haberle dicho que no existía, preferí no contestar directamente. Yo le había hablado de la perfección de mis relaciones matrimoniales y ahora Tantadel agredía a quien inventé magnífica, intocable. Una y mil veces le expliqué que buscaba otras mujeres porque no era hombre de una sola; mi esposa

reúne todos los requisitos indispensables para amarla por siempre: inteligente, bella, dulce en el trato, comprensiva, sensible, culta. Pero yo necesitaba las emociones de la nueva relación, las inquietudes, las incertidumbres y por último la lucha para vencer. Qué deslumbrante es aquella que apenas conocemos. Por desgracia el final invariablemente es idéntico: el ser derrotado fastidia; lo descubre uno tan común y vulgar como los anteriores, pese a que en un momento dado hubiese podido solicitarles matrimonio, hubiera hecho cualquier cosa por tenerlas. Concibo la vida como una eterna lucha entre el hombre y la mujer y en ella pongo a prueba mi talento, mis habilidades, hasta mis conocimientos. No es que tenga suerte con el sexo femenino, es que me he preparado para serle grato. ¿Por qué no lo comprendiste, Tantadel? Con su seguridad doctoral decía conozco tu juego, y no voy a seguirlo, pero qué lejos estabas de comprenderlo en realidad y sólo llegaste a saber lo que yo quería que supieras. Estuviste en mis manos y cuando, borracho, lloraba y te pedía amor y te hablaba de problemas inexistentes para darle a mi mediocre personalidad matices de interés, entonces *sí estaba jugando*. Nadie habla con la verdad, yo menos, aunque en ocasiones me permití soltar pequeñas dosis de honestidad, meras claves para resolver el enigma que mi presencia te proponía. En una relación amorosa vivimos mintiendo, diciendo falsedades, exagerando los hechos. De lo contrario, sería el fastidio, la monotonía. En el engaño reside buena parte del atractivo; hay en él una sensación de peligro, de ser descubierto en la nueva mentira, que lo motiva a uno a insistir/ Estuve a punto de decir brutalmente que no sólo engañaba a mi esposa sino también a ella, a Tantadel. No. No, no tenía caso herirla y dañarme yo mismo. Esa tarde —que comenzara con tan maravillosos auspicios— habíamos ido demasiado lejos, volábamos al punto de saturación. Por lo pronto la amaba y la necesitaba.

IV

¿Sabes algo?, preguntó Tantadel y yo contesté no. La cosa es seria, y puso cierto énfasis en la frase. He pensado mucho en lo que dijiste ayer.

La plática se efectuaba en la cama. Eran alrededor de las nueve de la mañana. De la calle llegaban voces y ruidos de automóviles. A través de la ventana entraban los rayos solares llenando de luz el cuarto. Ninguno saldría. Las horas transcurrían con suavidad, plácidamente. Desayunamos té y galletas con mermelada y decidimos volver a acostarnos. El radio funcionaba: Procol Harum. El tono de Tantadel me puso alerta y rápido borré la imagen del grupo inglés.

Creo que tienes razón, prosiguió y calló.

Durante algunos segundos pretendió hacerme creer que escuchaba la música.

¿De qué tengo razón?

Soy más inestable que tú. Casi no dormí pensando en tus palabras.

(Me acusas de inestable, Tantadel; es posible que sea exacto. Nunca he pretendido lo contrario, tampoco asumo posiciones de hombre maduro y experimentado: siempre me dejo conducir por actitudes lejanas a la seriedad. A veces resulto infantil, parece que no he abandonado la adolescencia. ¿Los años de matrimonio me han impulsado hacia formas de conducta severas, «juiciosas», como las llamaría cualquier cretino? No. Actúo y vivo como deseo, en el borde de la libertad. Y en este aspecto soy honesto aunque a poca gente inspire respeto: mis ropas, bromas... Sólo que tú de hecho has estado casada tres veces y con los tres rompiste. Primero fue tu esposo, ¿cuánto duraste con él?, luego vino Roberto, dos años, por último Jaime, doce meses de amasiato. Con ninguno —y los tres son bien diferentes, según me cuentas— mantuviste lazos duraderos.

Esperé una reacción, cualquiera, de parte de Tantadel. No llegó. Y yo —proseguí implacable—, yo me he casado una vez y jamás viví con otra mujer que no fuera mi esposa. ¿No resulta desafortunada tu acusación, desproporcionada?)

Como de costumbre, habíamos discutido: no puedo estar a solas contigo, Tantadel, sin que venga un amigo a visitarte. Ni siquiera podemos hacer el amor porque el teléfono suena y tienes que contestarlo. Tus amistades protestan porque ya no pueden narrarte sus tragedias cotidianas. Tantadel era la confidente del grupo que mi presencia mantenía a distancia: era la parte fuerte, decían, y llegué a creerlo: inteligente, experimentada; a diario llegaba alguien a contarle sus amarguras en su transcurrir por este valle lacrimoso. Sugiero cobres la consulta, Tantadel. Podrás hacerte rica en plazo mínimo. No des consejos gratuitos. O si lo deseas ponemos una cafetería y un letrero sobre la puerta: SE ADIVINA EL PORVENIR Y SE DESCUBRE EL PASADO, LEEMOS LA MANO, LOS RESIDUOS DEL CAFÉ Y OTROS SOBANTES, ECHAMOS LAS CARTAS Y DAMOS CONSEJOS Y FÓRMULAS AMOROSAS. Te llamarás Madame Soleil o Lady Mackenzie. Usarás vestidos largos y no darás un paso sin consultar tu bola mágica de

cristal. Yo administraré la empresa. D'accord? Bon.

Tantadel se molestaba. Era un juego (ahora sí): yo trataba de molestarla porque odiaba sus idiotas y superficiales amistades, incapacitadas para tener pasiones violentas, vidas plomizas, vidas sin vida, muertas

Ah, es que tú llamas energía, vitalidad, a las actitudes extremas; quien pasa el tiempo sin sobresaltos ni complicaciones es un mediocre, ¿no es así? No, Tantadel, no me refiero a eso. Digo que sólo conociendo todas las pasiones, únicamente enfrentándose a todos los sentimientos, nada más pasando por todos los estados anímicos, el dolor, la tristeza, la alegría, el odio, el amor, cruzando a través de la infinita gama de emociones, el humano logra mayor plenitud, mayor desarrollo. Carajo, respondió ella agresivamente, sí que sabes plantear las cosas de manera simple o simplista. En el fondo veo justificaciones a tu carácter desigual e informe, desagradable. Tantadel, seguí con la argumentación, cómo es posible que una persona jure conocer el amor si antes no ha estado en presencia de su antinomia, cómo descubrir con certeza el valor si previamente no ha temblado de miedo/

Cada que había fiesta del grupo o tenía que visitarlo acompañando a Tantadel, era necesario joderse con las idioteces que soltaban sus integrantes. En ocasiones se extralimitaban. ¿Por qué soportar a tus amigos? Por ti, por ti. Sin embargo, no pareciste comprender el esfuerzo que realizaba viéndolos, escuchándolos, sintiendo su aversión en las miradas, en las palabras que nunca se dirigían a mí. Tantadel no podía estar sola un momento: se levantaba y desde que abandonaba su departamento era correr de un sitio a otro: amigos, comidas con fulanito y perenganita que fueron maltratados por sus respectivos cónyuges, explicándole al rostro bañado en llanto de Manuelito que el mundo es redondo, que el capitalismo no es un humanismo. Diario. Sin fatigas y sin reposo por consecuencia. Incluso los domingos, cuando en razón del tiempo libre multiplicaba su obra benefactora. Si al menos hubiese sido cristiana descansaría el séptimo día. Era enloquecedor. Detestaba a quienes la rodeaban y le quitaban a Tantadel minutos que podría dedicarme. Mi manera de cultivar su cariño era poco ortodoxa, pero la suya resultó inexistente. Nuestro amor cojea, Tantadel, hay que alimentarlo, está anémico. Qué has hecho por él. Yo sabía que de seguir el mismo camino comenzaría a alejarme de ella, a perderle el afecto (también el interés y el deseo). Por eso trataba angustiosamente de presionarla para que estuviera a mi lado. Los hechos no ayudaban a la unión. Más de una vez, por ejemplo, el repiquetear telefónico interrumpió un acto sexual. ¡Déjalo que suene, por favor, Tantadel! No. Tenía que averiguar quién hablaba y saber por qué causas llamaba. Entiende: tenemos poco tiempo para descubrir si nos queremos o no, por qué desperdiciarlo con otras personas. No es que sea posesivo o manipulador, como me has calificado, es que preciso saber si en verdad te amo, y para ello debo estar contigo. Si insistes en aceptar a tus amigos que vienen a entrometerse, prefiero quedarme en mi casa; cuando dispongas de un rato libre me avisas. El amor es como la diplomacia: se actúa

por reciprocidad: das y te dan, mandas un embajador y te mandan otro, recibes un encargado de negocios y envías a su semejante, te quiero y me quieres, no, yo tampoco. El amor donde sólo funciona uno se llama masoquismo. Si pretendemos que la relación dure, mejore y aun se imponga a mi matrimonio, debemos conocernos más profundamente, dejar que pasen los momentos de exaltación a causa del descubrimiento: si superamos la fase del apasionamiento, del mero deseo, estamos a salvo. El amor se demuestra al aceptar a una persona que conoces física, espiritualmente, con sus vicios y sus virtudes. Me aceptaste casado y yo a ti con reservas por la facilidad con que te fuiste a la cama conmigo, sin que fuera necesario insistir. Sabes que ambos buscamos algo y que ese algo puede ser nuestro amor. Tenemos prisa; mi esposa regresará pronto. Cuando te anticipé que estaría aquí en unos meses, me besaste, sonriendo dijiste Il n'y a pas beaucoup de temps. Y resulta que debo compartirte.

Y no únicamente inestable, también eres débil, Tantadel. Lo extraño, o ridículo, es que tus amigos te supongan fuerte, sólida. Quizá para ellos lo seas; no para el resto del mundo. Tengo la impresión de que serías destruida con facilidad.

Tantadel jugueteó con la tapa de una cajita de madera laqueada (uno de los regalos que le hice conociendo su gusto por las artesanías: cada que podía le obsequiaba cualquier simpleza ————— este buró, dije una de las primeras veces que hicimos el amor, sostendrá cosas que te dé —————). Se levantó de la cama y se puso la bata.

Caminó nerviosamente por el cuarto. Creo que buscaba cigarrillos. Vi sus movimientos agitados, noté que sus miradas no se detenían en ningún punto, que estaba descalza.

Sí, también soy débil. Mis problemas me han lesionado.

¿Por qué terminaste con tus *maridos*?

Mi matrimonio se acabó cuando dejaron de quererme.

La frase tan simple y la forma en que moduló sus palabras hicieron que la viera con ternura. Hubiese deseado tocar sus cabellos, acariciarle el cuello. Seguí en la cama.

Así de sencillo.

Así de sencillo. De pronto me di cuenta: Fernando no me quería, hablamos y decidimos separarnos; luego él se arrepintió y no quiso concederme el divorcio. Lo dejé, vine a este departamento y después de mucho insistir, rogarle, amenazarlo, firmó el acta. Ahora somos buenos amigos. Con Roberto, a quien más he querido de los tres, terminé porque me engañaba y con Jaime no me casé al descubrir que deseaba una señora elegante que no dijera malas palabras, no interrumpiera las pláticas de los hombres... A cambio tendría una desahogada situación económica. Injusto.

Ahora que medito, razoné, el amor degrada, corrompe; es cursi, rebaja la dignidad

humana. No hay duda. Basta con mirar en torno nuestro: suicidios, películas pésimas, canciones canallescás, mujeres que lloran, hombres que se emborrachan. ¡Qué asco! El amor ideal pertenece a la literatura rosa. En fin. Creo que ni Fernando ni Roberto ni Jaime estaban destinados a Tantadel. Me gustaría probar suerte, dije suavemente, con voz dulzona. Permíteme pedir algo, añadí, abandona a tus amigos a su suerte, resuelve tus propios problemas, no los ajenos. Recomiéndales siquiátras, conoces varios, traté de burlarme; no era el momento. Tantadel estaba frente a mí, de pie, mostrándome su fragilidad. A la ternura sumé el deseo: la bata dejaba al descubierto sus muslos; un deseo tranquilo, no el afiebrado que normalmente sentía por ella. La llamé: Ven acá, licenciada Vidriera, con cuidado, no vayas a romperte, quiero que llegues intacta para hacer el amor. Te acercaste y te atraje (quítate la bata). Quedó completamente desnuda y sumergió su espléndido cuerpo entre las sábanas. En esa ocasión terminamos simultáneamente, en un orgasmo largo, increíble, irreal. Tantadel recordaría el momento en que simbólicamente creyó que habíamos llegado a ser la pareja perfecta, que logramos la unión total.

V

No sé cómo pero Tantadel se enteró de que no volvía a tener ninguna relación con las mujeres una vez que terminábamos. Imagino que fue cuando le hablaba de alguna aventura amorosa. Entonces debí decirle que no las buscaba de nuevo. Imagino que lo hice para amedrentarla, de la misma forma que utilizaba a mi esposa y mi excelente situación familiar para chantajearla (podría divorciarme, Tantadel, podría dejarla, ya no me interesa su perfección, te quiero a ti). Y así es, te dije que si rompías conmigo no sería fácil volver a unirnos. No fue amenaza, advertencia porque me conozco, porque no ignoro que dentro de mí existen impedimentos para resucitar antiguos y fallecidos amores por fuertes que hayan sido. Además de cierto, yo insistía por otra razón: ella tenía la actitud contraria: terminaba muy buena amiga de sus ex, como era del que fue su marido. Eso me irritaba, me causaba celos.

Y ¿sobre ti ejercen influencia las personas que has amado? Tengo idea de que en caso de encontrarme con una antigua querida, volvería a acostarme con ella aunque estuviera casada, enamorada o algo parecido. ¿Te acostarías nuevamente con Jaime?, pregunté mofándome.

No, repuso, en definitiva no.

Pese a la firmeza de sus palabras no pude evitar el enojo al recordar que se entrevistaba con Fernando y Jaime. Sobre todo con Jaime.

¿Y Jaime? Te telefonea, te manda flores, trae ridículas serenatas, amenaza con el suicidio. ¿Querrá ser tu amigo o continuar siendo tu amante?

Quiere ser mi esposo, contestó Tantadel en actitud defensiva, cosa bastante lícita, ¿no te parece?

Acepta. Tiene buen empleo, un Mustang, es elegante, dices que también guapo. No lo rechaces. Sería tonto.

Sabes que esas bromas no las soporto. Son de mal gusto.

Guardó silencio mientras ponía orden en sus papeles.

Al fin tocamos el tema, pensé. Tantadel había dicho que tarde o temprano tendría que hablar con Jaime y que más valía que fuese rápido. Aclarar las cosas. Decirle que ya no lo amaba. Explicarle que ahora quiero a otro, a ti. Naturalmente, no deseabas hacerle daño, tampoco ahondar sus frecuentes y largas depresiones.

No le hallo sentido, dije, por más que le doy vueltas al asunto, de qué van a hablar. Puedo anticipar lo que él dirá. Pero me gustaría saber cuál será tu defensa.

Tantadel prendió un cigarrillo (siempre que estaba nerviosa o que yo la molestaba hacía idéntica operación), aspiró el humo con falsa tranquilidad.

Me defenderé hablándole de ti.

Y puso sus manos sobre mis hombros. Se las retiré con un gesto de visible impaciencia.

Genial. Y qué le dirás. Que eres amante de un casado y sin dinero, tan joven

como tú. Le proporcionarás armas y, si tiene sentido del humor, un poco de risa. Responderá que elegiste mal, que él ofreció, y sostiene la propuesta, una posición económica saludable, tan importante para las mujercitas. Tantadel, estás en desventaja, reconócelo. Ahora, existe la posibilidad de que aparezca el reencuentro, podrías descubrir tu vocación matrimonial.

Deberás comprender, contraatacó Tantadel inhalando mayores cantidades de humo y arrojándolo violentamente hacia mi rostro, que vivimos juntos, que lo quise y que tiene derecho a una explicación. ¡La merece!

Claro. Claro. Entiendo. Ya tus amigos le hablaron de la nueva adquisición de Tantadel. ¿Y qué dijo Jaime? Que no entendía cómo pudiste cambiar tanto, es decir, no comprende por qué has descendido: exacto: la cúspide es él, yo, en cambio, un pobre diablo. Pues bien, seré generoso: pasen una especie de luna de miel, así sabrán con precisión si continúan enamorados o si para ti es un grato recuerdo y si para él es un mero deseo sexual. Yo les recomendaré un buen hotel en Puerto Vallarta.

No digas tonterías, replicó, aunque pudo haber dicho no seas idiota; sus palabras fueron suaves pese a que la rabia se manifestaba en sus ojos. Me basta saber que te quiero y que soy correspondida. Voy a decirle la verdad y a terminar con Jaime para siempre.

Aquella tarde en que Tantadel se reunió con Jaime, fue una tarde deprimente para mí. No confiaba en la fortaleza de la mujer que deseaba y quería. Como a las siete u ocho de la noche me telefoneó: Todo está arreglado: Jaime acepta la separación; la dimos por hecho consumado.

(Te amo, susurró antes de colgar.)

Sentí alivio. Pero de ninguna manera podría perdonarle la cita con su ex amante. Y esa noche no la vi, pretexté tener trabajo. Acordamos que al día siguiente comeríamos en un restaurante chino.

Durante la comida estuve de lo más amable con Tantadel; desplegué cortesías desusadas en mí. Ella retomó el tema Jaime para decirme a la entrevista llevé tu fotografía. Eso me llenó de orgullo. No obstante, el malestar era más poderoso que mi vanidad, parecía emanado de las profundidades de mi alma y brotaba por los poros, estaba en el tono de mi voz, en la forma de mirarla. Por el momento mantenía la necesidad de venganza bajo control; más bien estaba aletargada, en espera de que algún error de Tantadel la hiciera reaccionar, surgir brutalmente. Bromeando recordamos a muchos compañeros que estudiaron con nosotros. Me recordó que por la noche tendríamos fiesta. Al concluir la prolongada sobremesa apenas había tiempo para irnos a cambiar de ropa. Tantadel, en uno de sus desplantes antialcohólicos, tan frecuentes, me arrancó la promesa de que no bebería.

En la fiesta (casa de Ignacio) había personas que no conocía. Algunas, explicó en secreto Tantadel, como si fuera un hecho notable, son trotskistas. ¿Cuáles? Vienen hacia nosotros, dijo emocionada mientras se ponía en pie para recibir a los representantes de la cuarta internacional: saludos de beso en la mejilla: desde luego,

la izquierda. Pasaron a los comentarios acerca de la última reunión donde coincidieron con Tantadel y nadie habló de la violenta, sistemática, discreta represión que el Estado efectuaba contra los grupos de izquierda.

Ignacio comenzó a repartir trago, a hacer bromas entre los invitados, y por fin hubo música: algo así como la prehistoria: Miller, Arde Shaw, Goodman, Harry James. A la tercera pieza, Tantadel, ven, bailemos, y la alejé de sus amigos. Bailamos. Muy juntos. Besándonos con frecuencia. Sin duda Tantadel era la más bella de la fiesta. Distinguida, parecía de más edad. Fascinante, excitable (su sensualidad era tremenda, maravillosa, bastaba sujetarla por la cintura, presionar mi cuerpo al suyo para que en su rostro se advirtieran signos sexuales, entonces los ojos le brillaban de manera muy viva). A veces dejaba de apretarla, me retiraba un tanto y contemplaba sus facciones, su busto, su cuello: me sentía afortunado de tenerla y desafortunado por compartirla con sus amistades, y sus amistades estaban rodeándome, mirándome envidiosas, en espera de una oportunidad para «salvar» a Tantadel, quien merecía algo mejor que un recién salido de la adolescencia y ya casado; para ellas Jaime era más guapo, Roberto más inteligente, Fernando más simpático. En suma, yo era el perfecto pendejo, pobre personalidad junto a la figura espectacular de Tantadel. Para lastimarlas bailé disco tras disco sin permitir que sus amigos, mis enemigos, hallaran la forma de arrebátarmela. Por fin dieron con la fórmula y yo, como acostumbro en tales casos, no presenté resistencias, me rendí fácilmente. Alguien propuso un juego tarado de preguntas que uno debería contestar con *mucha sinceridad*. Una niña (Cecilia o Brígida, aquella que jamás me dirigía la palabra, que con frecuencia se quejaba: éste acapara a Tantadel, no la deja ni a sol ni a sombra y para colmo se molesta cuando la visitamos) hizo la pregunta sensacional dirigiéndose a mí, con voz de inquisidora de Tlalmanalco, es decir, del subdesarrollo en el subdesarrollo: ¿Eres casado?

Fingiendo desenfado: Sí.

Fugazmente miré a Tantadel: no parecía afectada, platicaba con dos muchachos, se reía con vulgaridad y daba la impresión de no tener ningún vínculo conmigo.

¿Y dónde está tu esposa?

Aquello era absurdo, yo nunca había tolerado tales jueguitos imbéciles. Pensé largarme del lugar después de mentarles la madre a todos. Pero ¿Tantadel me seguiría? Lo dudé; y al observarla de nuevo me convencí de que no. Evitemos el ridículo. Quise, entonces, ser ingenioso: ja: en esas circunstancias.

En estos días he padecido amnesia y olvido las cosas, incluyendo el sitio donde se halla mi mujer.

Por supuesto, a nadie le hice gracia.

Y mientras era acosado con preguntas dolosas, un cretino se le pegó a Tantadel y la arrastró a un rincón de la sala, al margen de los demás. Yo sabía: no es romance, únicamente le contará sus desgracias. De cualquier forma me enfurecí. Es deplorable, pero nunca he podido ocultar mis estados de ánimo (tal como exigía Óscar Wilde): en

este sentido soy demasiado claro: mi rostro ha sido y es una perfecta representación de lo que siento; el tránsito de la alegría a la ira, del regocijo a la tristeza, es rápido y no sé, no quiero, no puedo, ocultar esas pasiones que degradan mostrándolo a uno casi desnudo. El interrogatorio pasó a otras personas y los invitados se entregaron a una impúdica exhibición de intimidades, festejados por un público asqueroso de seudointelectuales, de falsos izquierdistas, impostores que trataban —con éxito en esa reunión— de impresionar mediante una cultura de nombres y títulos, de fraseología pomposa y hueca, sin ideas propias. Fui a la cocina por una copa y me acerqué a conversar con un cuate que estaba solo. Me puse a beber mientras en el corazón de la fiesta sacaban una guitarra y principiaban las canciones de protesta, el folklore latinoamericano. Cuadro completo: la típica reunión de jóvenes intelectuales progresistas.

Cuando Tantadel logró desprenderse de su amigo o éste acabó de contarle sus tragedias amorosas, vino hasta mí. Discretamente la rechacé y su abrazo fracasó. ¿Qué te pasa? Un nada rabioso fue la respuesta. Ella supo que yo estaba enojado y quiso tomarse la molestia de averiguar el porqué. No respondí pensando en que Tantadel era demasiado ingenua o muy tonta. Y seguí bebiendo. A las doce o más, yo estaba ebrio, platicando con un muchacho francamente homosexual. La conversación no era la más inteligente, pero ya borracho hablo de lo que sea y con quien sea, como buen nacional. No importa el tema, menos el interlocutor, no soy selectivo. Tantadel me observaba a distancia y con discreción. Por fin decidió acercarse. Interrumpió el diálogo y luego de una broma me obligó a bailar. Queriendo ser simpática dijo: Te salvé.

Hice una mueca. De malestar.

No me salvaste, estaba a gusto.

¿Con un maricón?

Sí. Pensaba que podría engañarte con un hombre si eso te lastimara.

Tantadel detuvo sus movimientos: por segundos pareció una fotografía, perfectamente inmóvil; luego, sus ojos relampaguearon (y ahora que reconstruyo la escena, puedo apreciar que no escribo una frase corriente, una imagen más: los ojos de Tantadel, como ya he insinuado, podrían ser comparados con estados del tiempo, y cuando se enfurecía daban esa impresión) y me dejó plantado allí, a media pieza, en medio de la sala. Regresé con mi incipiente amigo y al rato tuve deseos irrefrenables de largarme de la reunión. Huir —————
Tantadel me alcanzó.

¿Quieres que nos vayamos juntos? Como gustes, si lo deseas puedes quedarte. Vinimos juntos, ¿no? Pues vámonos. Ella se despidió de las personas que estaban cerca de la puerta y yo solamente de Ignacio. Sentir el aire frío me reconfortó. Dejar de oír las voces de los amigos de Tantadel era todavía mejor. Caminamos. Sin mirarla hablé: Siempre supe, gracias a Deutscher, que una cosa era Trotsky y otra bien distinta los trotskistas. Sin embargo, qué cuadro más lindo: una mujer que ha

rechazado los convencionalismos, que detesta a la familia, las fiestas patrióticas y todas esas zarandajas, saluda a los ultrarrevolucionarios, a los puros, con un cursi besito; el colmo de la ridiculez pequeño-burguesa que aspira a calcar modelos que no le corresponden. ¿Has visto a nuestros obreros hacer lo mismo? No puedo dejar de reírme (la carcajada era bastante falsa) de un compañero: a lo largo del año discursos inflamados de revolucionarismo —¡a las armas, cambiemos al país, sus estructuras, la mentalidad!— y en Navidad el tipo corre a comprar los juguetes que aparecerán en los zapatos malolientes de sus hijos. Y así queremos acabar con la antigua sociedad, con puras gentes deformadas que contribuyen a mantener vivas un sinnúmero de costumbres imbéciles, dañinas.

Silencio.

Las calles desiertas. Húmedas.

¿De acuerdo, estimada doctora Corazón? A propósito, ¿solucionaste los problemas de Alberto? Su novia está embarazada, ¿verdad?, cuál sería la solución, el aborto lo aterra, es un crimen. Pude escucharlo. ¿Qué dijiste? ¿Le recomendaste que permitiera el nacimiento, que se casara con Areli? ¡Mierda! ¡Tú, Alberto, la pinche preñada! Y la tomé bruscamente del brazo, mis dedos apretaron con fuerza y al sacudirla su pelo le cubrió el rostro; con la mano libre rehizo el peinado y pude notar que reaccionaba con frialdad, aunque después, un día que telefónicamente intentamos eliminar nuestras discrepancias, confesó haber sentido miedo.

Al silencio y a la humedad y a la soledad se añadió la neblina.

Tantadel vacilaba, pretendía defenderse. (De qué, para qué, tal vez pensaba.)

No me harás caer en tu juego, dijo por enésima vez, como si fuese a llorar.

Cuántas veces me ha repetido la misma frase y cuántas veces ha caído, me expliqué mentalmente.

Tantadel no cesaba de usar lugares comunes y términos siquiátricos (su relación con sicoanalistas era obvia y su respeto por tal materia solemne); además, siempre que no hallaba respuesta decía es sicosomático. De la misma manera yo tenía Edipo, un ego superdesarrollado, etcétera, etcétera, y todos los derivados de psicología los pronunciaba así, con p, como aparece en los diccionarios. En suma, cosas que cualquier preparatoriano sabe de memoria y que me recordaba a una novia que cuando estudió sicología dejó de pensar como criada para convertirse en profunda conocedora de la mente humana: verbigracia: oyes música por el temor a la soledad; y yo, infructuosamente, trataba de explicarle que la causa era mi atroz melomanía. Pero seamos claros, Tantadel, tus constantes referencias a órganos sexuales, tus teorías al respecto, tus «hallazgos antropológicos» (ídolos en posiciones eróticas, formas fálicas, indígenas de piernas perfectas y miembros descomunales), tus fórmulas para hacer brebajes abortivos y tu deseo de verme desnudo, bañándome, me parecían más dignos de estudio clínico que mis pobres y vulgares complejos, que cualquier manual podría resolverme sin tener que narrarle mis problemas a un señor (o señora) muy serio y con frecuencia charlatán. ¿Y la historia de tu ida al Desierto de

los Leones? Jamás supe las causas del relato: ni me provocó deleites sensuales ni me pareció notable; únicamente me irritó; te imaginé buscando la manera de satisfacer tus deseos, pensando en alguien para ir a la cama y gracias a unas antiguas palabras tuyas no estallé: Hago el amor por amor, tú lo has hecho por simple instinto animal. Y el episodio aparecía distante y no era original, menos escandaloso. (Era tarde cuando llegué al Desierto. Mis amigos me esperaban cerca de la alberca, en traje de baño. Platicamos y cenamos en el jardín. A las dos de la mañana decidimos dormir. Mi recámara estaba junto a la de ellos. Traté de leer un periódico atrasado pero el cansancio lo impidió y no pasé de los encabezados; así que apagando la luz me dispuse a dormir. El silencio era total. Escuchaba perfectamente mi respiración. De pronto un susurro junto a mí, el susurro se hizo frase y la frase tuvo respuesta, y comenzó un jadeo que iba en aumento: me di cuenta: mis amigos hacían el amor y su cama sólo estaba separada por una fina pared de la mía. ¡Las cabeceras estaban en la misma posición! El jadeo continuaba y continuaba y me pareció eterno. Mi excitación era tremenda. Los veía desnudos, se movían abrazados por el lecho, rechazando sábanas y cobijas. Gritaban. Se mordían. Se acariciaban. ¡Qué desesperación! Cuando concluyeron pensé que yo también terminaba. Después ya no pude leer ni dormir, me dediqué a pensar en la pareja que estaba en la habitación contigua y en el interior de mi cabeza no cesaban de hacerse el amor. Me dio asco y al día siguiente inventé un compromiso olvidado y dejé la casa de Carlos y Joaquín.) Está presente. Al escuchar el fin del relato, me puse cáustico, ¿recuerdas?

Preciosas anécdotas tienes, y amigos muy normales, y por qué no hicieron un ménage a trois o fuiste acompañada para evitar frustraciones, querida.

Su mutismo y su mirada me irritaron más.

Oye, ¿has sido compartida?

Prefiero callar, no entraré en tus diversiones.

Otra vez lo mismo. También opté por no hablar.

Al fin llegamos a tu departamento. El trayecto duró eternidades. No estoy seguro si esa noche hicimos el amor, ¿y tú, Tantadel?, no estoy seguro; hay veces que necesito realizar esfuerzos notables para que cada cosa ocupe su sitio. Los días que estuvimos juntos fueron un diluvio de acontecimientos, todo se precipitaba sobre nosotros y pasábamos de una situación a otra en una tormenta de sucesos y pasiones que nos hacían alertar nuestras inteligencias para entender lo que sucedía, ¿verdad? Y creo que no hicimos el amor porque el choque fue grave. Por mi parte pretendía vengarme de lo que consideraba un agravio: Tantadel me hirió al irse a platicar con el tipo aquel. En el fondo ella se defendía y trataba de presionarme —de manera poco inteligente— para que yo tomara una decisión definitiva respecto a mi situación, el gastado *tu mujer o yo, escoge*. Y en esencia, era un encuentro de vanidades, de orgullos, de personalidades. Cuando nos preparábamos para dormir los ánimos estaban intranquilos. Tal vez debimos caminar más calles buscando en la fatiga física el apaciguamiento de nuestros malestares.

Aún rumbo a casa de Tantadel.

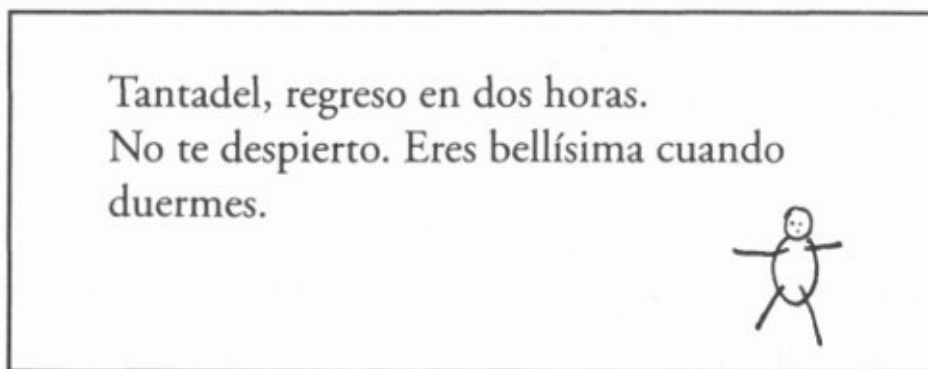
La oscuridad y la ausencia de gente amparaba nuestra pugna. Cuando ésta parecía decaer, uno de los dos atizaba la lumbre. Por qué engaño a mi mujer, ¿recuerdas la pregunta? Entonces no tuviste respuesta, hoy la tendrás. Por principio también te engaño a ti con mi esposa. Tantadel objetó: No, porque desde que andamos juntos no la has visto, no porque no llevas anillo matrimonial, símbolo de propiedad, como el collar del perro. El engaño es corporal o no existe. Si contáramos los engaños mentales, millones y millones de hombres y mujeres traerían cuernos. Tienes razón, repuse, pero me refiero al engaño concreto, a la infidelidad cumplida. Acaso tu vanidad te impide pensar: ¿supones que sólo la esposa es engañada? Por favor, qué infantilismo. También las amantes son traicionadas. Desde que me acuesto contigo he tenido dos o tres experiencias sexuales. Estabas advertida: no soy persona de una relación, o mejor, como dijiste, soy un hombre fácil. Nada más que pasas por alto la complejidad de ciertos individuos, parece que trataras exclusivamente a personas elementales. Yo sería capaz de amar a tres mujeres al mismo tiempo, quererlas, admirarlas, por razones bien distintas. Puedo entregarme a las tres. En cambio tú, Tantadel, no puedes querer a nadie más que a ti misma porque sólo estás pensando en tu felicidad, en tu tranquilidad. No en la de otra gente. No en la mía. «¿Qué suele ser ese que llaman amor sino un miserable egoísmo mutuo en que busca su propio contento cada uno de los amantes?», hablé recordando a Unamuno. Y es justísimo, Tantadel. Aceptas o rechazas a un hombre en función de tus intereses y, lo que es doblemente mezquino, en función de tu futuro. ¿Te has puesto a pensar en que todavía no cumples veinticinco años y ya estás ahorrando para la vejez, ya eres propietaria?

Tantadel palideció. Pese a la bruma del alumbrado público pude darme cuenta de su blancura. Y después de mirarme largamente, pensando no sé qué cosas, no volvió a pronunciar más que monosílabos para responderme. La noche ya no fue refrescante. Yo sentía deseos inevitables de seguir externando mis opiniones, la euforia que me había poseído y cobrado fuerza merced al alcohol tenía que perder su vigor aunque fuera poco a poco. Qué pena me dan las mujeres que, carentes de inteligencia, piensan que los hombres que no son su marido engañan: el suyo es incapaz. Conozco a una que reclama: Oye, pobre de tu esposa, andas con otras. Mi marido es ejemplar. Ganas de hacerse pendeja, el ejemplar la ha cornamentado hasta con sus primas y hermanas _____ . La estupidez es definitiva _____ pero en realidad esa ceguera tiene su aspecto económico: la mantienen; qué haría sin su gasto; la pobre no sabe leer; así que en caso de conocer la infidelidad conyugal, tendrá que resignarse. Ya sospecha y en vez de asesinar a su gallina de los huevos de oro (que eso son los maridos en nuestros sistemas), prefiere liberarse del malestar haciendo notar al resto del mundo sus flaquezas. Sólo su hogar es único y envidiable. Punto. Todos y todas son engañados, víctimas de una educación miserable. A nadie debemos culpar sino al

estado de cosas en un país emputecido hasta la médula gracias a un capitalismo incipiente y ya vergonzoso.

Tantadel asintió moviendo la cabeza. Después de casi gritar, de deshacerme del odio, me sentí tranquilo. En el departamento mis ganas de hablar habían desaparecido. Volví a recordar la historia del Desierto de los Leones y el hecho de que yo solía contar relatos excitantes, retacados de erotismo, con el objeto de despertar las inquietudes de mi amiga en turno. Pero fue demasiado. Tantadel me ofreció pasta dentrífica;... preguntó si quería alkaseltzers y nos acostamos. La tensión tuvo puntos brutales; no obstante, dormimos abrazados, gastando nuestras últimas dosis de ternura. Ella tuvo humor para besarme y desearme buenas noches.

Al despertar, contemplar y evocar los sucesos anteriores, presentí que Tantadel se había alejado de mí. No quise interrumpir su sueño y extremando las precauciones me levanté, bañé y vestí; fui a visitar a un amigo enfermo; sobre el buró puse una tarjeta:



No tardé gran cosa. Tantadel estaba arreglándose. La besé y ella dijo gracias por la tarjeta, es muy bonita; la guardé con el resto de tus regalos. A veces eres delicado.

Había un aire frío en su tono que auguraba cambios en la mujer que amaba. Desayunamos leche y galletas. Lavamos tazas y platos y decidimos pasear por Chapultepec. (A lo largo de más de treinta días, Tantadel y yo visitamos los jardines públicos de la ciudad, al menos los de mayor importancia; ignoro la causa, a mí no me llaman la atención.) Afortunadamente había unas cuantas personas en el bosque. El sol hermoseaba los árboles. En el lago seis o siete lanchas navegaban con parejas en su interior. Intenté algún chiste sobre los amores bucólicos, hice la comparación entre Dafnis y Cloe y nosotros. Dije que la naturaleza era bella, pero me declaré antiarcádico, antipastoral, admirador de las urbes aunque estén contaminadas y sean ruidosas y provoquen enfermedades nerviosas. Tantadel apenas esbozó una sonrisa. Juguetecía con las ramas o plantas a su alcance. Habitualmente parlanchina, iba callada, fijando su mirada en las fuentes, en las estatuas, evitando verme. En realidad, yo tampoco estaba con ánimos para conversar, sólo que no podía permitir que apareciera la ausencia de comunicación, así que trataba de mantener la plática.

Pensábamos comer en cualquier restaurante y luego ir al cine (desde que

estábamos juntos fuimos una vez). O sea que teníamos planes. ¿Fuiste tú o fui yo quien comenzó la última discusión? Quizá nadie. Apareció sola, como resultado de una intensa relación asfixiante que agonizaba. Sí, eran los estertores. Te quejaste de mi carácter tornadizo, de mis actitudes irracionales, de mi «incipiente locura». Hablaste con severidad maternal: o cambiaba o mi vida marcharía dando tumbos. Terminarás siendo un marginado, concluyó vaticinando.

Debí responderte que yo era sociable, mucho, que nada más asumía esas «actitudes irracionales» porque te amaba con verdadera pasión. Preferí ser doctoral. El hombre, Tantadel, el ser humano, debe/

Pero no me dejaste concluir, en rigor ni siquiera principiar.

El amor se había extinguido, al menos en su primera etapa. Ambos tuvimos la suficiente dignidad como para concluir sin llantos, sin reproches. Todo parecía haber llegado a su término, Tantadel, y seguro que ninguno tenía ganas de separarse del otro. Esa última discusión no era agresiva, no se trataba de dañar. Ella dijo que no podía más, dentro de unos meses estará tu esposa de regreso, que ha sido un fantasma para mí; me sigue aunque nunca la mencione. He tenido celos desde que la describiste, desde que me contaste que pese a cuatro años matrimoniales seguías enamorado. Pienso que careces de valor para divorciarte o simplemente no lo deseas. Pienso que nunca hemos hablado enfrentándonos a nuestros problemas. Hemos vivido una especie de pandemónium. Carece de sentido seguir torturándose. Tú a mí. Yo a ti.

Su voz me impresionó: estaba sufriendo. Y yo padecía por ella y por la inminencia de la ruptura. Pude haberle dicho que no era casado, que mi famosa mujer era un invento, que únicamente quería a Tantadel, y no lo hice. Las palabras no salieron. El orgullo me impidió contradecir su decisión. Por otra parte, no deseaba derrumbar una mentira tan magníficamente urdida, que me envanecía: logré crear una mujer ideal, la esposa perfecta, llena de virtudes, de talento, de cultura, casi podía equipararme a un dios o a los hombres que han sabido producir seres aunque sean informes; pude crear vida, cosmogonías. Entonces preferí darle la razón a Tantadel que peleaba por mí, que estaba luchando por el amor. Opté por conservar *mi matrimonio*.

Está bien. Será mejor separarnos. Terminar definitivamente. Y aquí le recordaba a Tantadel lo que escribí al principio de este capítulo: que no podía transformarme en amigo de una amante pasada. Pareció no percatarse.

Pidió:

Seamos buenos amigos, buenos compañeros, aún podemos tener las conversaciones que tuvimos cuando no reñíamos.

Imposible. No podía aceptar. Categóricamente rechacé tal pretensión. Y menos contigo, Tantadel. O acaso supones que podría visitarte mientras estás con tu nueva amistad, en tu nueva búsqueda. No. Era preferible romper y no vernos. Vivimos en una ciudad inmensa, tus amigos no son los míos, tu trabajo es distinto al que tengo.

Será difícil el reencuentro y yo no te buscaré. Conozco los rumbos y lugares que sueles visitar, en lo sucesivo los evitaré. En serio, en serio.

Todavía quisiste que comiéramos y juntos (sin rencores) pasáramos la última tarde. Juntos. Los dos solos. Me negué. E insistí con firmeza: Hemos concluido, no veo por qué causa tenemos que prolongar este cómico martirio (yo tenía un nudo en la garganta y vi los ojos húmedos de Tantadel). ¡Hasta dónde llevé mi orgullo, debí aceptar ese fino hilo que aún nos retenía!

Invité a Tantadel a que fuéramos a recoger mis cosas a su departamento y luego a ir por tres libros de Tantadel que permanecían entre mis propiedades. No quiero que haya ningún pretexto para volver a vernos. En el camino nadie pronunció palabra. Recuperé lo mío y luego saqué los volúmenes que pertenecían a Tantadel. Con dramatismo irreconocible, preguntó si deseaba conservarlos por un tiempo mayor, puedes guardarlos, no me urgen, insistió ella. No, repuse. Hizo un leve intento por hablar. Di la vuelta. Y al llegar a mi cuarto lloré odiando mi carácter, lloré detestando el carácter de Tantadel.

VI

Of one that loved not wisely but too well...

SHAKESPEARE, *OTELLO*

Transcurrieron dos semanas, ¿o tres? (fastidia llevar la contabilidad). Volví a mi vida normal y salía con amigas, pero cada vez menos, prefería estar en casa, leyendo, intentando escribir algunas líneas sobre Tantadel, quizás eso me ayudaría a aclarar por qué rompimos, por qué causas dos personas que de verdad se aman dejan de verse, por qué al estar juntos se dañan. Evitaba ciertas reuniones seguro de que Tantadel no faltaría a ellas huyendo de su soledad: era horrible imaginarla rodeada, asediada por amigos ramplones, incapaces de decir algo sencillo. Busqué olvidarla en los libros, me sumergía en la lectura tratando de borrar su recuerdo-presente, su figura esbelta, su rostro apenas maquillado, sus expresiones groseras o delicadas, una Tantadel extremosa, ignorante de los justos medios (igual que yo). Cuando fallaba el libro incapaz de sujetarme, recurría a los volúmenes ilustrados y pasaba horas viendo fotografías de la Revolución, litografías de viejas batallas, escenas callejeras de la anciana y fascinante Europa, grabados de Doré, de Durero, aguafuertes de Goya, libros de arte egipcio, tremendas reproducciones de encuentros bélicos durante la Segunda Guerra Mundial: todo lo miraba con asombro y me entretenía hasta con detalles mínimos, insignificantes. O, por último, buscaba la evasión a través de la literatura de aventuras (ciencia-ficción, policiacas, de cacería...); ésta lograba mucho por mí. Un día sonó el teléfono, lo que era poco común (mis padres no tenían muchas amistades y yo heredé dosis de aquella misantropía). Ahí estaba el ruido molesto de la campanilla, ineludible e insistente, sin nadie que atendiera su llamado. Me decidí —de mala gana— abandonando un libro de Haggard. ¡Hola!, dijo una desagradable voz femenina, alegremente. Hola, saludé desconcertado. Después de las fórmulas cómo has estado, yo bien y tú, me atreví a preguntar quién habla. Adivina. Esos acertijos me parecen (son) imbéciles y subí el tono. De pronto la voz me fue familiar: ¡Tantadel! Había olvidado su voz, o, mejor dicho, la había cambiado por otras voces.

Sólo para saludarte, saber de ti.

Gracias, no te hubieras molestado, hablé entre irónico y aún descontrolado, sin hallar la actitud que debería asumir después de haberle garantizado que no volveríamos a tener contacto. La idea de que Tantadel me hablase telefónicamente no pasó por mi cerebro, ahora mismo me sorprendía: tanta firmeza, tanto radicalismo para terminar llamándome; sin embargo, me alegré, y muchísimo.

Abrí fuego:

Y aparte, ¿hay alguna otra razón?

Sarcástico, pensando en el malestar que me causó la entrevista que supuse última.

Sí, dijo a boca de jarro, quisiera que fuéramos amigos.

A renglón seguido, una larga retahíla de razones por las cuales deberíamos llevar amistad: la comunicación intelectual, afinidades, cariño, ocio compartido, etcétera. Dejé transcurrir unos segundos antes de responder. Recordaba. Comunicación intelectual. Tantadel, siempre afirmaste que teníamos grandes semejanzas, pero mis preferencias cinematográficas, literarias o de cualquier otra índole te desconcertaban; muchos personajes eran anormales para ti, en tanto que yo los comprendía perfectamente. En vano discutimos a Fitzgerald: no pudiste captar la grandiosidad del sacrificio amoroso de Gatsby; a Sade lo borraste con una cita extraída de un manual de sicología. Parecíamos predispuestos a no llegar al acuerdo. Leí para Tantadel párrafos o capítulos donde los personajes decían o hacían cosas comprensibles para mí y que a ella le parecían irrazonables o injustas; frecuentemente encuadraba la vida dentro de una lógica vulgar, cotidiana; y es comprensible: estamos rodeados de personas que nunca dejan de pensar que el rojo es rojo y que una casa tiene que ser una casa; ¿cómo podrían entender ciertos problemas cuando ni están a su alcance ni tuvieron una experiencia distinta fuera de la estupidez? ¿Cuántos seres fomentan el desarrollo de la fantasía? Pocos. Al abandonar la niñez los hombres se encadenan a un realismo abominable. Pueden ser talentosos, inteligentes o estudiosos y carecer de sensibilidad y capacidad para permitir que la mente vaya más allá de las cercas levantadas por los que tienen los «pies sobre la tierra». Marx, Lenin o Guevara, a quienes admiro intensamente, fueron soñadores. Tantadel y yo hablamos de otros desenlaces para los libros que nos interesaban y siempre eran dos: el tuyo y el mío. ¿Y por qué estábamos dentro de la literatura? Sucedió que yo la utilizaba para demostrarte que muchas de mis posiciones y actitudes eran correctas. Nunca hubo mejor apoyo. Creo que mi plática o te interesaba o te comunicaba ideas, estoy de acuerdo, Tantadel, pero jamás sucedió a la inversa y si te escuché repetir conceptos míos, pocas veces te vi con libros entre las manos. Igual que tantas sanguijuelas intelectuales: nada más afinan el oído y aparecen ante el público como extraordinarios lectores. No. Tantadel era de aquellas que se opacan a propósito con el fin de permitir que el brillo masculino resplandezca. Peor todavía. De todas maneras, mi posición no variaba aunque gustoso hubiera corrido hacia Tantadel; como amiga no me importaba. Ante su insistencia fingí aceptar.

Perfecto, desde hoy seremos *excelentes* amigos, nos contaremos nuestros problemas y juntos hallaremos respuestas. ¿De acuerdo?

Tantadel se descontroló: esperaba, sin duda, encontrar una resistencia menos endeble, más firmeza, mayor lealtad a mis principios manifestados de manera tan estridente. Y no captó que entraba de lleno, brutalmente, en un juego de dimensiones mayúsculas para su precario poderío espiritual. Comprobaría que su reputación de mujer valiente era un mito.

Y ahora que somos amigos —continué sin dar tregua— de qué hablaremos: ah, debo decirte algo: estoy metido en un conflicto amoroso.

Fuiste horriblemente vulgar, Tantadel:

Vaya, el que juraba amor eterno/

Preferí interrumpirla.

Es curioso, la muchacha vive cerca de tu casa y durante los días que la frecuenté jamás vi tu coche, tampoco luces en la ventana. ¿Saliste de la ciudad?

Siguió un silencio que cualquier novelista calificaría como embarazoso. En seguida hablé:

Electra.

Cómo dices.

Se llama Electra. ¿Dónde la conocí? Eso es cosa vieja. Trabajamos en una agencia de publicidad. Ella fue la primera persona que traté en ese sitio: alta, pelo negro, cara graciosa, buen cuerpo, menor que yo, pronto me atrajo y la amistad fue prosperando, creciendo y creciendo: comíamos juntos, procurábamos hacer trabajos semejantes o el mismo de ser posible, confeccionábamos anuncios idiotas que los industriales tarados deseaban para que sus inútiles productos fueran engullidos por una sociedad (dizque de consumo) que requiere orientación para comprar, para conocer sus necesidades; era divertido y no pagaban mal. Cuando mi trabajo sufría un tropiezo (qué hacer para que la gente beba más cerveza) tomaba el teléfono y pedía la extensión de Electra y hablaba con ella, igual que hoy lo hago contigo. Y bromeaba. O le contaba un chiste o hacía un comentario sobre temas simples, que aceptaba de buen grado e iba más lejos: Ya sabes, soy sencillita sencillita pero te quiero. A veces le decía: ¡Hola!, salúdote y mándote un beso telefónico: mua, mua, smack, smack, y colgaba la bocina mientras ella reclamaba que a juzgar por el número de onomatopeyas no era uno. En ocasiones teníamos que ir a un lugar determinado para filmar o buscar material e íbamos burlándonos de nuestras tareas. Te propongo — sugería yo a Electra— un bonito comercial para Volkswagen: un cuate viola a su novia dentro del coche, lo que demostrará, merced a grandes planos y a close-ups, cuán amplio y cómodo es. Compre un VW, el gran enano, excítese con su potente motor y en pleno camino, alejado de la contaminada ciudad, pruebe los frenos, deténgase y haga el amor con su compañera, salvajemente, fieramente. Los lujosos interiores de plástico atigrado servirán de estímulo y no se preocupe por el espacio, usted inténtelo. Si la muchacha ofrece resistencia, mejor, comprobará la fortaleza de nuestros carros que por estar hechos en México están bien hechos. ¿Te parece bien, Electra? Reíamos. Pero una vez nos besamos sin bromear, sentí necesidad de tocarle los senos. No, por favor, se defendió, y comprendí que era sumamente joven e inexperta, que estaba en la búsqueda de un amor diferente del que yo podía darle. Sin embargo, pregunté la causa del rechazo. Electra dijo: Te quiero, sí, mas (sic) imposible olvidar que eres casado. Qué quieres, estoy moldeada a la antigua. A partir de entonces, Tantadel, llevamos una curiosa especie de noviazgo, tal como lo concibe todo mundo: besos, idas al cine, caricias veladas. Su familia no objetaba mi presencia: extraño: por un lado me suponían distanciado de mi esposa, viviendo solo,

por el otro sabían que a lo largo del matrimonio no tuve hijos como no los tengo hoy. Deseaba a Electra con vehemencia, la soñaba, y muchas veces desperté con la certeza de que dormía desnuda junto a mí. Y los deseos insatisfechos, reprimidos de manera dolorosa, se confundieron con el amor o tal vez estaban mezclados y sentí verdadera pasión por Electra.

Electra, te dije que me divorciaría. Tu reacción no fue la adecuada y más tarde habrías de lamentarla; llegaste incluso al lugar común: Si te divorcias una vez, podrás hacerlo una segunda. Pensé que no debía insistir. Pensé en separar el amor del deseo, alejar la ternura de tus caricias, tu carita de belleza simplona. No hubo tiempo: me fui a los Estados Unidos y durante meses, Electra, te recordé sin tener noticias tuyas. No tuve la precaución de apuntar las señas de tu casa y cuando quise escribirte no supe a dónde, ni siquiera teníamos amigos comunes que pudieran darme la calle y el número de tu casa o hacerte llegar una carta. Espera, antes de irme, dos o tres días antes, alguien, no recuerdo quién, me advirtió: Electra sabe que viajas con tu esposa y eso la tiene confusa y terriblemente decepcionada. Lo lamento. Hubiera preferido que nada supieras al respecto, que tu último recuerdo no fuera ése.

Te avisaron mi regreso en calidad de chisme: ya está en México, y obtuviste mi número telefónico y volví a escuchar el sonido de tu voz. Explicaste —con notable entusiasmo, con exaltación— que tenías ganas de verme y concertamos una cita para el mismo día, a las seis de la tarde. Llegué puntual, ansioso de saber cuál sería mi reacción frente a Electra, si en un año te habías transformado o si continuabas siendo aquella maravillosa muchacha, cuyo cuerpo no correspondía a una mente un poco infantil. Estabas más bella. Y creo habértelo dicho. Aparecías en el marco de la puerta, emocionada. Nos besamos. Un beso tímido y nervioso. Al separarnos exclamaste: ¡Has cambiado, subiste de peso! ¡Gordo! Respondí que estuve en un país desarrollado, nada de tortillas, frijoles y chiles verdes. Sonreías. Su gran estatura le confería un aire digno. Parecías una mujer inalcanzable y eso me interesó. El amor resucitó, Tantadel, vino de entre los muertos; además, necesitaba olvidarte, las lesiones de nuestra separación estaban de hecho intactas. Durante muchas horas, Electra y yo conversamos, teníamos cosas que contarnos; ambos evadíamos el tema de mi matrimonio. Por fin, una tarde, Electra dejó de sonreír y la escuché: me contó de un novio al que quiso, pensaban casarse. Una noche bailaban en un club y el frotar de los cuerpos hizo surgir el deseo, la excitación apareció. Fuiste cada vez más audaz, Electra. Él te propuso ir a la cama y ella aceptó. Jamás esperé tal revelación que en otra persona me hubiera parecido totalmente normal o insulsa: he recibido confesiones atroces sin inmutarme, pero esto era distinto: no pensé que tú pudieras irte a acostar con alguien; estaba, en realidad, incapacitado para imaginarte con otro que no fuese yo, porque nunca supe de pretendientes tuyos o de amigos. A la sorpresa (estaba atónito) siguió curiosidad, una curiosidad insana. Me contaste, Electra, me contó, Tantadel, que en el hotel el novio estuvo brutal, ¿no es así? La decepción fue inmensa, Electra no supo qué era el sexo. Parece (las descripciones fueron

imprecisas, vagas) que lloró largo rato, desnuda, adolorida, y que al vestirse había adquirido una decisión: no ver más al novio, no llegar al matrimonio, no volver a tener relaciones sexuales, eran demasiado crueles: dónde está el celebrado placer del que tanto hablan, te repetías frustrada. El ver a tu novio convertido en una bestia babeante que te besaba y acariciaba burdamente, el oírlo gritar incoherencias, el escuchar frases desconocidas que trataban de darte órdenes para que hicieras cosas que te parecían repugnantes, todo eso contribuyó para que por mucho tiempo, hasta mi regreso, impidieras que un hombre se te acercara. Conmigo volviste a los momentos dulces, cursis, delicados, a los intentos de tocarte discretamente, con suavidad, es decir, al noviazgo. Cuando concluiste el relato, yo estaba indignado: Electra se había entregado con facilidad; conmigo, en cambio, siempre mostraste un pudor extremo y nada más permitiste que te rozara los senos y los muslos. Sentí que habías sido injusta. Y opté por contarle el amor que tuve por Tantadel. Fuera de algunos detalles sobre mi esposa, no le había hablado de mujeres, así que con lujo de detalle le narré cómo fue nuestra vida en común. Dijo, dijiste, Electra, que no conocías esa faceta mía y en efecto estabas desconcertada. Insistí en mostrarme como soy. Electra cesó de hablar y yo me despedí.

La siguiente vez que nos reunimos, Electra preguntó si aún te amaba, Tantadel. Respondí parece que sí, fue un amor de gran intensidad como para olvidarlo. Pero me prometí no volver con ella, si eso quieres saber. Vamos a caminar, invité a Electra, y recorrimos varias calles de una ciudad seminublada, de aspecto sucio, polvoso, antes de decidirnos por entrar en un cine: la película había principiado; no nos importó, realmente no teníamos interés en verla.

Manteníamos los ojos fijos en la pantalla sin prestarle atención a las imágenes, al sonido. Electra apretaba violentamente mi mano. Expresó —sin preámbulos— te necesito, quiero estar contigo. La besé más bien con ternura que con pasión y abandonamos la sala. Volvimos a caminar ahora buscando un hotel. ¿No me dolerá?, preguntaste sin ocultar tus reservas, pensando en tus cicatrices. Todo doctoral te lancé una larga explicación sobre la materia en cuestión; la síntesis era digna de la mejor revista de consejos a las mujeres: depende del cuidado que ponga tu pareja, habrá que hacerlo con suavidad. Y en efecto, así fue. Temblabas. Tardaste en desvestirte y no lo hiciste frente a mí. Nos cubrimos con las sábanas y comencé a acariciarte. No cerrabas los ojos y continuabas temblando. Ignoro si lloraste o simplemente tus ojos estaban húmedos por emociones contradictorias: el deseo, el temor al acto sexual, el estar desnuda junto a un hombre... Poco a poco fui penetrándote,

tantadel sentada en el borde de la cama, pensando en lo que escuchaba, imaginando a electra, comenzando a sentir la aparición de rabiosos celos, fumaba nerviosamente

tantadel agitada, mordiendo el cigarrillo, furiosa, a punto de colgar la bocina por algo que ella misma provocó; no, resistiría hasta lo último pasara lo que pasara

¿lo recuerdas?, tratando de no causarte daño, pero te defendías, no, no, espera, me duele. Deduje que el posible dolor era más bien mental que físico, y mientras volvía a intentarlo, te hablaba, te decía boberías, te besaba la boca, las mejillas, el cuello, los ojos, la nariz, la boca, y fuiste perdiendo el miedo y finalmente comenzamos a movernos; yo seguía tu ritmo natural y procuraba satisfacerte aun a costa de no sentir placer absoluto. Cuando se aproximaba el final para ti, cerraste los ojos

y me abrazaste con fuerza: por primera vez aparecía en tu vida el orgasmo y durante largos segundos estuviste estremeciéndote, respirando con brío, sintiendo aquella energía capaz de sacudir el cuerpo y hacerte perder de vista el mundo circundante. Luego concluí yo y cerraste más el abrazo. Después, abriendo los ojos y viéndome a los ojos, exclamaste: ¡Es maravilloso, nunca pensé que fuera algo tan extraordinario! Volviste al silencio, a meditar en lo sucedido, a tratar de hallarle una explicación racional al acto amoroso. Hiciste un extenso mutis, te ausentaste; parecías adormecida por la emoción, por el descubrimiento y a mí me gustaba verte así: pensativa, casi soñadora. El silencio suele sublimar a la gente.

¿Cuánto duró? ¿Qué cuánto duró? ¿Me lo pregunta Electra o debo contestarte a ti, Tantadel? Dos semanas, o menos. No llevé la cuenta. Pero recuerdo que todo fue perdiendo entusiasmo con celeridad, al menos para mí. Electra había descubierto un juguete nuevo y se aferraba a él, sólo que seguía siendo una niña y la responsabilidad descansaba en mí: yo tenía cuidado de no dañarla, yo compraba óvulos anticonceptivos, yo se los colocaba, etcétera. Electra cobró confianza y ahora iba a los hoteles de paso sin vergüenza: entraba con seguridad, y llegó a llevar bata transparente y cosméticos. Hacíamos el amor y una vez pasado el frenesí —mientras ella se arrepentía de no haberse acostado conmigo desde tiempo antes— yo descubría que no teníamos de qué hablar. Electra no se percataba de lo importante que resulta para algunos la comunicación extrasexual, me pedía que le enseñara todo lo posible sobre el amor, como si yo hubiese escrito el *Kama-Sutra* o fuese discípulo de Miller; luego caíamos en pláticas bobas sobre sus problemas familiares o en el silencio, silencio larguísimo, tenso, donde cada uno hacía esfuerzos por hallar un tema del cual platicar. Comprendí que Electra había dejado de interesarme. Si a esas alturas no me hubiera acostado con ella, mi amor-deseo tal vez estaría incólume. Pero ya nada me importaba. Comencé a espaciar las visitas —mi eterna táctica, mi forma de ser—, a fallar en las citas, a no hablar telefónicamente, a permanecer silencioso y malhumorado, a discutir por simplezas; da resultado y por último, fastidiadas, me mandan al diablo; entonces quedo de nuevo en libertad, en disposición de mi tiempo,

de mis horarios, sin tener que saltar cuando oigo el repiquetear del timbre o del teléfono. Pero Electra iba a presentar mayor resistencia. Me sitió desatando la guerra: es desesperante, me

vuelve loco, no soporto que la gente se muestre cuando no deseo verla: debe suponer que su compañía es balsámica, que me ayudará y salvará de los problemas que padezco. Y me busca y me busca. Y únicamente encuentra mi aversión. Electra explicaba que no podía dejarme solo, que si mis relaciones matrimoniales fueran positivas o normales no habría dificultad en ceder, dejaría de verme, pero no, vives en un infierno, no tienes hogar, hijos (como si me importaran tales sandeces), decídete, divórciate, podemos poner un departamento juntos, incluso, si lo deseas, casarnos, lo que/

Electra, por piedad, se un grato recuerdo y no un mediocre presente. Tuve que recordarle: Antes decías: arregla tus problemas familiares, ten hijos...

Y me veía con ternura, ternura que pronto se metamorfoseaba en cursilería y derramando melaza del mejor estilo cinematográfico mexicano me consolaba: Cómo debes sufrir, querido mío, tu soledad (y en lugar de frenar su carrera hacia el premio Dama de las Camelias, me permití guasear: Mon amour, je ne suis jamais seul avec ma solitude, parafraseando una canción de Moustaki). Casi me besaba la frente, como lo hacía mi abuelita o mi mamá antes que me recogieran para ir a la escuela primaria. ¡Estaba harto de ella, Tantadel!, y no cesaba de pensar en ti, en lo diferente que fue lo nuestro, en que tu importancia real no consistía en admirar el alumbrado navideño de la ciudad, en ahorrar para el ineludible (e inefable) viaje a Disneylandia, en conmoverse ante las cotidianas heroicidades del mexicano. Yo estaba igual que bestia acosada y el símil no podía ser otro por gastado que parezca: la impotencia para rechazar a Electra de plano me sujetaba; qué costaría decirle vete al diablo, somos diferentes; amo a mi esposa y no tengo dificultades con ella. Pero no, Tantadel; el miedo a herirla o el hecho de pensar que en el futuro podría acostarme nuevamente con Electra impedían el choque frontal y definitivo. Y mientras meditaba lo anterior, mi seguidora insistía con renovada fijación: Mis hermanos comentan burlones nuestras relaciones, saben que sigues casado aunque andes libre y tu mujer no esté en México, no desconocen que te adoro. Yo, por supuesto, fingía no entenderte, y argumentabas y argumentabas atacando para vencerme, cada vez con menos fuerza; la agobiante tarea que te habías impuesto no daba resultados satisfactorios, al contrario. Las entrevistas fueron espaciándose, asimismo las llamadas, hasta que no supe más de Electra, Tantadel. Es extraño, tengo presente una de nuestras pláticas

tantadel sonrió irónica burlándose, tratando de sentirse mejor; mantuvo la sonrisa nerviosa ahora comparando la situación de electra con la de tantadel: había puntos de contacto

finales:

Has cambiado mucho, dijo ella.

Lo dudo, respondí.

Eres diferente.

Soy igual, igual que siempre.

En el pasado, cuando te conocí, cuando trabajábamos juntos, eras otro hombre, ahora estás amargado, por eso odio a tu esposa, la detesto; la veo de facciones duras, aborrecible.

Sonreí.

Era idiota, es, que una persona te califique o te juzgue sólo por su conocimiento, por su forma de verte, por algunos datos que apenas configuran una silueta o una sombra, pero resultaba más idiota odiar a un simple nombre.

Así que supones que todo tiempo pasado fue mejor, razoné sardónico evitando caer de nuevo en la discusión si debía divorciarme o no, si era feliz o simplemente estúpido por no «abrir las puertas del paraíso» cuando se me mostraban con toda su magnificencia de nubes azules, música celestial interpretada por miles de voces angelicales, rayos dorados de un sol ajeno y complicados arabescos en medio de una vegetación lujuriosa; lo que sucede, *querida*, es que uno recuerda en bloque los momentos más amables, más trascendentales, y olvida los monótonos, rutinarios, desagradables, que son la mayoría. Recuerdas los días de bailar y de tomar una copa bien acompañada, olvidas el tedio del trabajo o de aquellas discusiones —farragosas, sin sentido— en las que hablábamos de mi relación matrimonial, de abatimientos y desencantos, cuya finalidad era atraerte.

Pero en estas vulgaridades, Tantadel, Electra tenía parentesco contigo o ¿es que las mujeres en este país están cortadas de la misma manera y son incapaces de rebelarse contra esas costumbres, esa educación, esos prejuicios! No pasemos por alto que tú, Tantadel, me pediste que fuera cuerdo, que te dejara, tuviera hijos con mi esposa. Espero no volver a toparme con Electra; ahora, no sabría cómo actuar en caso de que ella insistiera con su acoso, rebajándose, eliminando los restos de su prestigio.

Tantadel tardó en responder; evidentemente estaba desconcertada con mi largo relato y yo gozaba imaginando su cara de seriedad, de preocupación, de abatimiento. Aproveché el momento para una digresión hiriente: A propósito de recuerdos, ¿todavía conservas mis fotos?, ¿o hiciste como los burócratas que al cambiar el presidente de la República cambian de inmediato el retrato?

Ofendida explicó que las fotografías continuaban en el mismo sitio (el buró). Di las gracias con afectada amabilidad. Veo que no me has olvidado; ahora trataré de hacerlo, fue categórica retomando mis palabras. Me duele, continuó, que a dos semanas de nuestra ruptura hayas aumentado el número de amoríos.

Mi turno:

Quizá para ti dos semanas sean nada, supongo que para todos son efectivamente dos semanas, para mí son mucho tiempo, depende de la intensidad con que vivas cada

minuto, cada hora... Para un pobre oficinista dos semanas son quince días, con precisión matemática; para otros pueden ser eternas o terriblemente breves.

Corrompido, trató de vengarse sin levantar la voz, sin gritar, sólo poniendo énfasis en el adjetivo.

Por qué, Tantadel. Estar enamorado no significa corromperse. Y me reía. El hecho de que tú no puedas enamorarte con facilidad y menos aún después de una relación es problema tuyo, no califiques a las personas por lo que te gusta o no.

Al poco rato, Tantadel se despedía sin duda arrepentida de haberme llamado. ¿Qué pretendía? ¿Ser mi amiga? ¿Mi confidente? ¿Mi amante de nuevo? Para qué insistir. O Tantadel era masoquista o seguía enamorada. Mi vanidad hacía que pensara en la segunda razón. Pero entonces me enfurecía que no fuera explícita, por qué hablar y solicitar amistad cuando en realidad quieres acostarte conmigo. Decidí hablar con ella al día siguiente, pensé que había ido lejos con mi historia; de todas maneras Tantadel regresó, eso era lo importante, me buscaba otra vez, y yo que llegué a creer en la firmeza de sus decisiones.

Veinticuatro horas después, casi a la misma hora en que recibí el llamado que inició mi confesión sobre Electra, marqué el teléfono y esperé varios segundos antes de escuchar a una Tantadel adormilada. ¡Hola! ¿Estabas dormida?

después de colgar la bocina, tantadel se contempló largamente en el espejo del tocador: preguntó dónde había fallado, por qué, y el espejo miró que pese a estar sola lloraba discretamente para que nadie la oyera

Disculpa, pero tenía que conversar contigo. En seguida le expliqué que mi relato del día anterior era falso, totalmente apócrifo, fue una burda mentira, inventos para desconcertarte, para conocer tus reacciones. Añadí: ¿no te pareció un buen tema para telecomedia?

Tantadel contestó triunfal, ya sin sueño en la voz:

Lo sabía. Supe que no era cierto. Había cosas que no encajaban en tu manera de ser. Creo conocerte lo suficiente como para darme cuenta si mientes o dices la verdad.

Aquí puso énfasis, autosuficiencia.

Vino a mí la imagen de la Tantadel segura de sus conocimientos humanos, la persona que nunca se queda callada, que lo mismo interviene en discusiones políticas que en conversaciones sobre la manera de vacunar al ganado para salvarlo de la fiebre aftosa: doctoral, confiada en los mil nombres que manejaba, mil nombres

entresacados del Who's Who in México. La detesté. La odiaba siempre que intervenía para afirmar, nunca tuvo dudas; desconocía los titubeos y jamás dijo tal vez, quizá, no estoy segura. Era como todo mundo: habla de literatura —¡pobre literatura!— por haber leído dos o tres libros deplorables, best-sellers; por conocer algunos apellidos de escritores y entonces siente derecho para comentar cualquier obra, cualquier autor, mientras que ningún profano se atrevería a explicar cuál es el método más correcto para alimentar a una computadora. Qué desprecio por la literatura.

Prosiguió. Sin interrupciones. De corrido.

A ti las vírgenes o semivírgenes no te entusiasman. Has dicho que no eres maestro de sexología, que aprendan antes de llegar a ti, que a diferencia del macho mexicano las prefieres experimentadas. Contaste que tu relación más frustrante fue con una adolescente de quince años/

Pensé, en tanto escuchaba un murmullo distante, que no me conocías, que si hablaba despectivamente de las vírgenes era porque jamás tuve una en mi cama: las mujeres llegaron a mi vida después de muchas experiencias sexuales; yo tenía todas menos la de la virginidad.

Además, seguía Tantadel, recuerdo los problemas que tuviste con tu esposa a causa de su ignorancia, me los contaste, no lo olvides. Por último, no podía haber, entre Electra y tú, ningún otro tipo de entendimiento y dudo que puedas enamorarte por mera atracción física; dijiste que el amor entra por los ojos y se sostiene y acrecienta merced al intercambio de conceptos inteligentes, sensibles/

Uf.

El resto fue una plática amigable donde cada uno evitó caer en errores; volvíamos a mostrarnos agradables y simpáticos, como si fuera la reconciliación. Tantadel quedó en volver a hablarme al cabo de una semana; iba a un congreso de historia, a uno de esos actos que le fascinaban porque se prestan a la exhibición y a conocer «personalidades». Te llevaste mi bendición y mis mejores augurios para la ponencia que leerías y, como de costumbre, me dejaste un amargo sabor de boca, igual que si hubiera fumado mucho. Tantadel debió ser mujer de relaciones públicas, nunca he visto a nadie que requiera más del contacto social para vivir: en soledad moriría de tristeza. Hasta la semana entrante, Tantadel.

VII

Una tarde en el Parque Hundido.

Tantadel y yo mirábamos las reproducciones de piezas prehispánicas.

¿Sabías que este lugar se llama Luis G. Urbina?

Pero a juzgar por el *no* que pronunció, ni había mirado el letrero que lo indicaba ni le importaba. Encogió los hombros.

Todos le dicen Parque Hundido. La literatura actual también ha olvidado el nombre del poeta. Es más bonito Parque Hundido. Efectivamente lo está.

Sí, a unos cuantos metros bajo el nivel de la ciudad.

Ha ido sumiéndose lentamente por culpa del peso de los árboles y de los niños que vienen a jugar.

Tantadel acababa de prestarme un libro en correspondencia a varios que le regalé. Quedamos en compartir lecturas y éste podría ser un paso. Era de Will Copy, un regalo de su ex marido. Una visión humorística sobre la historia, advirtió y me leyó unos párrafos sobre la terquedad de Aníbal en mantener elefantes dentro de su ejército. Y me puse a hojear la obra: descubrí una dedicatoria: Que cada sonrisa tuya sea para mí.

Los celos que siempre me acompañaban tratándose de ella brotaron convulsivamente ante la letra pequeña y nerviosa del que fuera su esposo. Cerré el libro. Si supiera dónde están tus sonrisas, manifesté soltando veneno, a quién se dirigen, qué las provoca.

Tantadel me abrazó con fuerza poniendo su cabeza en mi pecho. Mmmmm, enojón, me lo regalaron hace largo tiempo.

Seguimos caminando hasta llegar al audiorama: estaban tocando la sinfonía cuarenta de Mozart. Fue tema de *Les cousins*, ¿la viste? Excelente película, dije pensando en Brialy, en Gerard Blanche y en Chabrol para quitarme de encima el peso de la dedicatoria.

Nos sentamos en el pasto.

Quiero decirte algo, Elmer Gruñón.

Dintelo.

Nunca he pensado tener un hijo, no por ahora, ni siquiera con Fernando. Contigo me gustaría...

Olvidé el malestar y me sentí conmovido.

Sí, a mí también me gustaría tener un hijo contigo.

Pero en realidad no pensaba en el niño, es más, no me importaba la paternidad, pensaba en acercarme a ti Tantadel: un hijo nos hubiera unido definitivamente rompiendo el mito de mi esposa, las antiguas relaciones con ella. Nos hubiera dado valor. Y aparecieron las imágenes de una Tantadel embarazada, risueña. Vivíamos en un sitio diferente y poco conocido, sin recibir visitas, sin acordarnos del pasado. Sin

pleitos. Incluso supuse que Tantadel acababa de aparecer y que nadie la conocía: juntos tendríamos amigos, inventaríamos nuestras genealogías, escogeríamos nuestras nacionalidades y nuestros estudios...

Tantadel rompió el sueño. El idiota y ramplón sueño.

Jaime te detesta. No sé qué le dijeron sobre ti.

¡Y a mí qué carajos me importa la aversión de un pobre diablo como Jaime!, exploté. También yo lo detesto, lo odio. No soporto los chantajes que te hace, sus presiones baratas. Si fuera inteligente y menos burdo, capaz de retenerte por otros medios, no amenazaría con suicidarse o tal vez lo haría sin notificarlo al mundo. Exacto, un chantaje fácil. Dale una pistola o barbitúricos, no importa lo que diga su siquiatra o lo que pienses tú, no se matará. Su angustiada depresión es falsa. En realidad no es más que un muchachito agradable y con suerte: dinero en la familia, Tantadel contemplándolo, siquiatra creyendo en sus amenazas. Te están presionando para que vuelvas con él, a salvarlo de la muerte que lo acecha. Aunque hayas hablado con Jaime en un momento de audacia y le hayas planteado que me quieres, no está dispuesto a perderte y seguirá luchando por recuperarte; natural: con sus armas, que por lo visto te cautivan. Ojalá pudiera utilizarlas yo.

Tantadel no contestó. Los acordes de Mozart habían desaparecido y ahora vibraban los de Vivaldi. A unos cuantos pasos, un niño que contempló mis gesticulaciones y oyó mis gritos, me miraba inmóvil desde las alturas de su triciclo. Sentí que el ridículo me envolvía y hablé discretamente.

Déjalo por completo, Tantadel.

Pero yo no ofrecía algo a cambio. En ese momento, en esa tarde, debí explicarte la verdad por difícil que fuera, pedirte que viviéramos en un departamento amueblado mientras poníamos en orden nuestras situaciones para casarnos. La verdad se impondría a los trucos ingenuos de Jaime. Simplemente te invité a dejar el Parque Hundido.

Ahora que recuerdo aquel paseo vespertino y la manera en que concluyó, me pregunto si alguna vez transcurrió un día completo sin que chocáramos. Me gustaría marcar tu teléfono y recordarte la escena para que pensáramos si un hijo nos hubiera favorecido o si nos hubiera acarreado mayores trastornos. No lo haré. Además, Tantadel está fuera de la ciudad.

VIII

Cuando Tantadel volvió del histórico congreso me halló abatido, fastidiado; uno de esos momentos en que ignoraba mis deseos o, mejor, no los tenía; no podía leer: en vano buscaba algo atractivo; la cartelera cinematográfica me aburría y no tenía ganas de estar cerca de mis escasos amigos. Desde tiempo atrás quería seriamente convertirme en escritor, en novelista, dejar mis pequeños cuentos y entrar en un mundo más complicado, no para «comunicarme con mis semejantes», menos para «legar una obra a la humanidad», simplemente buscaba poner en claro mis ideas y organizar mi pasado o ciertos momentos de mi pasado; para saber por qué actué de tal o cual manera, para ordenar los apuntes que sobre Tantadel he ido redactando. ¿Hacer un libro, una novela? ¿Para quién? ¿Qué diría Tantadel, posiblemente mi solitaria lectora y crítica? ¿Advertiría diferencias entre yo personaje y yo ser común y corriente, enamorado conflictivo de la heroína, hallaría virtudes si confeccionara la obrita?

Puede decirme que yo siempre he pretendido ser diferente, aunque en apariencia sea igual a cualquier joven de mi edad, y que siempre he caído en la trivialidad y ahora en una prosa desaliñada. ¿Acaso *Tantadel* tendría la fuerza suficiente para impresionar a Tantadel? ¿Le gustaría el escrito? Exigió demasiado de mis limitadas fuerzas intelectuales. Mis artículos o mis intentos de ensayo le parecieron simplezas o no les prestó gran atención. Y únicamente le gustó un cuentecillo, es posible que por las circunstancias que rodearon al regalo de papel escrito. [Por tu cumpleaños. Tantadel. No, no lo es. Cumpló en diciembre. En diciembre tal vez no estemos juntos. Esas bromas no me gustan. Bueno, olvídala, el caso es que escribí un pequeño cuento para ti, caja de sorpresas, mujer mágica, Tantadel-Pandora, para ti que amas la mitología clásica o que eres una curiosa irredimible, preguntona, Tantadel-Mito. Déjame leértelo. Y leí en voz alta: «La caja de Pandora», y después del título miré los ojos de Tantadel y continué de un hilo: Según una de las versiones oficiales la caja de Pandora, regalo de Júpiter, contenía todos los males que hoy afligen al mundo. Un curioso, de los que nunca faltan en cualquier mitología, la abrió y al hacerlo las calamidades que estaban encerradas escaparon, quedando, muy en el fondo, la esperanza. El hombre comenzó a conocer los sufrimientos y a vivir ilusionado: mañana me irá mejor, pronto sanaré, en breve el capitalismo será destruido... En otra, es la misma Pandora quien destapa la caja y de aquí proviene —cosa inverosímil— la fama de la curiosidad femenina. Pero no es así, de ningún modo. Cuando Epimeteo, hermano de Prometeo, levantó la tapa de la famosa caja, que dicho sea de paso, no era tan pequeña como afirman los historiadores de cuestiones mitológicas (imagínate, Tantadel, el tamaño para que cupieran los males del mundo), salió todo excepto Pandora que permanecía dentro ocultándose del pobre diablo de Epimeteo. Y tenía razón para negarse: mientras que ella era hermosa gracias a Venus, persuasiva por un

don de Mercurio, culta a causa de los favores de Apolo, etcétera, Epimeteo era necio, nada talentoso y feo (su único mérito y por el cual pasó a obtener un registro en la historia fue ser hermano del gran Prometeo). En vano Epimeteo esperó por Pandora, la insultó, la amenazó, le suplicó: nada: ella permanecía en la caja sintiéndose, como es natural, más protegida que en el exterior, en un seguro vientre materno fabricado con materiales divinos. Desde entonces, como dirían Borges o Reyes, todos los hombres son más descendientes de Epimeteo que de su hermano y están en espera de la mujer ideal, perfecta, como si la merecieran, pero es inútil: no llegará nunca.] Sí, dijiste me gusta, con cierto entusiasmo. A ello repuse soy como Epimeteo. Y tú cerraste, hablando como niña, te he dicho que los papelitos de modestia no te quedan, suenan huecos. Pero en este caso, Tantadel, qué debo escribir. Cómo. Las palabras, las frases, los conceptos, las estructuras, todo está en la literatura que nos antecede. Qué debería hacer para darle originalidad a problemas amorosos prácticamente congénitos a la humanidad, que han existido desde siempre, que por miles de años han acompañado a la pareja. Sólo podemos parodiar lo parodiado. ¿Tiene sentido narrar una puesta de sol, un día lluvioso en la ciudad, la indignación de un hombre celoso? ¿O debería poner en prosa poética la forma en que se hunde el papel higiénico que utilizó el «ser amado» en el excusado? Quién puede decirlo, quién lo sabe.

Tantadel habló —por teléfono— largamente de todas las *interesantísimas* eminencias que conoció en el encuentro y de las invitaciones que le hicieron para participar (aunque fuera sin ponencia) en reuniones parecidas para saber si los incas y los aztecas tuvieron contactos comerciales y culturales y si los españoles presenciaron sacrificios humanos o sólo se trataba de las visiones calenturientas de los cronistas de la Conquista. Casi colgué. ¿No te dabas cuenta de que las invitaciones surgían a causa de tu belleza, que entre vejestorios resaltabas todavía más, Tantadel? Su pregunta cómo estás y la forma en que la hizo lo impidieron. Regular. Medio aburrido.

Estás serio, preocupado.

No es nada, realmente nada sin solución.

De nuevo Tantadel y su dulzura inquietándose por mí, sin saber que ella provoca mis malestares. Si pudieras percartarte de por qué aparecen las dificultades entre nosotros. Sigues ciega, buscando el mal en otro sitio que no seas tú, fuera de tu cuerpo, fuera de tu mente. Te preocupas por mi salud y mi estado de ánimo de la misma manera que te preocupas por cuantas personas conoces. Lástima.

I: Imaginé estar a su lado. Una noche de alta temperatura: la fiebre me rodeaba y sólo dormía a ratos. Tantadel, desnuda, intentaba protegerme. Cuando yo abría los ojos encontraba su cara: ¿Te sientes mejor, te preparo algo de comer, deseas que llame al médico, a tus padres? No, no, no, gracias, respondía y volvía a caer en un tremendo sopor: de nuevo sueños, pesadillas inquietantes que me regresaban a la realidad y la realidad era Tantadel junto a mí, esperando que descendiera la calentura, pasando la noche en vela.

Era sacrificada, podría decir abnegada, muy mexicana.

II: Imaginé estar a su lado. Una de las últimas veces que hicimos el amor ella concluyó y yo seguía abajo,

irritado, sin ningún placer; sin embargo, moviéndose ágilmente se puso a mi disposición: el deseo renació y con ansiedad la poseí.

Y venían las inacabables pláticas de Tantadel sobre siquiatria: el sexo y la ternura se iban al carajo.

Yo (molestísimo): Qué debe hacer el artista para no ser juzgado por el científico como anormal, qué debe escribir el literato, Tantadel, para que los siquiátras no le digan que posee Edipo o que por alguna horrenda frustración infantil trata algunos temas. Sí, lo sé, Kafka, Baudelaire, Poe, Lovecraft y otros autores analizados a la luz del psicoanálisis producen resultados extraños, no dudo que interesantes, pero definitivamente alejados de la literatura, de la estética; entonces son paranoicos, sádicos y toda una gama de adjetivos freudianos; no creadores, no artistas. ¿Tiene sentido?, pregunté más irritado aún. No para mí. La literatura es adulta, su edad supera los dos mil años, mientras que la siquiatria gatea. Freud fue posterior a Dostoyevsky: éste no necesitó del primero, fue a la inversa.

Tantadel replicaba diciendo que eran argucias poco serias. Y en ocasiones se exaltaba.

Tantadel: Tú crees que la literatura es la salvación de la humanidad, hablas de ella como la panacea de los males del mundo. La literatura ha podido conservarse gracias a unos cuantos en cada siglo, gracias a una élite, la gran mayoría de los seres humanos han vivido, viven, al margen de *tus bellas letras*. El mundo actual, poblado de hambrientos, podría prescindir de las novelas, de los cuentos, de los poemas, pero jamás prescindirán de las vulgaridades llamadas alimentos. Para el campesino de Guerrero o de Tlaxcala es más importante un taco que las obras completas de Cervantes o de Moliere, ¿o no? Cómo leer a Tolstoi o escuchar a Beethoven cuando no se ha comido en días.

Yo (bajando el tono): De acuerdo, Tantadel, estoy consciente del papel de la literatura: es menos complicado cambiarla que transformar un país. Para lo primero basta un hombre, lo segundo requiere un pueblo.

Suficiente.

No me engañas, algo te preocupa, te conozco, insistió Tantadel. Forcejemos unos segundos, luego...

Luego accedí a sus presiones. Hace dos días supe que mi esposa tiene relaciones con un compañero suyo. Me lo contó una amiga común. Ester. No tenía razón para mentirme. Es probable que sea cierto. Yo entiendo, la distancia, la soledad, mis pésimos antecedentes/ Mientras hablaba, las imágenes se proyectaron en una especie de pantalla. Estábamos bebiendo (unos amigos y yo) y alguien tuvo la ocurrencia de telefonarle a Ester. En veinte minutos le abrimos la puerta y rápido se incorporó a la juerga, es decir, bebió con celeridad. La noté rara, no le di importancia; después recordaría que un compañero dijo: A Ester le gustas, no logra ocultarlo. También recordaría que si yo le gustaba no era menos exacto que tenía admiración servil por su novio. Me constaba. Varias horas después y varias botellas liquidadas,

tantadel se desconcertó
como nunca antes con
una noticia; no era capaz
de digerirla de inmediato

Ester y yo quedamos juntos, al margen del resto que discutía si Rulfo era superior a Revueltas o algo por el estilo. Realmente me simpatizaba aquella mujer regordeta. Conversamos un rato, con la lentitud que proporciona la abundancia de alcohol, y le expliqué burlón, arrastrando las palabras: Sabías que mi esposa y tu novio se reúnen

con frecuencia.

Me alegra que te dieras cuenta, repuso Ester con mucha frialdad, cortante.

Su respuesta me descontroló. Sentí un golpe en el estómago. Fingiendo indiferencia comencé a hablar (¡no podía hacer otra cosa que defenderme: yo no sería engañado, la reputación de mi esposa que se fuera a la chingada!):

Claro, es normal, lleva mucho tiempo sola, tiene que distraerse, Nueva York es una ciudad difícil.

Es que no te das cuenta. Salen, andan juntos. Por favor.

La rudeza de Ester me sobresaltó y me puse en guardia (entonces era cierto).

El sexo es fuerte, comprende, ¿tú no te has acostado con otros?

En el fondo sentí que los papeles no correspondían a la obra y que bien podrían ser interpretados a la inversa: mi mujer no había hecho el amor con nadie, Ester sí. Guardé silencio, acobardado por lo insólito, por lo grotesco.

Ester prosiguió con denuedo.

¡Los vi bailar, besarse, manosearse, antes que yo dejara Nueva York!

Debí defender a mi esposa, debí decirle que era una calumnia; que no podía ser cierto, un invento, únicamente existe en tu mente enferma, pero volví a protegerme.

Bueno, estamos a mano, yo también la he engañado muchas veces; además no importa: estoy enamorado de otra mujer (y pensé en ti, Tantadel, ¿podrías ayudarme como cuando mi foto te sostuvo durante la entrevista con Jaime?) y casi vivo con ella.

Ester se mostró satisfecha. Y yo me sentí un perfecto miserable, ¡cuánta bajeza puede tener uno! Continué bebiendo, ahora desesperadamente, tratando de no recordar la acusación. Le pedí a uno de los muchachos que se acostara con Ester; el idiota fracasó y nada más estuvo acariciándola.

Al día siguiente, Tantadel, hablé con mi suegra y la puse al tanto: no quería que se sorprendiera en caso de llegar al divorcio y pensé muchas cosas, en la razón del engaño, en la separación, en ti; até cabos y sí coincidían los cargos de Ester con algunos actos de la vida de mi mujer. Decidí escribir para decirle que el matrimonio estaba deteriorado a causa de su infidelidad; ¡como si yo fuera un modelo de marido!; luego corregí mi actitud y envié otra carta: dime la verdad, suplicaba, nada más quiero saber si fuiste a la cama con X. No me importa el engaño (taché la palabra traición, es demasiado cursi o muy fuerte, según); me importa preservar los años de

compañerismo/ Como amiga, novia, amante y esposa has sido maravillosa/ Tanto derecho tienes tú a andar con otros, como lo he tenido yo, separados por las circunstancias y asistidos por deseos y necesidades de orden fisiológico o de índole espiritual/ Debo saber si piensas continuar con él/

Cuando puse la carta (entrega inmediata) en el correo me sentí liberal y de criterio amplísimo, Tantadel; pero esto no lo sabrás, no puedo decírtelo; ello sí pondría en evidencia no mi juego, como le llamas, sino la verdadera esencia de quien ha intentado crear una vida más atractiva que la diaria.

(Llegó a la oficina postal, y al pedir que pesaran la carta notó que no había puesto la dirección. La recogió y pensó en ella largo rato y al fin se decidió por una; también escribió el remitente: la casa de sus padres, la suya, y con pasos lentos, luego de pagar los timbres para Estados Unidos, fue a la ventanilla de certificación: no se expondría a perder la misiva, tan importante para él.)

Espero la respuesta, le expliqué a Tantadel contestando sus preguntas. Creo que no fui engañado por desamor hacia mí, creo que fue un simple deseo, pero en tal caso el proceso de corrupción matrimonial ha comenzado. Probablemente se enamoró, entonces la pareja cruje, está por derrumbarse. No debí dejarla sola tanto tiempo.

Tantadel inició una bonita serie de consejos. Antes se puso su bata blanca, su equipo angelical (alas, aureola) y provista de los datos fragmentarios e insuficientes que yo le brindaba, que iba armando sobre la marcha, trató de evitarme el suicidio, salvar la felicidad de un matrimonio y demostrarme —paralelamente— cuán abierto y generoso era su espíritu, capaz de tremendos sacrificios con tal de beneficiar al hombre amado (y aquí entra un vals de Chopin en versión de Iturbi). En suma, me pedía tranquilidad, calma. Sin embargo, había un leve matiz de sorna en sus palabras, como si me reclamara: Ah, ésa es la perfección de tu esposa; mil veces me comparaste con ella y siempre salí perdiendo yo, la divorciada, la que ha vivido con varios hombres, la que no pudo amoldarse a ti, la saturada de defectos. Lo comprendí claramente y sentí el peso de la infidelidad de una manera no manifestada antes: ¿por qué lo hiciste, por qué?, le grité a mi mujer. Y las lágrimas casi brotaron, de rabia, de impotencia, de dolor. Tantadel ahora podía justificarse y yo me hallaba en postura ridícula: no me atrevía a divorciarme de doña Perfecta para casarme con Imperfecta; me equivoqué al suponer a mi esposa poseedora de la fidelidad más absoluta, mejor dicho, no debí crear una mujer espléndida, magnífica, lo entiendo hasta hoy, debí hacerla humana, con fallas y debilidades: de esta manera el engaño me hubiera sido menos gravoso.

Pero mi desesperación iba dirigida contra el único ser tangible, de carne y hueso, contra Tantadel. Para qué le conté la deslealtad de mi mujer, para qué. De nuevo apareció la aversión por Tantadel; por ello, días después, cuando me habló para preguntar por mi estado, le dije que me había acostado con Ester para cobrarme sus confesiones. Es la forma de eliminar dos pájaros de un tiro, expliqué con inmenso cinismo, por un lado me desquito de mi esposa, por el otro tomo venganza de Ester y

del novio.

Tantadel..., Ester teme quedar embarazada, fue durante su periodo de fertilidad.

Pues si queda, espero que sabrás resolver el *problemita*, se apresuró a hablar Tantadel, como temiendo que mi historia con Ester entrara en las intimidades. Imaginé sus facciones endurecidas que no correspondían a una voz que intentaba pasar por mundana y de amplio criterio. Me preguntaba qué pretenderá con tales actitudes. Vivimos una situación insana, cómica, sadomasoquista-telefónica: no pasan tres o cuatro días sin que nos hablemos; y es para agredirnos, dañarnos con cuentos malignos, con poses de obvia falsedad. ¿Seguiremos hasta llegar a consecuencias extremas? Si tan sólo uno se atreviera a dar el primer paso: te quiero, deseo volver contigo, no soy casado, nunca lo fui, o, en todo caso, me divorciaré; te quiero, deseo volver contigo, no me importa que seas casado, o, en todo caso, no importa que hayas mentido. Pero no. Yo continuaba haciéndole al doctor Jekyll y Mr. Hyde, tratando de vivir dos personalidades. Tantadel, por su parte, resumía en los siguientes puntos su actitud, no lejana de la posición de Electra:

- a. Busca a tu mujer,
- b. investiga la verdad sobre lo dicho por Ester,
- c. conviértete en padre y
- d. no te prostituyas.

Gracias, Tantadel, tus conocimientos sobre el género humano me serán útiles. Efectivamente, debiste estudiar siquiatria para resolver los miles de problemas que cada hombre lleva a cuestas.

IX

Imaginé un sueño en el que Tantadel volvía a estar radiante, feliz, como era antes de conocerme: estaba embarazada. Hablábamos del pasado (vuelve conmigo, imploraba yo sin perder dignidad, te necesito): ella me quiso muchísimo, lo recordaba con cariño, gozosa, lo declaraba sin ambages, pero ahora estaba libre, desencadenada y de nuevo sujeta a Jaime. Intenté convencerla de su error: no tengas al niño, te dañará, significa una traición, con hijos dejarás de ser Tantadel, al menos la Tantadel que concibo... Asegúrate de que te entiendes con él. Mis argumentos carecían de fuerza, ya no ejercía ningún control sobre Tantadel (que tanto cambió —según confesó en una carta— para poder amarme). No me quería más, quería mi recuerdo, gracias a mí, pasando por mí, sufriendome, encontró un camino adecuado y lógico para conducir su vida. Yo tenía ganas de soltar un llanto largo, doloroso. La desesperación era tremenda y aumentaba hasta ser insoportable en dirección opuesta a su regocijo de futura madre: desperté angustiado, atrapado tras gruesas gotas de sudor. Entonces fijé la mente en mi esposa: ¿su amor podría liberarme del de Tantadel?, me estuve preguntando largo tiempo, pensando en ambas; por fin la fatiga me hizo dormir, dormir profunda, pesadamente, como narcotizado, dispuesto a soñar sin verme obligado a imaginar sueños.

X

Tantadel despertó sacudida por el teléfono. Al principio supuso que era el despertador. Miró un borroso aparato azul que sonaba insistentemente. La forma en que penetraban los rayos solares por una ventana sin cortinas le indicó una hora aproximada. Las muñecas, desde su pared, contemplaban las maniobras de Tantadel para despojarse de las cobijas y alcanzar la bocina. Sí, sí, bueno

Hola

Claro, dormí bien

Ah, sales de México

¿Cuándo?

Me parece lo más adecuado, tienes que enfrentarte al problema, de otra manera seguirás dudando.

Le expliqué que las cartas eran un recurso insuficiente, lo mismo que el teléfono, para resolver las dificultades recién surgidas entre mi esposa y yo, para aclarar nuestra situación. Estaré cinco o seis días fuera, tengo trabajo aquí.

Suerte, mucha suerte (me deseó como si fuera torero o algo similar) y no dejes de comunicarte conmigo a tu regreso (añadió aparentando vivo interés por mi destino).

En realidad no parecías muy interesada en mi viaje. Tal vez estabas harta de ser consejera sentimental de personas conflictivas. No. Imposible: Tantadel era lo suficientemente audaz (o necia) para aclarar cualquier cosa, desfacer los entuertos del prójimo. No sería capaz de cerrar la puerta. Si me escuchaba aún, si me pedía que la mantuviera al tanto de mi vida, significaba, sin equívocos, que su interés por mí seguía existiendo, sólo que era distinto.

A los siete días llamé a Tantadel; no estaba. Por la noche insistí; tampoco. Las conjeturas sobre su paradero no eran generosas con ella: la imaginaba en una fiesta o con sus amigos o con Jaime, sonriendo, participando de bromas pesadas, soeces; lograba visualizarla remarcando sus defectos. (Por qué temerle a Jaime o a las amistades de Tantadel o sus mismos pretendientes, acaso no era como desconfiar de mí mismo, dudar de mi capacidad para retenerla, razoné como personaje de telenovela interrumpiendo mis pensamientos sobre dónde podría estar; y lamenté que no hubiera otra forma de hacerlo.) Todavía volví a marcar su número después de las doce. Habría que aguardar. ¿O me quedaba otra solución? Sí, plantarme frente a su puerta y ahí acechar su retorno; carajo, eso estaba peor.

Temprano, al día siguiente, llamé, es decir, probé suerte. Mientras aguardaba a que respondiera me asaltó un temor: ¿y si está con alguien, uno que durmió con ella? Pudo haberse enamorado: yo no la inmunicé. ¿Cuánto he pasado sin verla? Sólo telefonemas. Tantadel sigue sin contestar y yo la supongo besando a un tipo, a él no lo conozco, vamos, ni siquiera le veo la cara, nada más está Tantadel con los ojos cerrados y sus manos entre el pelo del hombre, como me lo acariciaba a mí. No puede

estar con alguien, me defendí; ella dijo que después de amarme tardaría en amar; pero sí, sí es posible que vuelva a enamorarse, yo lo hice, pensé triunfalmente en Electra. En realidad Tantadel fue más extensa: explicó con varias frases que al concluir una relación no acostumbraba ligarse en otra. Dejaba correr el tiempo, meses incluso/ ¡Por fin! Hola. Al identificar mi voz se desconcertó _____ Ayer en la noche, quise sorprenderte, sólo que era tarde, mentí. Oh, qué lástima, aquí estuve desde temprano, estudiando, mintió. Y yo acepté que Tantadel estuvo en su casa y se durmió a buena hora. Aparecieron las formalidades, saludos y preguntas. Te puse una postal, ¿la recibiste? _____ Bueno, no tardará en llegar. Yo estaba ansioso por narrarle mi experiencia neoyorkina. Ella estaba ansiosa por escuchar el relato del encuentro con mi mujer. Y principié para satisfacer la curiosidad morbosa de Tantadel.

Lo que ocurrió en Nueva York, según yo.

Al descender del avión hallé frialdad en mi esposa; yo transitaba por un estado semejante. Nos abrazamos falsificando el gozo. Abordamos un taxi y ella dio las indicaciones al chofer. Después de muchos meses, después de Tantadel, veía a mi mujer; francamente me parecía una extraña, sus facciones son las mismas, no cabe duda; está más pálida y no recuerdo haberte visto antes ese lunar (lo señalé con la mano enguantada); no me atrevía a decirle las cosas que había pensado durante el vuelo o aún en el aeropuerto mexicano, donde me hubiera gustado que Tantadel me despidiera. Nueva York estaba más gris, tal vez por el cielo cubierto de nubes. Había un poco de neblina. Del Kennedy nos dirigimos a un departamentito en pleno Manhattan, en la 58, no lejos del Central Park. En los minutos del trayecto no hablamos de cuestiones importantes, lo de siempre: el clima, los estudios, noticias de amigos y familiares, mis padres están bien (te mandan saludos), igual que los tuyos (aquí hay una carta de tu mamá), ¿has ido al cine, al teatro, alguna exposición de interés? Había que acostumbrarse a estar juntos nuevamente: resultábamos extraños. Ella me contó sobre su vida en los Estados Unidos, yo lo que hacía en la Ciudad de México.

Estuve en Washington.

Eso me hizo recordar a Ester: habló de un viaje que efectuaron unos mexicanos a la capital norteamericana: iba su novio, el presunto amante de mi esposa. Y Ester no tenía por qué incurrir en falsedades: la conversación tuvo por escenario un hotelucho.

Marginé tales pensamientos en la medida en que las horas transcurrían y recuperábamos la confianza: volvíamos a ser la pareja de meses atrás. Al segundo día me di cuenta de que estaba olvidando a Tantadel, de que su imagen se alejaba, se desvanecía. Era una bonita mañana: despejada, un poco de viento frío. Se me ocurrió (y mi mujer dijo sí) que recorriéramos las calles sin detenernos, caminar, caminar. La

apresuré: continuaba peinándose: Recuerda, no tengo mucho tiempo, expliqué gritando para que me escuchara en el baño. El radio puntualizaba que el ex Beatle John Lennon tenía que abandonar Estados Unidos mientras que su compañera Yoko podría quedarse, luego vino una curiosa versión del conflicto árabe-israelí: bah, los medios de difusión enajenando enajenados yanquis. Naturalmente, en seguida el departamento se inundó con las simpáticas notas de un anuncio de Coca-cola, algo así como que todo mundo la bebe, cosa más o menos exacta. El cartero impidió que continuara descifrando noticias y comerciales. Recibí un cobro; el origen era desconcertante: provenía de un sanatorio: hablaba de maternidad frustrada, de un niño...: ¡claro, un aborto!, relampagueó la palabra y cuando apareció mi esposa en la salita le mostré la carta. Tardó más de lo necesario en leerla, la tuvo largo rato en sus manos; yo esperaba el sonido de su voz. No aparecía. El radio decía algo ininteligible. Escucha —intervine queriendo ser irónico y sin pasar de la amargura o de la decepción—, creo saber de qué se trata: son los resultados de tu ida a Washington. Aborte hoy y pague después. Maticigüeñas and Company. Inaudito, tantos años de casada y vienes a embarazarte con el primer voluntario a sustituirme. Hablé largo rato sobre las acusaciones de Ester y su veracidad, sobre el terrible engaño que había cometido sobre mi inocente persona. Finalmente irrumpió la indignación, se hizo visible y dejé el departamento. Caminé imaginando a mi mujer en un blanco y limpio consultorio médico. Todo encajaba perfectamente. Lo mejor sería regresar a México, a buscar a Tantadel.

Cuando volví, mi esposa no estaba. Sobre la mesa del comedor, muy visible, había un recado: Estoy asombrada, no sé qué hacer, para ti debe ser claro, el viaje, la chismosa de Ester, la cuenta del hospital a mi nombre. Es una coincidencia notable, te lo aseguro. Conozco el origen de las cosas, iré al sanatorio ese y luego a buscar a unas compañeras. No te dije nada porque ya sabes que con facilidad lloro. Te amo.

Pero qué aclarar. Nada era oscuro. A las seis salí a comer una hamburguesa. De nuevo caminé y antes de las diez el frío me obligó a regresar al departamento. Me sentía un poco mejor y definitivamente convencido de que debía divorciarme: el alejamiento resultó un fracaso: ambos buscamos otras personas.

Había luz en las ventanas. Subí. Ella estaba acostada y tal vez dormida; preferí quedarme en un sillón; me acomodaba cuando vi que sobre la mesa había otro recado, redactado menos nerviosamente: Te resultará increíble —decía la nota—, pero una conocida, una muchacha mexicana que vino a Nueva York a perder su virginidad y que estuvo en la casa en una reunión se embarazó y para evitarse problemas la muy imbécil dio mi nombre y dirección. La buscaré y le exigiré que te explique todo. Tienes que creerlo (en esta parte pude escuchar su voz, como en las películas), no hay nada entre el novio de Ester y yo, únicamente me he acostado contigo.

Lo demás no era importante, en ese momento, desde luego: hablaba del cariño que me tenía, que podía permanecer largo tiempo sin requerir del sexo, etcétera, etcétera.

El panorama era confuso, por un lado creía en ella, por el otro las pruebas eran suficientemente obvias para suponerla inocente. No quise erigirme en juez.

Al día siguiente fuimos a desayunar y luego a diversos museos. Hablábamos poco, pero dejé claro que regresaría a México y allí aguardaría por la prometida aclaración. Pensaba en Tantadel, y estuve a punto de contarle nuestros amoríos y de justificar los suyos: No te preocupes, no, mejor de manera distinta: Ni remedio, si tuviste que ver con fulano es normal; yo, por ejemplo, permanecí junto a una mujer más de treinta días. Y hablar de Tantadel. Me contuvo la posibilidad de que en efecto, y como sucede en los argumentos fáciles, la acusada resultara absuelta. Seguía confuso, debo reconocerlo y en verdad se me ocurría cualquier cosa menos tomar una decisión seria. Me sentí desvalido al pensar que yo mismo me había cerrado la posibilidad de reanudar el amasiato con Tantadel. Volvía a reconstruir nuestras pugnas y la aversión por ella resucitaba. Ahora, si me divorciaba y le pedía matrimonio a Tantadel... Puedo quedarme como el perro de las dos tortas...

¿Sabes, Tantadel?, en el avión de regreso recordé mucho la visita que hicimos a casa de Frida Kahlo. Supongo que la asociación parte de cuadros suyos que vi en el Museo de Arte Moderno. Aquella vez te dije que compráramos Coyoacán y no aceptaste. Al menos recorrámoslo en cuanto salgamos de aquí y luego vayamos a San Ángel a ver las casonas coloniales que serán expropiadas cuando llegue la revolución. Las haremos museos y galerías, se apresuró a intervenir Tantadel. Y las iglesias serán bibliotecas, añadí. Estupendo: ambos estuvimos de acuerdo. ¿Has visto una de esas mansiones por dentro?, preguntaste

Yo tampoco, deben ser magníficas, aventuró Tantadel. Sí, las más bellas del mundo, esplendorosas, los ricos saben vivir. Nacionalista, me acusaste. Y caminamos hacia la casa que fuera de Trotsky intentando reconstruir la época en que el creador del Ejército Rojo la habitó, cuando Coyoacán era una zona alejada de la ciudad, un pueblo periférico. También recordé cuando me llevaste al Museo de Antropología. No quería ir, me declaré mexicano descastado, amante de otras culturas, por último triunfaste y recorrimos sus salas, para que conozcas tus orígenes; nos abrimos paso: multitud de extranjeros lo cerraban: yanquis, alemanes, franceses. No veo compatriotas, a cambio escucho puros idiomas incivilizados, no oigo el claro sonido del castellano. Respondiste que los mexicanos eran como yo, que no valoraban sus posesiones, que ese museo era una de las pocas maravillas de nuestra horrenda capital y me explicabas para qué sirvieron las estelas y las vasijas. A lo que yo respondía alegando que de haber conocido el plástico, los mayas hubieran dejado una visión más completa de su mundo. Piénsalo, es indestructible, al revés del barro. Eres insoportable, malinchista, traidor. Y al salir del recinto, me encaminé sin titubeos ni zigzags hacia un carrito muy mexicano que ofrecía hot-dogs y Orange-crush; pedí varios, porque Tantadel debemos ayudar a que las industrias nacionales progresen, como la Ford o la General Electric. Reconstruyendo tales momentos, supe que a pesar de todo pasamos buenos

momentos, muy gratos.

¿Pero realmente te dije lo de mi esposa, que la embarazaron y abortó, realmente te conté que en el avión pensaba en ti? No estoy seguro. Ahora que lo medito, que lo escribo, dudo. O supongo que todo es producto de la imaginación, de una imaginación desbordada o calenturienta, enfermiza.

Algo es cierto: no sé qué hacer con mi esposa, no sé qué hacer con Tantadel, cuánto quisiera poseer el amor de ambas: las dos serían una, se complementarían y yo tendría de una lo que le falta a la otra y viceversa; sólo que Tantadel es tangible, mi esposa es creada, artificial. Quisiera guardar silencio, he hablado muchísimo, estas líneas no reflejan ni la mitad de todas las frases que he pronunciado a causa de Tantadel, únicamente transcribí una parte. Hasta aquí dejaré mis reflexiones o la historia que he venido tratando de contar. Si Tantadel me hubiese dado más tiempo, el tedio, el aburrimiento me harían olvidarla; la necesito, pienso en ella, me obsesiona, porque cortamos de tajo, cuando todavía no aparecían los síntomas del fastidio, cuando aún podíamos mostrar aspectos desconocidos, cuando había cosas por descubrir, secretos que averiguar. Por eso vas conmigo, por eso piensas en mí, por eso me telefoneas, por eso te llamo. Y por todo ello me propuse escribir.

XI

Hoy habló Ignacio. Al principio no supe quién era y tuve que utilizar un truco para averiguarlo. Me invitaba a una fiesta. Lo interrogué: ¿Quiénes irán? Los de siempre, repuso. ¿Y quiénes son los de siempre? Bueno, Carlos, Brígida, Alberto..., los de siempre. ¿Quiénes? Pues Tantadel/ Ya sabía que era Nacho. Acepté ir a la reunión, me dio la dirección y conversamos sobre condiscípulos y por el estilo. Esperé a que llegara la noche y por enésima vez marqué el número de Tantadel. Felizmente te encuentro, dije en cuanto levantó la bocina. Son mis horarios habituales, protestó.

Quise bromear antes de hablarle seriamente.

... debo contarte que compré un perrito que me acompaña a todos lados...

Se me ocurrió que preguntaría si el animal era fino, si ya tenía nombre, que me diría estás loco. No. Haciendo gala de gran delicadeza pronunció tres palabras: qué pendejo eres.

Preferí hablar de Ignacio y su fiesta cuando en realidad tuve la necesidad de pendejarla también. Me parece que no iré; imagino que tus amistades siguen vetando mi amistad. No empecemos, contestó. Déjalas en paz. La verdad, Tantadel, es que acabo de recibir carta de mi esposa: en efecto: fue un error: tal como ella misma me previno: una conocida utilizó su nombre. Sí, qué mala onda de la tipeja esa. También viene una nota de la propia muchacha donde se disculpa y explica las causas de la usurpación.

La voz de Tantadel cambió, perdió fuerza, más bien, se hizo opaca, cansada: Te lo advertí, estuviste a punto de precipitar/

Exacto, Tantadel, ya sé que estoy a justo tiempo para rehacer mi matrimonio.

Por unos segundos nadie habló.

En estas semanas que no nos hemos visto —¡al fin me atrevía!—, mientras estabas absorta con tus amigos y con tu trabajo, he escrito de ti, de mí, sobre los dos.

tantadel se asombra, ignoraba que yo hubiera escrito sobre ella, nunca lo manifesté, jamás, fue una necesidad y calculo que no volverá a mostrarse de tal forma imperiosa

Quiero que leas mi texto (no me atreví a calificarlo como novela o relato). Tantadel aceptó y yo le expliqué que pasaría a recogerla a su oficina, comemos y vamos a tu departamento. No tardaremos, es algo reducido, cien cuartillas, poco más.

Generosa: no me importa mucho la extensión, tenemos tiempo de sobra.

Hicimos lo convenido. Y de nuevo vi a Tantadel: estaba igual; injusto, más bonita, de apariencia firme. Le pregunté, discretamente, por sus antiguas relaciones, por sus nuevos pretendientes; con satisfacción escuché la respuesta que esperaba.

Llegamos a su departamento después de comer, las monedas en el suelo, las muñecas en su pared, los libros desordenados, mis fotografías y algunas baratijas que le regalé. Uno de mis retratos estaba caído: al levantarlo releí la dedicatoria: Te quiero mucho y cada vez más, eres lo más bello que ha podido sucederme.

La conversación era nerviosa, rápida; yo tartamudeaba y constantemente decía este, este este; me sentía torpe, casi estúpido. Me hubiera gustado beber un par de copas. Tantadel no estaba mejor, no obstante mostraba más aplomo, para ella había pasado lo peor, o eso creía, pensé mientras abría el fólder negro que ostentaba un título: *Tantadel*, y más abajo, con letra de molde, cuidadosamente trazada, mi nombre y la fecha. Carraspeé y sin ninguna advertencia arranqué tratando de matizar la lectura:

Cómo iniciar la narración. Me prometí objetividad, más que eso: me exigí veracidad, contar las cosas tal como sucedieron, ser honesto, sobre todo hablar de los sentimientos y pasiones que movieron cada acto de mi relación con Tantadel...

Aprovechando un punto y aparte suspendí la lectura: miré los ojos brillantes de Tantadel dentro de un rostro azorado: estaban inmóviles, como los de sus muñecas, viéndome leer. Me oculté de nuevo entre las hojas escritas a máquina y continué, ahora más de prisa, sin detenerme para llegar pronto a esta última cuartilla y así poder enfrentarme a una Tantadel distinta.

Habían pasado unas horas desde la llamada de Ignacio y faltaban segundos para telefonarle a Tantadel (decir que mi esposa nunca me traicionó, fue una confusión, concertar una cita: deseo que escuches lo que he escrito; se asombrará, estoy seguro, y tal vez la recupere).

... marqué el número de Tantadel. Felizmente te encuentro, dije en cuanto levantó la bocina...

París, 1973.

Ciudad de México, 1974.

La canción de Odette

El hombre salió de un puñado de barro y agua. ¿Por qué una mujer no habría de estar hecha de rocío, vapores terrestres y rayos de luz, de los condensados residuos de un arco iris? ¿Dónde reside lo posible...? ¿Dónde lo imposible?

El diablo enamorado

JACQUES CAZOTTE

Titania:

These are the forgeries of jealousy...

A Midsummer-Night's Dream

WILLIAM SHAKESPEARE

La noticia llegó telefónicamente: Manuel Fabregat me dijo que Odette había muerto y preguntaba si iría al sepelio. Por segundos estuve desconcertado y guardé silencio. Recordé que conocí a esa extraordinaria mujer —extraño— también por teléfono.

No, no iré al entierro. Detesto las ceremonias fúnebres. Prefiero lamentar en silencio y en mi casa su desaparición, afirmé sabiendo que Manuel pensaría que en mí no quedaba mucho afecto para aquella amiga que solía ofrecer fiestas espectaculares. Nos despedimos y miré el reloj: las ocho de la mañana; volví a la cama, sólo a meditar: lamentaba la muerte de Odette. ¿Cuándo fue la última ocasión que estuvimos juntos, tal vez hacía unos tres años? En ese tiempo poco o nada supe de ella. Yo pasaba frente a su casona de Coyoacán: sus puertas y ventanas siempre cerradas, las cortinas corridas, el interior oscuro. Podía imaginarlo: escaleras alfombradas que parecían no llevar a ningún lado y que desembocaban en salones extraños; con sus muchas habitaciones, destacando una casi morbosa, enfermiza, de colores azules y rosas, empalagosos, llamada Casa de las Muñecas porque su decorado era el de una enorme casa donde muñecas de gran tamaño reposaban y los muebles, la vajilla, los cubiertos, todo era como para que un adulto jugara a ser niño. Había muebles antiguos y modernos combinados sutilmente por toda la residencia, un jardín al centro, como en los conventos del siglo XVI, con gruesos y añosos árboles cuyas ramas impedían el paso de la luz solar, estancias y más estancias, niveles y desniveles, cuadros de pintores mexicanos y obras de la propia Odette, macetas con plantas de sombra. En el jardín trasero, al que nunca llegaban los invitados, había una pequeña capilla donde Odette contrajo matrimonio. Era evidente que la dueña amaba las tinieblas. Cuando el proceso de envejecimiento se aceleró por todo lo que bebía y fumaba, porque apenas dormía corriendo juergas fenomenales, porque tomaba tranquilizantes, Odette comenzó a vivir de noche. Inútil llegar a su casa y tratar de verla durante las horas de luz: no estaba para nadie, había que esperar. Al mediodía llegaban una maquillista y una peinadora y trabajaban afanosas. Mientras tanto Odette se esforzaba por reposar, por darle descanso a un organismo hecho trizas.

En su habitación, ricamente alfombrada y decorada con telas que había traído de sus viajes a Europa y Asia, las joyas puestas con descuido en un sillón o en un buró, con la caja fuerte entreabierta, con un penetrante olor de perfumes finos, con una enorme reproducción de *El jardín de las delicias*, Odette comía frutas o verduras, nada que la engordara, y, a veces, fumaba un poco de marihuana. A eso de las siete, cuando la penumbra comenzaba a convertirse en oscuridad, en esa enorme mansión de luz artificial muy tenue, descendía Odette con majestad, por la escalera principal que conducía de su recámara a la sala, hasta nosotros, hombres y mujeres menores de veinticinco años que aguardábamos bebiendo y comiendo, atendidos por una servidumbre solícita, con órdenes de darnos lo que deseáramos. Un espectáculo espléndido, con una escenografía hecha en los mejores tiempos de Hollywood, era verla bajar la escalinata: toda de largo con un sari o un caftán, según, de colores oscuros, el pelo teñido de negro y enmadejado con estambres de tonos asimismo

fuertes, pestañas postizas realzando sus descomunales ojos verdes y una gruesa capa de maquillaje ocultando las arrugas.

Nos apresurábamos a recibirla, a besarle las mejillas y las manos. Odette correspondía sonriendo con elegancia, apenas mostrando los dientes. En aquel mundo, en esa casona desproporcionada y enigmática, era la reina y nosotros sus cortesanos, de entre los cuales aparecían sus amantes, príncipes, condes o duques de unas cuantas horas; nobleza efímera que en cuanto salía de allí perdía sus títulos nobiliarios. Qué hermosísima (y el superlativo no estaba de más) debió ser, pensaba yo mientras volteaba a ver el retrato que de ella pintó Diego Rivera: escote amplio, luciendo las piernas y rodeada de flores y frutas tropicales.

Con su presencia y conversación el festejo se reanimaba. Bebía con rapidez, vodka tras vodka (estoy a la *recherche du temps perdu*, decía en son de broma en un francés sin acento y la verdad es que sus palabras, para quienes hurgamos en su vida privada, eran serias: largo tiempo bajo la tutela familiar primero, luego casada con un posesivo holandés; al divorcio, y pese a que no era ninguna niña, el padre volvió a tomarla bajo su «protección», así que ahora, en el ocaso, vivía como si fuera joven).

Las veladas se prolongaban hasta la madrugada y concluían cuando Odette, totalmente ebria pero sin perder el decoro, se retiraba. Otras veces sugería que fuéramos a cualquier sitio de la ciudad. Ella que de hecho conocía todas las grandes capitales del mundo tenía predilección por la de México: decía que era mágica, que poseía misteriosos encantos, que tenía fantasmas, nahuales y brujas. Entonces había que localizarlos en Xochimilco, en sus aguas fétidas y oscuras, entre chinampas a las que llegábamos conducidos por lancheros somnolientos que veían en nosotros la forma de ganar unos pesos más, o en Chapultepec, a donde teníamos que entrar sobornando guardias. También buscábamos aparecidos que databan del tiempo de la Colonia en las callejuelas empedradas de San Ángel, o víctimas de la Santa Inquisición en los alrededores del Zócalo.

Odette explicaba: es una ciudad que fascina, la que llamó la atención de Breton, de David Herbert Lawrence, de Artaud, de Graham Greene, de Tina Modotti. Pese a su acromegalia y a su modernización norteamericanizante sigue siendo magnífica: todo es cuestión de conocerla, de rastrear entre sus secretos y misterios.

Y así era:

El grupo llevaba botellas, agua mineral y hielo e iniciaba un peregrinaje fantástico que nunca disminuía de intensidad a causa de la magistral actuación de nuestra conductora que invocaba a los espíritus con gracia y tesón, levantando piedras, chapoteando en el agua, buscando tras los árboles, tocando puertas coloniales, exigiendo la presencia de algún demonio. O narrándonos hechos históricos: aquí estuvo una pulquería que fue decorada por Frida Kahlo; Federico Gamboa solía visitar Chimalistac, vean qué hermosa plaza; vamos a poner flores abajo de la placa que recuerda el asesinato de Julio Antonio Mella... Luego las luces del sol comenzaban a retirar la oscuridad y Odette corría hacia su residencia, seguida de

nosotros que una vez en el punto de partida nos dirigíamos cada quien a su casa.

Así eran las veladas con Odette. Aunque eso de veladas suena un tanto literario; para ser justos eran verdaderas borracheras. Ahí uno, con un poco de perspicacia, podía encontrar problemas, angustias, relaciones amorosas fallidas, conflictos pasionales y una larga serie de protagonistas más o menos salidos de la mediana y alta burguesía. En ocasiones Odette desaparecía unos momentos para hacer el amor, preferiblemente con Sergio. Y muchos de los invitados también llegamos a ir a alguna de las habitaciones para tener relaciones sexuales. Una aclaración en este aspecto: Odette seleccionaba a su eventual pareja, nunca fue al revés.

Las conversaciones eran frívolas e ingeniosas, a imagen y semejanza de los periodos de decadencia. Nadie parecía estar preocupado por lo que sucedía fuera de esa mansión colosal y extraña, como diseñada por un pintor fantástico que dio salida a su imaginación. Por regla general Odette conducía las pláticas y éstas oscilaban entre sus viajes y sus amoríos y amistades con artistas e intelectuales. Sus experiencias personales daban la tónica. Era además una mujer afecta a las frases chispeantes, mismas que inventaba con soltura. Recuerdo algunas, cuando relataba su pasión por un pianista: le dijo: Nuestro amor es como la música: está formado por sonidos y silencios; o cuando decía lo mucho que amó a un escritor elitista: Era un legítimo intelectual de torre de marfil y cada vez que escribía un poema o un ensayo literario lo hacía con pluma de ave Fénix. Otra vez estornudó y al escuchar la palabra salud, replicó: No te preocupes: escucharé Dristán e Isolda para aliviarme del resfriado. Lo mismo ocurría con los temas clásicos, les daba una variante graciosa, por ejemplo, en una cena, en voz alta, actuando, puesta de pie, dijo: ¡Qué lamentable!: soy como el rey Midas: todo lo que como, manjares exquisitos, frutos exóticos, lo transformo en mierda. Casi nos ahogamos con las carcajadas. A los caprichos de Paganini les llamaba rabietas, a *La Patética* de Tchaikovsky *La Neurótica*, a su perfume favorito le decía Braguette número 69, soñaba con un noble inexistente, el marqués Cluny de Champurcy, inventaba antiguos proverbios (Cuando uno es chico no puede discernir entre el bien y el mal. Cuando uno es grande ya no quiere hacerlo), nos ofrecía menús eróticos: vaginita pibil, verguichelis en salsa blanca, alambre de reata... y definía sus neologismos: ¿Cabrólido? Pues es un cabrón que rápido se va a la chingada.

Así, incansable.

Tratando siempre de captar la atención, de retener a su corte.

También hablábamos de música o de literatura, superficialmente, porque de pronto, en algún momento de la borrachera, Odette recordaba a tal autor. Era fácil descubrir que ella no había leído gran cosa, había, eso sí, conocido a lo largo de casi medio siglo a muchos escritores, músicos y aun políticos. Tenía oído fino y se apropiaba de las conversaciones que presentía importantes o enriquecedoras para poseer una cultura de salón, algo que mostrar en las fiestas, era todo. El hecho de haber leído a varios autores franceses y anglosajones en sus lenguas la hacía citar los

títulos en el idioma original. En pintura sus conocimientos eran mayores. No sólo por su trato con pintores sino porque ella misma amaba ese arte y porque su imaginación y sensibilidad parecían construidas para mirar y apreciar un cuadro.

Era obvio que el trato con pintores, en algún momento, la obligó a incursionar por las artes plásticas e hizo raras combinaciones de pintura y objetos diversos (que un crítico calificó de neodadaísmo). El collage que ahora recuerdo con más claridad era el titulado *La novia* y Odette gustaba de explicarlo. Se trataba de una caja de cristal de más de un metro cuadrado: en su interior, en la esquina derecha, había un fragmento de vestido matrimonial en cuya blancura destacaba una mancha de sangre (auténtica, según la autora); luego, cruzando del centro al extremo izquierdo estaba un alambre de púas que «simboliza la opresión del matrimonio»; en seguida, abajo, mazorcas amontonadas que «significan la vida y la fertilidad». Los rasgos de pintura, toscamente trazados, «son la representación de los sufrimientos humanos» y todo reunido una «gran alegoría de la vida y sus momentos cruciales: nacimiento, reproducción y muerte». El sexo quedaba indicado con una paloma disecada y la nueva vida producto del matrimonio con un muñequito lleno de llagas heridas, lo que (era posible adivinar sin la explicación de Odette) significaba que la criatura llegaba al mundo marcada por la fatalidad y por los sufrimientos de las generaciones anteriores. No había pureza.

Cuando Odette se jactaba del entusiasmo que Diego Rivera y Frida Kahlo sentían por su obra y en especial por el collage *La novia*, yo pensaba: una de dos: o la amaban demasiado como para festejar algo así tan falto de talento o era una patraña. Sin embargo, en la que fuera casa de Diego y Frida en Coyoacán en la calle de Londres, había una leyenda puesta por la propia Kahlo que se refería a Odette. Era muy probable que la hubieran querido: Odette invariablemente despertaba afecto tal vez por sus cualidades humanas, las facultades mágicas que tenía y sus aptitudes fantásticas, asimismo por su capacidad para transitar de lo real a lo irreal.

Odette carecía de preocupaciones de índole política, aunque a veces llegó a externar mínimos juicios al respecto. Una noche intentábamos franquear la puerta de la casa de Trotsky. No pudimos por la resistencia de los guardianes. Optamos por ir a otro sitio. En el trayecto ella dijo: Hombre extraordinario ese León, una vez lo escuché hablar; lástima que sus seguidores lo hayan santificado; su grandeza residió también en sus equívocos. Fuera de este tipo de comentarios, que siempre eran acertados, Odette no se metía en los difíciles campos de la política, si bien más de una vez lamentó no estar ni educada ni preparada para comprender los problemas sociales de México y del mundo.

La hora de la cena era casi solemne. Réplica de escenas europeas con guisos mexicanos. Odette se sentaba a la cabeza. Cerca de ella reposaba una campanita de plata que repiqueteaba insistentemente cuando concluía cada platillo o el vino escaseaba. El coñac, litros de coñac, lo servían en la biblioteca, lo que formaba parte de un ritual: una larga hilera de personas tambaleantes, dirigiéndose por pasillos

penumbrosos hasta desembocar en una biblioteca tipo inglés, de maderas finas y volúmenes empastados en piel café oscuro, con las iniciales del padre o quizá del abuelo de la anfitriona. Ningún libro parecía haber sido tocado en años, el polvo los cubría y por supuesto nadie de los invitados tenía interés en leerlos. Ahí seguirían por siglos, porque Odette sólo tenía un hijo y éste se dedicaba a la cría de ganado y porque a su vez anhelaba que sus hijos, los nietos de Odette, siguieran sus vacunos pasos. Su fin, a no dudarlo, sería una librería de viejo cuando la familia, los descendientes de Odette, considerara un costoso error esa biblioteca y vendiera los volúmenes en una cifra irrisoria. Los libros que predominaban eran novelas, biografías, obras históricas y, sobre todo, tomos de arte dedicados a Durero, al Bosco, a Leonardo, a Brueghel, a Goya... Pocos autores del siglo actual, según observé una vez que estuve dedicado a mirarlos, mientras Odette hacía bromas.

Sin duda lo más sorprendente de Odette era su capacidad para trastocar la realidad. Una noche —con sólo Silvana y yo presentes— nos mostró la portada de *La flauta mágica*: ahí estaba *The Queen of Night*, cuadro que está en Munich, explicó sin alardear; es de Quaglio. La reina viste de negro, sus ropajes tienen estrellas y nubes oscuras y espíritus la rodean; encima revolotean murciélagos. Odette perdió en seguida el aire solemne. Señalando los vestidos dijo: Con ellos es posible (pero nada más durante la noche) realizar imposibles, como ser invisible y evitar la realidad si ésta es poco atractiva. Otros lo han logrado de modo diferente. ¿Recuerdan a Rip Van Winkle, quien logró perder de vista a su odiosa mujer al dormir por espacio de veinte años, la noche más larga de la historia? Pero también perdió parte de su vida, interrumpí a Odette, y con ello grandes acontecimientos como la guerra de Independencia. Tienes razón, repuso Odette. La ginebra que bebió Rip permite dormir veinte años y es posible que el brebaje también pueda invertir las cosas: despertar con la noticia de que no se ha perdido parte de la vida, sino que se ha ganado. ¡Si retrocedes diez años, rejuveneces, si retrocedes cien años, todavía no naces! Por ello lo mejor es utilizar las ropas de reina nocturna para ser invisible y entonces ir, como lo hago yo, oyendo conversaciones privadas y presenciando escenas inauditas. Silvana afirmó entusiasmada y yo tuve la ocurrencia de pensar qué importante sería la invisibilidad en política: la revolución podría triunfar con sencillez. Por último, sin darnos tiempo a seguir comentando, Odette desapareció por unos minutos, hasta que, fastidiada —Mi ego jamás me permitiría ser invisible, me gusta ser admirada—, volvió a materializarse.

No iría al entierro, no. Tal como le expresé a Manuel. Pero luego buscaré a Sergio. Posiblemente él podría darme detalles acerca de los últimos días de Odette. Por ahora me bastaba con recordarla como fue, robándole vida a los jóvenes, gastando la suya con ellos. Caminando entre la realidad y la fantasía.

Vestida de negro Odette aguardaba la llegada de sus invitados. Sola. De la cocina escapaban ruidos. Pensó poner música para alejarlos. Desistió. Las varias copas bebidas le concedían una cierta placidez, un aletargamiento. ¿Cuánto tiempo hace que no paso la noche sin amigos? Como de costumbre, la penumbra la rodeaba. El escenario carecía de novedades: allí su retrato, allá el espejo descomunal... Se miró en él después de contemplar el óleo de Rivera que supo captar las mejores cualidades físicas de su juventud y la expresión adecuada a su estado anímico de aquellos tiempos maravillosos. A esa distancia, y con el vodka bebido, su imagen era borrosa, fantasmal. Con un esfuerzo notable, fijando la vista, concentrándose, logró que las brumas desaparecieran. Aún era bella, joven, perfecta. El largo vestido negro contrastaba con la blancura de manos y rostro, luego el negro seguía en el cabello. Alrededor de su figura nada había que la distrajera de su propia contemplación. Podía estar satisfecha y segura. De pronto el espejo comenzó a avanzar lentamente hacia ella. Cuando estuvo a unos cuantos centímetros de su cuerpo tuvo otra versión de Odette: rostro ajado, arrugas, ojeras que el maquillaje no lograba disimular. Ahora su verdadera edad, el gran secreto, volvía. Horrorizada ante aquella vieja fatigada pensó, como tantos otros, que hubiera dado su fortuna para ser joven nuevamente, igual que sus amigos que no necesitaban teñirse el pelo ni utilizar afeites, menos tomar calmantes para evitar que las manos temblaran. Sí, pensó en vender su alma al Diablo, pero sus poderes no eran los de un Fausto, ella nunca pudo traer a Mefistófeles a su lado para celebrar un trueque. El espejo se retiró con rapidez, consciente del daño realizado. Y cuando Odette estaba a punto de soltar un aparatoso llanto el timbre la distrajo: sus invitados. Recuperó la serenidad y poco después festejaba ruidosamente alguna broma, en tanto que sentía el atrevido mirar del espejo, su enemigo, siguiéndola por toda la sala. No tardaría en arrumbarlo en alguna de las habitaciones que nunca visitaba.

En realidad mi vida estaba más ligada a Odette de lo que parecía a primera vista. La estimé mucho y tengo que decir que a su casa llegué por Silvana, la mujer que por cuatro años fue mi esposa. ¿Cómo olvidarlo? El matrimonio fueron días de tormenta, de odios y afectos, de amor y desamor, causados por la inmadurez y la educación de ambos o tal vez solamente por las mías.

Silvana era en apariencia una mujer muy hermosa. A primera vista impactaba. Después, al observarla con detenimiento, uno veía que tenía imperfecciones pero que el conjunto las borraba. Por eso los que recién llegaban a ella quedaban impresionados. Si a esto añadimos mi insignificancia física, cuando estábamos juntos su belleza aumentaba. Era alta, de ojos azules, exhibicionista, agresiva, dulce, de cuerpo estupendo, tez bronceada cubierta por fino vello, como los duraznos, y con una multiplicidad de personalidades y aun de ideologías que desconcertaban; podía pasar de una actitud a otra sin que mediara ningún pretexto. Dependía de quién estuviera con ella y de cuáles fueran sus intereses de momento. Fascinante caso. Nunca comprendí por qué razón se enamoró de mí cuando hombres con mejores cualidades la asediaban.

Silvana era (es) peruana, pero no lo parecía aunque Manuel afirmaba que su tipo correspondía a la «mejor sociedad limeña». La conocí en San Francisco, más exactamente en el aeropuerto: ambos necesitábamos llegar a la Ciudad de México y ningún avión salía en veinticuatro horas, así que era necesario pasar la noche en ese lugar. Mi presupuesto no era amplio, más bien estaba exhausto. Tenía unos treinta dólares. Se me ocurrió que Silvana (había visto su nombre cuando adelante de mí mostró su pasaporte) podía compartir conmigo los gastos de una habitación y se lo propuse, sin ninguna timidez y quizá con audacia insólita, pero no pensaba pasar la noche deambulando por San Francisco, con aquel invierno de ocho o diez grados bajo cero ni sentado en una incómoda butaca del aeropuerto.

Me miró fijamente: ¿Dormir juntos?

Estaba desconcertada.

No, señorita, usted no me comprendió: sólo se trata de compartir el hotel. Pedimos una habitación doble, de camas individuales, es todo.

Ah, dijo y lo pensó jugueteando con su pasaporte. Aproveché la ocasión para reafirmar mis argumentos.

No tiene sentido que cada uno tome un cuarto, es caro y se trata de una sola noche; mañana al mediodía sale el avión para México.

De acuerdo, respondió y fuimos a buscar un hotel más o menos cómodo. Nos registramos como pareja, pagamos por adelantado treintaidós dólares y mientras ella iba a bañarse y a ponerse ropa para dormir, yo fui a la cafetería a comerme un sandwich.

Cuando llegué a la habitación Silvana leía. Consideré mi deber preguntarle sobre el libro y ella, de mejor humor, me soltó una disertación amplísima sobre el autor. Hablaba con inteligencia utilizando un amplio vocabulario; no parecía peruana,

tampoco mexicana, sino una mujer europea que ha vivido largamente en América Latina y conoce todos sus giros y sus términos. En tanto hablaba fui al baño a ponerme la pijama y —muy fatigado— me dispuse a dormir. Por pura cortesía seguí escuchándola, parecía no saber cómo concluir una plática, era un torrente verbal, sobre todo en los momentos en que hablaba de sexo, ahí se mostraba *muy* liberada, incluso demasiado comunicativa, a mí qué demonios me importaban sus experiencias. (Más adelante, y ante mis agresiones, se hizo taciturna.) Por fin dio por sentado que la lección había concluido y antes de darme las buenas noches me hizo una broma que me molestó: Espero que no vaya a roncar, odio a los hombres que lo hacen. Acabaría con el encanto de nuestro encuentro.

Cuando desperté Silvana ya estaba vestida y se disponía a bajar a desayunar. Le dije que la alcanzaría, que necesitábamos confirmar si había vuelo para México o si tendríamos que esperar nuevamente. Pensé que me gustaría mucho sentarme junto a ella en el avión y así fue. Durante el vuelo le hice varias preguntas y supe que tenía una gran amiga: Odette. Silvana estaba fascinada por aquella mujer aristocrática, por su generosidad, su talento e ingenio.

Silvana era madre. Y jamás me enteré, ni siquiera cuando fue mi esposa, si había estado casada. Algunas veces habló de compañeros usando esa terminología de gente que siente que manejarla es avanzado, pero nunca del padre del niño. Una vez le pregunte por él y Silvana me miró con desdén, con aire de superioridad; eran los momentos en que se mostraba como una revolucionaria y trataba de hacerme notar mis defectos en función de la clase social a la que yo pertenecía. Me pidió con ironía que no fuera *tan burgués*, que *por favor* no hiciera preguntas ingenuas. Finalmente nada supe y sólo conseguí aborrecer esas actitudes y los secretos que con celo guardaba ella, a quien debí hacerle notar que su desprecio por la burguesía o por ciertos sectores de ella, sobre todo los nuevos ricos, correspondía —como en el caso de Odette— al desdén de la aristocracia por los recién llegados al banquete.

Cuando llegamos a la Ciudad de México, Silvana sabía tanto de mí como yo de ella. Un par de whiskys con el dinero ahorrado en el hotel me pusieron comunicativo. Intercambiamos números telefónicos y cada uno se marchó por su lado, pese a que vivíamos ambos en el mismo rumbo y podíamos haber tomado un solo taxi.

Poco después, tres días más tarde, cuando no lo esperaba, Silvana me telefoneó: estaba bebiendo unas copas en la casa de su amiga Odette, ¿la recuerdas?, y quería presentármela. Tomó la bocina y escuché una voz juvenil, segura: Hola, así que tú eres el afortunado que pasó la noche con mi mejor amiga. Eso no cualquiera lo consigue, menos a los pocos minutos de haberla conocido. Has ganado mi admiración y para mostrártela te invito a cenar el próximo sábado, conocerás al grupo entero.

El sábado llegué puntualmente a la casa de Odette. Era increíble desde afuera y por dentro nunca acabaría de conocerla, de maravillarme con sus habitaciones, su mobiliario, su diseño desconcertante. No era el primero: ya estaba Manuel Fabregat, Sergio Ortega, Silvana y la dueña de la casa. Me recibieron con aspavientos:

festejaban mi ingreso en el grupo (ni siquiera me preguntaron si me interesaba formar parte de él), de inmediato me vi con una copa en la mano y Silvana del brazo, escuchando a Odette, quien a pesar de sus años deslumbraba: su físico conservaba destellos maravillosos y su ingenio la hacía el centro de atracción. Sergio, Manuel y los demás sólo eran mariposas atraídas por la luz. No tardarían en llegar los restantes invitados, fui informado: Lody Mary, una joven modelo muy morena, Gras y Chas, un matrimonio excepcionalmente ridículo, Beatriz, ultraizquierdista, hija de un político encumbrado, Luis, que siempre hablaba de la novela que se suponía estaba escribiendo y otros personajes.

El grupo era algo fantástico: el exhibicionismo estaba a la orden del día. Beatriz buscaba relaciones políticas con los trabajadores, quería *ayudarles* en pago por la fortuna del padre iniciada a partir del control de un sindicato obrero. La joven vendía boletos para rifas de cuadros, ¿las ganancias?, son para comprar armas, una nunca sabe cuándo comenzará la revolución. A sus espaldas, Odette le gastaba bromas sangrientas: Pobrecita, tiene la ignorancia del proletariado que pretende defender, los defectos de la clase media, la estupidez de la gran burguesía y la fealdad de todas las clases sociales. Es despreciable. Pero nunca explicó por qué razón la toleraba. Lody Mary siempre estaba al borde del matrimonio con un millonario europeo o norteamericano. Gras y Chas sufrían apostando a los caballos y escuchando música mexicana de los cuarentas. Luis acostumbraba contar la historia que escribía, la estructura que estaba proporcionándole, sólo que nunca llevó una línea. Manuel vivía de explicarnos su origen aristocrático y lo mal que se sentía en un país de capitalismo subdesarrollado; hablaba de cómo sus abuelos llegaron del campo: perdieron la hacienda a manos de los zapatistas, pero la familia supo rehacer la fortuna perdida gracias al ingenio del abuelo que inventó una máquina para convertir el plomo en oro; con esa alquimia fraudulenta obtuvo dinero a carretadas. En fin.

Odette estuvo magnífica. Recuerdo que me hizo reír mucho cuando allí, ante todos nosotros, inventó su lema: Hay aves que cruzan el pantano y lo dejan peor. Mi plumaje es de éstos. O mejor: No me mueve mi Dios para quererme. Y así siguió largo rato, su capacidad para bromear, parodiar, hacer chistes, juegos de palabras, parecía desconocer fronteras.

Rumbo a las dos de la mañana, Odette nos (me) mostró la casa o parte de ella. Fuimos como por un laberinto, dejando atrás un hilo para encontrar el retorno y no perdernos. Me parecía absurdo que en todo aquel caserón viviera sólo una persona (sin contar a los sirvientes que se alojaban en un pequeño departamento anexo). No siempre fue así, me respondió Odette, alguna vez estuvieron mi esposo y mi hijo. Cuando me quedé sola mi padre me dijo que me fuera con él o que me deshiciera de esta casa para comprar algo más pequeño. Me negué. Es mi mundo, aquí tengo las cosas que amo, como el reclinatorio donde mi abuela rezaba o el piano donde aprendí a tocar. Luego pasó a las explicaciones pictóricas, cómo habían llegado algunos de los cuadros más importantes de su colección. Silvana iba a mi lado. El resto seguía la

juerga.

Hice una pregunta tonta: ¿Y tu esposo?

Estoy divorciada desde hace tiempo, repuso Odette sin darle importancia al asunto. Por unos instantes guardó silencio y luego añadió: No me merecía, pasaba el tiempo escuchando música: descubrió que el folklore mexicano era más rico que el sudamericano y su genialidad lo tenía fascinado; mientras tanto yo me acostaba con quien me daba la gana. Una noche, narró Odette con gracia, irrumpió mi marido, iba ebrio, con la mirada desquiciada, traté de tranquilizarlo, puse los sones jarochos que tanto le gustaban, nada, con violencia se dirigió a mí y empleando un tono de voz agresivo dijo: Lo sé todo. Yo, que no tenía la conciencia tranquila, palidecí. Me eché hacia atrás para evitar la furiosa embestida de sus cien kilos. ¡Sí, absolutamente todo!: acabo de leer la *Enciclopedia Británica*.

Silvana, que seguramente conocía aquella anécdota, rió como si nunca la hubiera escuchado. Sin embargo, luego, en la medida en que fui conociendo a Odette, me percaté de que no repetía sus bromas o, en todo caso, las enriquecía de una vez para otra.

A eso de las tres nadie estaba sobrio. Silvana presionó ligeramente para que fuéramos a una de las habitaciones y una vez en ella hicimos el amor. Recuerdo que traía un vestido largo, floreado, y nada abajo. Cuando concluimos, antes de quedarnos dormidos, pensé que debería decir algo que me hiciera sentir que no había perdido la iniciativa. Se me ocurrió explicarle (algo falso) que durante la noche que pasamos juntos en el hotel de San Francisco estuve a punto de pasarme a su cama. No lo creyó, pero sonrió satisfecha.

Así principió mi relación más difícil, más conflictiva, también la más hermosa.

Treinta días después Silvana y yo nos casábamos, después de haber recibido el visto bueno de Odette. No obstante las dificultades hubo en ese matrimonio mucho de magia, mucho de fantasía. Entre ella y Odette lograron arrojar de mi vida la cotidianidad. Supongo que mi matrimonio aun fallido debo agradecerse a Odette, quien ejercía una notable influencia en Silvana.

Al comprometernos Silvana y yo iniciamos una serie de trámites de rutina que incluía visitas y presentaciones familiares. A mi mamá le había encantado mi futura esposa, no era como otras mujeres que le presenté, al menos eso dijo mientras la revisaba discretamente de arriba abajo. En algún momento, y para festejar el compromiso, Odette nos invitó a su casa. Sólo los íntimos, dijo. Las mencionadas, Sergio, su favorito en turno, y yo.

Era cena, pero decidimos llegar antes para beber y escuchar algo de música. Odette, fiel a su costumbre, no bajó hasta que la oscuridad, su protectora, apareció. Mi mamá se moría de ganas por conocerla. Antes de que Silvana apareciera por nosotros me dijo que recordaba a Odette, que hacía unos treinta años su fotografía era publicada frecuentemente en los diarios y revistas, que era muy hermosa, que sus amasiatos con destacados artistas escandalizaban; por último, mamá hizo números: debe ser mayor que yo, pues acababa de casarme cuando ella ya estaba divorciada. Y si tomábamos en cuenta los cincuenta años de ella, Odette debería tener como cinco más, aproximadamente. Yo mostré sorpresa: no los representa, a lo sumo cuarenta y cinco o cuarenta y siete, no más. Hijo, el dinero hace milagros si lo traduces a buenas cremas, tratamientos de belleza y cuidados.

Cuando Odette y mi mamá se conocieron ambas se abstuvieron de mencionar edades. Sólo se miraron con curiosidad y recordaron otras épocas. Era obvio que Odette estaba un poco desconcertada: acostumbrada a los jóvenes, una mujer más o menos de sus años le causaba extrañeza. El alcohol y las bromas de Sergio, que en esa ocasión estaba especialmente ingenioso tratando de pasar a príncipe consorte, rompieron pronto la sequedad y la formalidad de la reunión. Silvana estaba lejos de su papel de mujer liberada, por el contrario, se mostraba solícita conmigo y con mamá, nos ofrecía bocadillos y nos servía más copas. El número de abnegada, dichosa de haber conocido a la madre de su futuro cónyuge.

Odette nos hizo reír contándonos su amasiato con un pianista polaco, nunca me acuerdo de su nombre, célebre, que vino a México invitado por la esposa del presidente de la República para convertirse en amante de la señora «que estaba en el mejor palco de Bellas Artes». Como el músico tenía compromisos internacionales que cumplir ambos se fueron a Nueva York. Cómo lo quise, decía Odette suspirando larga y artificialmente, mientras él ensayaba, mi marido me aguardaba en México, dedicado a sus discos, a pasear por el campo y a nuestro hijo, en ese orden, eh, yo lavaba su ropa interior. Créanme, los calzones de un artista polaco y semisocialista no son muy distintos de los de un burgués, lo juro por experiencia. Para amenizar su conversación, Odette puso una grabación del pianista. No es precisamente Brailowsky o Askenase, pero no toca mal las mazurcas y los valsos de Chopin, ¿verdad?

No era tarde, las diez quizá, cuando la cocinera entró aterrada y se dirigió a Odette sin importarle nuestra presencia. Señora, su padre está llamando. Nuestra anfitriona palideció. Con rapidez y nerviosismo nos dijo que no era correcto que su

padre nos encontrara ahí, borrachos y de inmediato nos tomó a Sergio y a mí de la mano y nos metió en una de las habitaciones más lejanas. Entre guasa y en serio nos advirtió de los peligros que significaba el que fuéramos sorprendidos, los ve mi padre y me deshereda. Yo alcancé a decirle a Sergio que tomara una botella de whisky y sin exagerar estuvimos encerrados unos cuarenta minutos. Por fortuna dimos con la luz y del baño que tenía aquella recámara tomamos el agua necesaria para las bebidas.

A Sergio le pareció graciosa aquella situación. Mi madre se descontroló. Silvana, seguramente acostumbrada a tales escenas, no hizo comentarios. Odette escuchó a su padre desde cierta distancia para que aquel hombre nonagenario, ascético, prácticamente momificado, no se percatara de que su hija había estado bebiendo. Era como si una quinceañera y virgen hubiese sido descubierta in fraganti con el novio. En ese momento me pareció totalmente ridículo, más adelante comprendí que formaba parte del juego que Odette jugaba: sentirse joven, bajo la tutela paternal aún.

Alguna vez leí que la única prueba real que tenemos de la existencia del hombre son sus sueños. Los míos eran largas pesadillas que iban de principio a fin y que al despertar me provocaban enorme desazón, deseos de organizar mi vida de otra manera y malestar hacia los que me rodeaban (en este caso Silvana) y —yo suponía después del fatigante sueño— me impedían ser cabalmente feliz. Mis pesadillas, en todo caso, probaban mi inestabilidad emocional a lo largo de una especie de film atroz: yo lo veía con claridad y yo era el actor principal. Esta dualidad por sí sola era capaz de sobrecogerme. Al despertar ignoraba a quién debería hacerle caso: al actor o a mí mismo o a ninguno. Lo más grave era la frecuencia de esas pesadillas que me vinculaban a una cierta realidad que despierto trataba de evitar.

El mayor de ellos tenía siete años. En total eran cinco los niños. Se habían apoderado de un terreno baldío y excavaban un gran túnel que pudiera llevarlos al extremo del mundo. Al menos eso intentaban, pero se conformarían si lograban que pasara a otro terreno vacío que estaba enfrente. De esa manera, cuando alguna pandilla los atacara y no pudieran resistir la invasión, les quedaría la posibilidad de huir por el túnel, bloquear la salida y atrapar a los enemigos en caso de que éstos decidieran seguirlos.

En eso soñaba, con esos lejanos recuerdos infantiles estaba conformando un sueño menos angustioso que los normales, cuando Silvana le avisó que había decidido ser operada. El pequeño quiste que tenía en un seno podía ser canceroso, explicaba con vehemencia a un Enrique que no acababa de despertar. Y este temor venía porque su madre, no hacía mucho tiempo, falleció consumida por el cáncer, en Lima, sin ver por última vez a su hija. De nada valieron consejos, estaba decidida a someterse a una intervención quirúrgica.

Bueno —proseguía Silvana mientras lentamente se vestía, se preparaba para regresar a su casa, con su marido y su hijo—, pero eso no era todo: temía morir o algo parecido como entrar en estado de coma y estaba disponiendo sus cosas convencida de que tomaba una ruta peligrosa. Hablaste con tu hijo, es lo acostumbrado. Una madre entra en el quirófano cuando todo está perdido. Hace su testamento y se despide de los que amó: sus hijos, la ilusión de su vida, el motor de su modesta historia. Luego me llamaste y me entregaste un sobre voluminoso. ¿Qué tiene, puedo abrirlo? Son nuestras cartas, fotografías tuyas y mías. ¿Y? No quiero que se queden en mi casa; si algo llega a pasarme (oh, mala literatura, telenovelas, películas cursis, cuánto daño habéis hecho en el mundo) no deseo causarle dolor a mi familia, a mi marido...

Carajo, tienes veintitantos años, un vulgar quiste en el seno y ya piensas en ser heroína de una trágica ópera.

De nada sirvieron las burlas, me quedé con el sobre. A solas lo abrí. Efectivamente: fotos mías, cartas, nuestros recuerdos clandestinos, los que fuera de nosotros sólo Odette había mirado.

Mientras Silvana era conducida a la sala de operaciones bajo la mirada dura y

paternal de su marido y la angustia de su hijo, yo decidía qué hacer con sus cosas marcadas top secret. El asunto me parecía bastante ridículo. Seguro que ni se moriría ni los médicos le dirían con cara compungida: Señora, lamentamos decirle que tiene usted un tumor maligno. Va a morir dentro de ocho horas exactas. Y ella, ya tranquila, con los ojos llenos de lágrimas, segura de que no dejaba pruebas del engaño a su marido, a quien, como bromeaba Manuel, no le salían los cuernos por falta de calcio, rodeada del afecto y respeto familiares que se reflejaban en el llanto largo y patético del niño. Hasta podría confesarse y comulgar.

Tal vez lo adecuado sería romper tanto las fotografías como las cartas. O mejor acabar con tal insensatez mandándole al marido ambas cosas, destacando aquellas fotos en las que Silvana estaba desnuda. Fui débil, ¿o razonable? Y cuando me quedé solo volví al recuerdo, más bien al sueño obsesionante e idiota de mi niñez. De nuevo veía a los cinco niños, yo entre ellos, excavando, excavando sin parar, decididos a construir un túnel de aproximadamente quince metros que pasaba por debajo de la calle en donde vivía. ¿De quién fue la idea? ¿Mía? Imposible saberlo a estas alturas. El caso es que mi sueño me enfrentaba a cinco niños cavando con diminutas palas, apuntalando con piedras y maderas la tierra.

Dejé el sobre de Silvana en un buró, aunque de haber podido lo hubiera puesto en una caja fuerte. Ella lo recuperaría cuando estuviera fuera de *peligro*, cuando le dijeran no señora, no es cáncer, se trata de una diminuta bola de grasa, algo que yo descubrí por azar al acariciarle los senos. Así comenzó la alarma. Primero fue la visita al médico, quien de inmediato vislumbró la posibilidad de aumentar su cuenta bancaria; luego la trágica decisión de Silvana.

Más adelante habló con su marido. El hombre muy impresionado porque nunca había estado tan cerca del drama, dijo sí, amor, tienes que operarte, y en seguida te condujeron a un hospital muy elegante, con un maravilloso cuarto, TV de color, teléfono. Durante la escasa media hora que duró la intervención quirúrgica, tu marido no se despegó ni un instante de la puerta del quirófano, la barba crecida, ojeroso, fumando sin cesar. ¿Cómo lo supe? Pues porque yo también me puse sentimental y decidí espiar y confiando que tu esposo no tenía ni la más remota noticia de mi triste existencia, me acerqué y pregunté a una enfermera: me dijo que la operación había sido un éxito, que tú reposabas en una habitación llena de flores y de chocolates y por último me señaló a un hombre adusto, gordo, de pelo cano, rostro sombrío, evidentemente con cara de preocupación profesional...

Fue cuando al fin pude desechar los sueños que me llevaban a la infancia. Ahora soñaba con mis abuelos: el cáncer los mató. Él murió sin rostro, con las células faciales destruidas. Ella, poco después, con la matriz y los pulmones carcomidos por esa monstruosa enfermedad. Realmente ambos tuvieron agonías dolorosas que marcaron una etapa de mi vida, al morir ellos prácticamente dejé la adolescencia. Pero ahí estaba el sobre de Silvana, la previsoras Silvana que todo lo arriesgaba por el verdadero amor. La que en el colmo de la audacia esperaba a que su marido se

muriera, su hijo creciera y luego, cumplidos los compromisos impuestos por la sociedad, casarse conmigo. Todos seríamos felices y el desaparecido te vigilaría desde una cómoda butaca en el Cielo. Sólo que a esas alturas, Silvana y yo seríamos dignos de un asilo.

A la semana, tal vez menos, Silvana ya estaba de nuevo contigo. Como si nada hubiese sucedido, como si la *terrible* operación hubiese sido un juego, reclamando su sobre. Se lo diste, se lo di, qué tontería, debí haberlo destruido con todo lo que estaba adentro. No fue así y ahora ella lo reclama con la violencia y la necesidad de quien ha regresado de entre los muertos para tener una nueva oportunidad de estar entre los vivos.

Silvana recuperó el sobre y la certeza de saber que aún viviría largo tiempo. Yo, por mi parte, tengo la sensación de que con el crecimiento perdí el Paraíso. Creo que hubiera sido preferible excavar y excavar como cuando niño, excavar y una vez que el túnel estuviera concluido, introducirme en él y desaparecer, ponerme lo más lejos posible de aquellos que me rodeaban, especialmente de Silvana, de su hijo...

Y mientras le contaba a Silvana mi sueño veía su cara, sus reacciones. Al final, cuando escuchó la última parte, se limitó a sonreír burlescamente. Ajá, necesitas un siquiatra. Me acarició la cabeza y se dispuso a salir de la casa. Sentí una enorme frustración. Cuando le conté todo ese sueño fantasmagórico pensé que Silvana, para tranquilizarme, para alejar mis pesadillas, me contaría quién era el padre de su hijo, me narraría su relación. Ahora veo que fue inútil. Si al principio era una mujer comunicativa, después de sentir mis agresiones con base en sus relatos biográficos, después de decirme que guardaría silencio porque todo lo que ella contaba se utilizaba en su contra, se transformó en una esfinge.

De cualquier manera, y aunque yo quisiera evitarlo, mis pesadillas continuarían, del mismo modo que mis inquietudes acerca del lado oculto de la vida de Silvana, aquel que me obsesionaba y me llevaría a la ruptura.

Mis sueños tenían antecedentes. Estaban en otro conflicto que tuve durante mi infancia. No fueron problemas amorosos sino violentos enfrentamientos con mi padre, quien creyó que un acto biológico le daba poder sobre mi vida. En realidad él confundía su imaginaria autoridad con la ironía: invariablemente se burlaba de mis inquietudes y deseos de niño. Mi madre, por lo contrario, me estimulaba. De allí me venía el Edipo (razonado, según yo) que me obligaba a verla como una mujer excepcional, al menos como alguien que me entregó libros y orientó mis estudios; con ella podía hablar, discutir, beber... Con mi padre jamás tuve amistad, luego el divorcio lo condujo muy lejos de mi alcance. En la adolescencia lo encontré accidentalmente, fue de hecho un encuentro momentáneo, limitado a media docena de conversaciones. Su vanidad chocaba con la mía, no me permitía hablar y pocas cosas de mi quehacer le parecían inteligentes. La enemistad creció estimulada por mi mamá y su notable aversión hacia el que fuera su esposo por cuatro años. De cualquier modo, la personalidad de mi padre era fuerte y por algún tiempo lo soñé,

fue el centro de mis pesadillas. Después vino un gran receso, hasta que Silvana apareció. Y con ella las desagradables experiencias nocturnas.

Ernesto, el marido de Odette, ya podía suponer que el distanciamiento de su esposa era algo más profundo que el deseo de dormir en una recámara aparte, de buscar actividades que le exigieran estar fuera de casa durante el día, la tarde y a veces la noche. Sin embargo, no protestaba, seguía guardando silencio, un silencio que duraba más de cuatro años y que sólo una vez rompió con timidez: Deberíamos internar al niño, siempre está abandonado, yo trabajando, tú fuera... Aquella timidez era una intentona torpe para recuperar a Odette o al menos obtener una explicación satisfactoria. Nada más escuchó un como deseos. Ernesto no volvió a tocar el asunto. Tenía que conservar a Odette. Al principio, recién casado, era dueño de Odette, quien de inmediato correspondió embarazándose, sin saber que pronto aparecería el hastío, el tedio por una situación para la que ella no estaba hecha: el matrimonio y la maternidad. Ahora sentía que lo único que era suyo eran los discos y los prismáticos que utilizaba desde la parte más alta de la casa para observar a los vecinos o a los transeúntes; extraña forma de pasar el tiempo.

Ernesto prefería la vergüenza, la cama vacía, la soledad, la atroz sospecha de que su esposa lo engañaba, a la certeza de algo irreparable. Era preferible mantener un débil cordón. Quién sabe si con el tiempo Odette regrese a ocupar el sitio que de pronto, sin razón aparente, abandonó después de años de «magnífico matrimonio». La indignidad, en este caso, era más cómoda a verse solo. De ahí que no quisiera averiguar nada al respecto, nada sobre el tiempo en que su esposa desaparecía. El niño dormía, los sirvientes se recluían en sus cuartos, entonces Ernesto cerraba su puerta con llave (inútil pretensión, absurdo decoro) y trataba de concentrarse en la lectura. Había días enteros en que no veía a Odette y cuando se topaban un saludo frío, preguntas y respuestas sobre lugares comunes, era todo.

Los fines de semana la situación mejoraba, para Ernesto, naturalmente. Por alguna razón desconocida, Odette volvía a estar con él, casi a su alcance. Iban al rancho (que más tarde sería propiedad del hijo), comían juntos, dormían en la misma recámara, conversaban generalidades. Él, como acostumbraba, se ponía a escuchar música, ella leía y esperaba a que desaparecieran sábado y domingo para recomenzar su vida, su verdadera vida, no el simulacro que le ofrecía su marido. Por cuarentaiocho horas lamentaba su matrimonio y en momentos también la existencia de su hijo. Ir al rancho para Odette era como naufragar en una isla extraña. Quería salir de esa situación en que los convencionalismos familiares la metieron. Jugar un papel más importante que el de ama de casa rica que desempeñó por mucho tiempo, aunque ella dijera que no era lo mismo cuidar del hogar escuchando a Mozart o a Beethoven que limpiar pisos oyendo órdenes de un marido mexicano. Defensas estúpidas que en nada cambiaban la situación concreta y que en todo caso rebajaban la dignidad de un concierto o de una sinfonía.

Odette era el segundo matrimonio de Ernesto y sin duda el último. No estaba dispuesto a emprender una nueva aventura, sobre todo si tomaba en cuenta su apariencia física, cada día más deprimente. Era indispensable resistir, aguantar lo más

posible. Total, mientras ella no fuera muy lejos y planteara la separación, ante los ojos de los otros seguirían siendo una pareja normal.

En una de las salas que estaban cerca del jardín trasero de la casa encontramos un cuadro anónimo. Lody Mary, sin dejar su copa de coñac, nos llamó la atención sobre él. Miren, ¿no es fantástico? Chas la siguió: Sí, excelente. Y todos comenzaron una sesuda disertación acerca de las virtudes de la obra. Odette los escuchaba en silencio.

¿Y qué representa?, preguntó Sergio con su magnífica agudeza cultural.

Lody Mary, la descubridora, repuso con seguridad: Parece Hermes combinado con David.

Chas: Aunque tiene la fortaleza física de Hércules.

Manuel: Y la apostura de Ulises más un cierto toque de astucia a lo Aquiles.

Claro: Y posee la gallardía de Zeus, añadió Beatriz que no deseaba quedarse atrás.

De acuerdo con todos ustedes, interrumpió brutalmente Odette, pero si se fijan verán que además tiene las hermosas nalgas de Venus.

Era claro que Odette se sabía rodeada básicamente de mediocres, sin embargo los aceptaba con base en sus pocos años. La que vivió en medio de las generaciones de artistas más importantes de México, tendría que reconocer que había cambiado el talento por la belleza física y la juventud. Y pese a su tolerancia a veces la ironía subía de tono, tratando de herir a sus cortesanos con sutiles dardos que siempre rebotaban en un escudo de ignorancia.

Sergio presentía algo de aquella situación y procuraba ocultar su aversión al arte llevando a casa de Odette a supuestos pintores o escritores, a los que trataba de presentar como genios incomprendidos, todavía no reconocidos y aceptados por el juicio de la historia.

En algún momento Sergio apareció, ebrio de entusiasmo y de alcohol con un pintor. Además de una botella de vodka llevaban varias telas. En medio de gran algarabía las expusieron a la vista de todos en plena sala. Sergio hizo una presentación del pintor. Luego tomó la palabra el autor de los cuadros; se calificó de abstraccionista puro, sin ninguna influencia.

Odette revisó los cuadros con mucha atención. Tomaba de su copa lentamente. Al fin decidió romper con el placer estético que Sergio y su amigo habían despertado entre la mayoría de la concurrencia y dirigiéndose a ellos les dijo: No es lo mismo el desfile de las Termopilas que el desfile de las termitas. Estas obras no valen ni un maravedí. Merecen el fuego de la chimenea. La impresión que producen es que las pintó un pintor figurativo, realista, cuyo pulso se deterioró por el alcohol y las drogas y al no responder cayó involuntariamente en el abstraccionismo.

Sergio trató de ponerse digno. Incluso amenazó con irse si Odette no retiraba su juicio. A la larga desistió, no se trataba de eliminar a la gallina de los huevos de oro, y ya más borracho festejó el juicio de Odette y le pidió a su eventual amigo que introdujera los cuadros en la chimenea y que él mismo, en un acto de expiación artística, les pusiera fuego.

Silvana y Enrique discutían acremente. Él afirmaba estar repleto de agravios, todos los días me ofendes o me insultas, mientras que ella explicaba que no existían tales ofensas, que eran meras suposiciones, parte de una excesiva sensibilidad, de una imaginación insensata (te molesta un niño que no ves, hombres que nadie sabe dónde están). Enrique rechazaba los alegatos femeninos, no son producto de una mente exacerbada, los agravios existen y se manifiestan de muchas maneras, hablando de temas y personas que me son desagradables, por ejemplo, visitando amigos que te coquetean...

Así pasaban los días y las semanas hasta que una vez Enrique, que se sentía lleno de rencores acumulados, gordo de pasiones, hinchado de odio, volvió a advertirle a su esposa que ya no lo ofendiera porque estaba a punto de estallar. La mujer no resistía más aquella cantaleta e histéricamente dijo: ¡Pues estalla, lo mereces!

Ante aquella última y definitiva agresión de Silvana, Enrique, saturado, reventó manchando las paredes blancas. Al despertar, Enrique se tocó el cuerpo.

No tuve ni siquiera que buscar a Sergio. Dos días después del entierro de Odette lo encontré en un restaurante. Era el mediodía. Él me vio antes y manifestó groseramente su entusiasmo gritando mi nombre y apellido desde la puerta. Estaba borracho. Y gordo. Había perdido juventud, sus facciones correspondían a las de un hombre maduro, su pelo estaba canoso y su simpatía se esfumó; de ella sólo quedaba vulgaridad.

¿Cuánto tiempo hacía que no nos encontrábamos? Tal vez unos dos años. Luego de mi divorcio con Silvana yo me fui a Europa con el pretexto de una beca. A mi regreso le telefoneé a Sergio, pero él no se mostró muy interesado en verme. En la mesa contigua conversaban dos hombres con apariencia de cultos, yo trataba de escucharlos mientras evadía las gruesas bromas de mi amigo que sin pedir autorización se había instalado conmigo. Al principio pensé que hablaban de filosofía, me pareció oír el nombre de Platón y poco más adelante escuché los de Hegel y Kant; no me cabía la menor duda, eran filósofos, casi me alegré. Y antes de que mi gusto siguiera avanzando me percaté de que hablaban de calles: estaban tratando de ubicar una dirección, presumiblemente un negocio, en la colonia Polanco. Fue entonces que concentré mi atención en Sergio y aguardé con paciencia a que concluyera aquella hilera de falsedades: estoy construyendo una residencia de veinte habitaciones en El Pedregal, todos los fines de semana voy a Las Vegas a jugar cincuenta o sesenta mil pesos, soy amante de la hermana del presidente de la República, tengo negocios fabulosos, te daré mis números telefónicos, éste es el de mi habitación, déjame presentarte a mi chofer, traigo un Mercedes Benz/ Y al fin algo cierto: me casé con María Isabel, ¿la recuerdas? (cómo olvidar a Lody Mary si cuando pretendía ser culta citaba latinajos de una manera especial: non pelustra, a glososo modo, tuve sueños orínicos —pues ve al baño, hija mía, le dijo una vez mi mamá en casa de Odette—, cómo olvidar sus aventuras románticas y sus incursiones por el modelado de ropa barata), tenemos dos hijos maravillosos...

Y pensar que Odette lo hizo su favorito, lo llenó de honores y de títulos, le dio gloria, lo presentó aquí y allá. ¿Qué de común podían haber tenido Sergio y Odette? Un día ella dijo que pertenecía a una clase especial, siempre me encuentro entre el público cuyo aplauso permite la conversión de alguien en celebridad. Soy parte de aquellos que están en medio del creador genial y el imbécil. A nosotros, en todas las épocas, se nos debe la fama de una sinfonía, el éxito de un libro. Sergio, por supuesto, solicitó una explicación.

Harto, decidí interrumpirlo. ¿Y Odette? ¿Estuviste en el entierro? Todavía soporté otra lista de éxitos y una conferencia sobre las virtudes de María Isabel, quién iba a creer que una modelo resultara *tan* buena madre.

Sergio pidió una botella de Fundador y al fin me dio su versión de los últimos días de Odette.

Las fiestas seguían pero ahora eran otros jóvenes los que las frecuentaban (Silvana misma había desaparecido de la casa de Odette al casarse nuevamente), todo

estaba igual, yo pasé por allí una tarde, imagínate, era como regresar al pasado, sólo que las caras no correspondían. No obstante, al anochecer Odette aparecía y comenzaba la reunión. Yo viví en la casa prácticamente un año, hasta que decidí casarme. Odette, al saberlo, se puso furiosa, me corrió y se dedicó a desprestigiarme. Luego se arrepintió y me llamaba por teléfono y me lloraba para que regresara. Al principio me pedía que no me casara, después dijo que no le importaba. Llegó a pedirme que María Isabel y yo viviéramos con ella. A mí me daba igual pero al final no llegamos a ponernos de acuerdo. Además María Isabel ya estaba embarazada. No supe más de Odette. Hasta que hace un mes me llamó para avisarme que estaba internada en el Hospital de Nutrición. Llorando me contó todo: su padre y su hijo le habían prohibido las visitas y los médicos el alcohol. Parece ser que aprovechó un momento de ausencia de sus familiares para avisarme que estaba grave.

Sergio hizo una pausa, apuró dos copas de brandy casi al hilo, me preguntó si recordaba a un amigo de Javier Guerrero (a quien yo llevé a casa de Odette), aquel tipo que podía chiflar completa la quinta de Beethoven y que escribió un libro llamado *Los microorganismos marinos en la problemática nacional y en la crisis internacional*, pues ya dejó esas tonterías y ahora es mi socio. Tenemos una fábrica de embutidos. Inmediatamente, sin esperar mis comentarios, prosiguió su relato inconexo. Traté de ver a Odette. No pude, así que le pagué a una enfermera de Nutrición para que me tuviera al tanto. Fue ella quien me avisó que había muerto. Fui al velorio y me metí hasta la capilla, ¿te acuerdas?, ahí estaba el cuerpo. Había mucha gente y tal vez por eso no se dieron cuenta de mi presencia. Quise ver el rostro de Odette, qué quieres, uno es sentimental y el hijo se acerca y me grita vividor, no me importó y abrí el ataúd. Estaba rejuvenecida, pálida pálida, con el pelo negro y sin arrugas, te juro que parecía una mujer de cuarenta años, no más, simplemente dormida, muy hermosa. Debí llevarle flores, pero no se me ocurrió. El hijo volvió a gritarme vividor y las personas me miraron desconcertadas. Preferí salirme. Luego pensé que el mejor homenaje que se le podía hacer a Odette era ponerle una botella de vodka sobre el féretro, en lugar de una corona.

La versión de Sergio resultaba grotesca. Más adelante me enteraría cómo fueron los últimos días de Odette. Por lo pronto me quedaba con una trágica agonía, dolorosa, de una persona que se aferra a la vida, que recurre, como tantos mortales, a la religión, que invoca a Dios con el objeto de prolongar su existencia, que se confiesa y arrepiente de sus pecados.

Luego, entre trago y trago, Sergio me contó que su nombre aparecía en el testamento, que ignoraba cuánto le tocaría, pero que Odette se lo mostró una vez, parece que me toca como medio millón. Voy a gastármelos en una parranda fenomenal, a ella le hubiera gustado. Lo que no sé es cómo demonios me presentaré el día que lean el testamento, la familia va a matarme. Ah, la casa será rentada, el hijo no la quiere, dice que huele a pecado, jajajajajá, imagínate, debe oler a vodka y a whisky... Me parece que la alquilará a una compañía constructora, para oficinas.

Pensé con nostalgia en esa residencia fabulosa, en los buenos y malos tiempos que en ella pasé, pero tal como en su debido momento anticipé, un hombre dedicado a criar vacas y cerdos no tendría ningún interés en conservar la casa, mucho menos en conservar sus cuadros, sus obras prehispánicas, su biblioteca, los recuerdos de los grandes hombres que frecuentaron la juventud de Odette, antes que una nueva época la obligara a sustituir los valores reales y duraderos por unos momentáneos y otros apócrifos.

Al poco rato Sergio estaba sin poder hablar; yo sólo había bebido unas cuantas copas, pero me sentía mal, asqueado, sin ganas de seguir en el restaurante. Me despedí de Sergio, quien insistía en que fuéramos al aeropuerto a conocer su jet para ocho personas, nos vamos a Puerto Vallarta, allá tengo casa y unas mujeres sensacionales, ahora si prefieres saludar a María Isabel y ver a mis hijos, son hermosísimos, mi chofer nos lleva/

Fui en busca de un teléfono, me era indispensable cancelar una cita para ir a casa a echarme agua en el rostro, a meterme en las páginas de un libro o a pensar por qué razón Silvana no estuvo con Odette en sus últimos momentos. Cuando salí del restaurante, Sergio, tambaleándose, aguardaba un taxi.

Los horribles celos retrospectivos, unidos a la perenne y humana presunción de que nosotros nada más seamos los preferidos y los primeros, desoldó el quebradizo vínculo que los engañaba y los mecía juntos.

Santa
FEDERICO GAMBOA

Mientras trataba de recordar más sobre Odette apareció Silvana en el escenario y su presencia desplazó a la primera; por largo rato estuve pensando en ella. Una vez le dije entras en la definición que de las mujeres daban en la antigüedad: comes igual que dos, tienes el ingenio de cuatro, la malicia de seis y pasiones como ocho.

De inmediato repuso que era falso: Como una sola ocasión al día, tengo el ingenio de diez, carezco de malicia y las pasiones aparecieron contigo.

Y era verdad, al menos en lo que tocaba a los primeros puntos, porque la fuerza y la violencia con que hacía el amor me causaban celos y me negaba entonces a aceptar que Silvana hubiera sido diferente con otros hombres, especialmente con el padre de aquel niño que me era odioso (ella, para no molestarme, lo había dejado a vivir en casa de una amiga a raíz de un reproche mío: Te agradecería que dejaras de contarme las hazañas de tu hijo, hace exactamente lo que todos los demás niños del mundo: comienza a hablar, a caminar, a interrogar, son graciosos, pero éstas no son cualidades únicas de un niño ni algo genial aunque los padres así lo supongan).

Al principio, cuando empezábamos a conocernos, nos contábamos todo, todo aquello que pareciera importante; nuestros padres, nuestros estudios, anécdotas, amistades. Yo no dejaba misterios. Pero Silvana, por alguna razón extraña e incomprensible, guardaba silencio acerca del padre del niño. Después, al darse cuenta de que yo sometía a burlas su vida anterior, comenzó a hablar menos.

Así fue.

Por lo visto tú te enamoras de cuanto hombre se te planta enfrente, te enamoraste del padre de tu hijo, es obvio, no necesitas decirlo, antes lo hiciste de un antropólogo y de un matemático y de un aviador..., ahora soy yo, parece que eres una enamorada profesional. Ah, sí, claro, la soledad, necesitabas compañía. Y una cama.

No hubo respuesta. Molesto con su silencio cambié el tipo de agresiones. Te juro que no sé cómo he llegado a esta situación enfermiza. Nunca antes me había importado el pasado de nadie, menos de la mujer que estaba conmigo. Creo que lo

más conveniente (y aquí comenzaba a chantajearla) es separarnos. Abandonemos el departamento que tenemos, dividamos las cosas y cada quien por su lado, si tenemos deseo de vernos lo hacemos, nos buscamos y listo: yo a lo mío y tú a tu hijo.

Qué fácil manera de arreglar los problemas, dijo Silvana. Enfréntate a las cosas con otra actitud, no salgas con algo tan tonto. Si lo que buscas es un pretexto para que rompamos, dímelo directamente, igual no pienso hacerte caso. Te quiero mucho. Ahora, si me dejas, prométeme que de vez en cuando me invitarás a hacer el amor.

Y acababa por vencerme, por derrotar mis torpes celos retroactivos. Al menos por unos días, quizá semanas.

Pero ¿por qué cobrar venganza de algo que había pasado años atrás? Pese a ver el caso con claridad carecía de control sobre mis emociones y mis sentimientos, sobre mis pasiones. Sentía un odio feroz por el pasado de Silvana, en especial por aquel desconocido que la convirtió en madre, a ella, a una mujer que nunca debió serlo, que lo aceptaba sin reticencias, que de no haberlo sido probablemente sería algo más que una simple promotora de música folklórica y vendedora de libros caros.

Qué absurdo: yo tenía un pasado peor, había estado con docenas y docenas de mujeres, había corrido romances casi peliculescos, como buen macho salté de cama en cama sin ningún amor, sólo impulsado por el deseo animal y por satisfacer una imbécil vanidad, yo, yo sentía celos por la vida pasada de Silvana.

De pronto yo quería que Silvana se diera cuenta de que todo lo anterior había sido fantasmagórico, un tanto irreal, que ya no quedaban ni siquiera los rostros y los nombres de la mayoría de aquellas mujeres, apenas una anécdota. Y era verdad: ninguna había dejado huella en mí. En cambio Silvana tenía una marca indeleble: su hijo.

En los momentos de ternura, de amor, de tranquilidad, de estar solos, ella y yo, escuchando música o leyendo un libro, haciendo proyectos para viajar a Estados Unidos o a Europa, le explicaba que su presencia era todo para mí. Fue cuando le escribí aquel breve poema y se lo dejé en la libreta donde solía apuntar las cosas que necesitaba hacer.

Don Juan
Estoy cansado
de darle mi amor
a tanta mujer imaginaria.

Le gustó y lo festejó largamente. Me dijo que si me lo propusiera podría llegar a ser escritor en vez de sociólogo. Se daba cuenta de que con tal poemita quería decirle que atrás no había nada, que en mi vida sólo existía ella, la única mujer real, de carne y hueso, a la que amaba intensamente, con dolor y sufrimiento. Por eso mismo le dije: El sexo, cuando no hay amor, es gracioso o animal; cuando lo hay tiene algo de tragedia. Y es que para mí el sexo se dividía en antes y después de Silvana, antes fue

intrascendente, una necesidad fisiológica que cumplir, después el placer y el amor daban una inaudita mezcla en la que el éxtasis nos impedía hablar por largo rato.

A veces yo entraba en largos periodos en los cuales su pasado no existía o era algo nebuloso o simplemente dejaba de lado la inseguridad y me entregaba de lleno a adorarla. Íbamos al cine, al teatro, a conciertos, bebíamos con Odette. Temporadas estupendas. La deseaba, deseaba sus piernas y sus senos, quería besarla sin parar. De pronto su pasado aparecía nuevamente, algo (o alguien) lo traía hasta mí, me lo ponía enfrente. Y lo peor no era aquello que sabía por boca de la propia Silvana, no, lo peor era lo que ignoraba, lo que imaginaba e inventaba y, desde luego, por pudor, por un rasgo mínimo de inteligencia, no me atrevía a externar.

Entonces comenzaban mis silencios agresivos, mis respuestas groseras y fulminantes. Porque en cada mujer embarazada veía a la jovencita Silvana y en cada hombre al padre del hijo de mi esposa. Y para vengarme la insultaba o buscaba la forma de ofenderla, en ocasiones con cierto tipo de lecturas adecuadas a su caso, otras con el zarpazo directo. El caso era herirla. Con frecuencia ella se refugiaba en el llanto. Lágrimas que para mí debieron haber sido más respetables, puesto que Silvana no era dada al llanto: alguna vez supe que cuando murió su padre se entristeció muchísimo pero no pudo llorar. Qué tristeza: nunca logré comprenderla. Fui yo quien la alejó, quien la abandonó.

Aquella noche Odette estaba bromeando más que de costumbre. No tenía mucho público: Silvana, Sergio, Manuel y yo. No obstante corregía a la primera: Querida, no se dice esfinge sino esfínter, y a todos nos explicaba que el santo más nutritivo era San Wich y el más fuerte San Són y el más antipático San Grón y el más hipócrita San Turrón y el más inquieto San Goloteo y el más plebeyo San Chez y el más culto San Scrito...

De pronto Odette cayó en una especie de letargo. Por varios minutos no pronunció palabra, limitándose a beber. De ella dependía la diversión, por lo que estuvimos a punto de marcharnos cada uno a su casa. Odette presintió la soledad y tomando bríos de algún lado, marginando la fatiga de años, propuso una excursión por la ciudad: qué les parece buscar un cabaret de mala muerte y pasar emociones fuertes. Estuvimos de acuerdo y ruidosamente abordamos un automóvil.

El sur de la capital nada ofrecía en tal sentido, así que nos dirigimos hacia el centro, a la parte vieja. A unas cuadras del Zócalo estacionamos el automóvil y la búsqueda se hizo a pie. Un letrero nos atrajo: Casa Blanca, con luces intermitentes.

Entremos, pidió Odette, tiene nombre de buena película.

Sus compañeros resistieron por algunos minutos, pero la determinación de aquella reina nocturna terminó por convencerlos arrastrándolos al interior, donde la luz tenue trataba de dar un ambiente erótico y mal iluminaba las mesas y una pequeña pista.

El lugar estaba lleno, sin embargo los clientes no hacían mucho ruido: unos conversaban, otros bebían en silencio y algunas parejas bailaban desganadas al compás de una orquesta desafinada e invisible. Todos parecían esperar algo, algo que verían en la pista, pues a ella dirigían frecuentemente sus miradas.

No creo que sea muy divertido, dijo Manuel.

Ten paciencia, se defendió Odette. No podrás dejar de reconocer que el sitio tiene cierto encanto, es extraño. Además —dirigiéndose al grupo—, no olviden que yo siempre doy con los sitios mágicos o desconcertantes de esta ciudad.

Silvana terció con tímido entusiasmo, como para apoyar a su amiga: Sí, el encanto de lo desconocido; posee un aire misterioso. Al entrar de pronto he sentido como si estuviera en otro país, distante y exótico.

Enrique ordenó una botella de whisky, hielo y agua.

Pese a que afuera hacía un calor intenso, adentro estaba fresco y los cinco pensaron que el clima era causado por un aparato de aire acondicionado. La música proseguía ininterrumpidamente. Las seis o siete parejas que estaban en la pista continuaban bailando con lentitud, moviéndose al ritmo de unos acordes de apariencia tropical aunque menos toscos y burdos, menos veloces y estruendosos, con más cuerdas y menos metales y percusiones. Los parroquianos bebían y en ellos se notaba algún grado de impaciencia: hablaban poco por atender el reloj.

Esperan algo, afirmó Odette contemplando la inquietud a su alrededor. Tal parece que se trata de la variedad; tenemos en puertas un buen espectáculo.

Es posible, añadió Sergio, escéptico, pero nada indicaba que hubiera un show; la

entrada sólo tiene el letrero que dice Casa Blanca.

Sus amigos respondieron diciendo es cierto, cuando de pronto la música concluyó, las parejas se apresuraron a regresar a sus mesas y por todo el cabaret hubo un rumor de satisfacción. Las luces disminuyeron de intensidad y dos de ellas, una blanca y otra rojiza, se encontraron en la pista. Las miradas de los clientes siguieron los tenues reflectores como hipnotizados. Un silencio terrible precedió la entrada de una mujer joven, ataviada con un vestido largo de tela floreada; su pelo plateado caía sobre los hombros desnudos, su cara era de una belleza triston, llamativa y parecía incapaz de sonreír; estaba visiblemente embarazada. Atrás de ella, con discreción, venía un guitarrista; un sencillo traje blanco sin solapas y una camisa del mismo color sin corbata eran su indumentaria. La gente, una vez que aceptó a la pareja, aplaudió entusiasmada.

La mujer, agradeciendo con leves movimientos de cabeza, comenzó a cantar en un castellano salpicado de palabras extranjeras. Era una canción que hablaba de un hombre y una mujer que sólo copulaban para procrear y que ahora esperaban el momento de mayor felicidad: el nacimiento de su hijo. Las ideas generalizadas y cursis dichas como si el ser humano no tuviera otra finalidad. El guitarrista parecía más atento a la mujer que a su instrumento, el cual tocaba de manera mecánica, repetitiva, sin creatividad.

Absurdo, dijo Enrique interrumpiendo la concentración de sus compañeros en el espectáculo.

¿Absurdo? ¿El show? ¿El que una mujer encinta cante acompañada por su posible esposo?, contestó Silvana.

No, me refiero a la canción, repuso Enrique; a mi juicio es poco humana. Piensen, dice que han hecho el amor para reproducirse. No por deseo, porque amas y deseas y no únicamente para tener un hijo. La letra insiste en que la finalidad del sexo es la reproducción. Eso pertenece a los demás animales, no al hombre. Los perros, los elefantes, los peces, los pájaros, se reúnen para perpetuar la especie; su unión carece de otro sentido, la nuestra responde a razones más complejas en el orden espiritual. O al menos así debiera ser. Estamos capacitados.

Allí terminó la conversación. Los amigos estaban de acuerdo, pensaban de manera semejante en ese punto y entonces volvieron a mirar el escenario. La mujer cantaba la monótona letra que parecía no tener fin y el guitarrista acompañaba bajo las dos luces que caían en el centro de la pista. De pronto la cantante interrumpió su actividad y soltó el micrófono, un dolor en el vientre la obligó a doblegarse apretándolo con ambas manos. El guitarrista dejó su instrumento y corrió hacia ella para atenderla. En el Casa Blanca hubo expectación, la gente se animó más. Dos meseros, con aspecto de enfermeros, aparecieron y se instalaron junto a la pareja. La cantante ahora yacía en el suelo con las piernas hacia el público. Entre los meseros y el guitarrista la despojaron de la ropa para que estuviera menos incómoda y uno puso un almohadón bajo la cabeza de la parturienta. La mujer jadeaba y abría

desmesuradamente los ojos, se agitaba y emitía quejidos de dolor, señales visibles e inequívocas de que estaba a punto de dar a luz. Un mesero le limpiaba la frente sudorosa, mientras que el otro, acompañado por el guitarrista, se aprestaba a recibir al niño. Aquello no duró más de cinco minutos y el bebé comenzó a aparecer. Un poco más, rogó con voz angustiada el músico y como respuesta la mujer empujó al niño hacia su salida completa y pronto estuvo fuera, en las manos de uno de los meseros, quien lo sostenía triunfalmente mostrándolo al público. El pequeño lloró probando que el parto había sido feliz y una ovación cerrada fue la culminación de aquel espectáculo. La mujer, desde el suelo, agradeció los aplausos. El guitarrista hizo lo mismo repitiendo varias veces la palabra gracias e hicieron mutis.

En la sala, la clientela comentaba el show; en términos generales y con diferentes matices coincidía en que fue extraordinario e incluso juraba que hasta hoy ningún alumbramiento había sido tan afortunado. Sólo Odette, Silvana, Sergio, Manuel y Enrique no encontraban palabras para expresar su desconcierto. Optaron por pagar la cuenta y abandonar el lugar.

En las calles el calor golpeaba duramente; los cinco caminaron con rapidez tratando de poner distancia entre ellos y el Casa Blanca.

La pugna del día. No podían transcurrir veinticuatro horas sin un pleito, sin una amarga discusión. La de aquel sábado alcanzó una violencia inusitada. Silvana tuvo miedo de mis gritos y de mis agresivos ademanes y yo lo tuve de haber ido demasiado lejos al contemplar el rostro agitado, convulso de Silvana. Por un momento el combate cesó, una tregua para recapacitar, para organizar nuevas tácticas, movimientos más afortunados, menos peligrosos.

Aquella rutina tenía su origen en mi malestar por el pasado de Silvana, por el hijo a quien yo detestaba.

A Silvana debió parecerle la peor pugna porque de inmediato dejó la casa. Furioso y sintiéndome solo tomé la decisión de engañarla y así vengarme.

[Salgo y me dirijo a una sala cinematográfica donde exhiben *Cleopatra*, aguardo a que aparezca Elizabeth Taylor, la saco de la pantalla (la pobre está harta de hacer el mismo papel durante años y no me rechaza) y me voy a mostrar con ella a la zona más elegante de la ciudad.

Pero oh sorpresa, Silvana, que no está dispuesta a ser menos que su marido, caprichoso y maleducado, acostumbrada a valerse por sí misma y veterana de encuentros con distintos hombres, también optó por engañarme y después de leer detenidamente la cartelera fue al cine Estrella a buscar a Peter O'Toole que trabaja en *Lawrence de Arabia*. Como pensó venir al mismo lugar que yo nos encontramos los cuatro. Juntos entramos en un bar.

A estas alturas estoy fastidiado de hablar inglés y Silvana encuentra a Peter O'Toole demasiado decorativo y, además, muy rubio, así que intercambiando miradas decidimos reconciliarnos y volver a casa, dejando a la actriz y al actor plantados, rodeados de curiosos que observan las indumentarias de ambos. Ellos no parecen preocupados, prefieren beber unas copas y charlar de libros, de cine, de amigos comunes, sin ignorar desde luego que en alguna parte del mundo existen otra Elizabeth Taylor y otro Peter O'Toole. Evidentemente están satisfechos: unas horas antes estaban atrapados por la eternidad, destinados a repetir los mismos gestos y los mismos movimientos y los mismos parlamentos; ahora son libres y tienen vida propia. Después de todo, pienso, mientras beso a Silvana y la desnudo y me dejo desnudar, el enojo resultó de utilidad.

En dos cines pasan películas sin sus principales protagonistas, lo que no merma la afluencia del público: resulta interesante ver a Marco Antonio besando el vacío o a los beduinos vociferar su apoyo y su gratitud a nadie].

Cuando María Isabel todavía era Lody Mary, esperaba un golpe de suerte para hacerse famosa, pertenecer al Jet-Set y casarse con un multimillonario, nos contó cómo había conocido a Dios: no fue en una iglesia ni en un convento, estaba en el aeropuerto de Durango. Fue a esa ciudad para una exhibición de modas y estuvo allí por varios días. Le disgustaba el lugar, se aburría y encontraba feos a sus habitantes. Cuando estaba por regresar al Distrito Federal vio al Señor: caminaba impaciente aguardando el avión que sin duda lo conduciría al Cielo. Era como imagen de Durero: hermoso, rubio y barbado, de mirada dulce y profunda. Igual, salvo que este Jesucristo usaba casimir inglés, mancuernillas de oro y gasné de seda. Lody Mary cayó de rodillas tratando de recordar los rezos que aprendió en su infancia. Y el milagro ocurrió: Dios la levantó y conversó con ella. Era, como podía suponerse, italiano, trabajaba para una empresa privada, la Olivetti, y según nuestra amiga era *riquísimo*, a diferencia del que murió crucificado, pobre y sin nada de valor. En el jet se sentaron juntos, la música celestial llenaba los oídos de Lody Mary y ángeles y arcángeles le metían las manos entre las piernas y le acariciaban los senos. Llegando al DF no perdieron tiempo y ella en lugar de ir a su departamento fue al de él. Ahí hicieron el amor y se inició una relación sin mancha ni pecado que duró hasta que el Vaticano, es decir, Roma-Olivetti, requirió los servicios de su empleado. Lody Mary quedó llorosa, levitando y a punto de hacerse monja para estar cerca del Señor.

Con tal relato hubo sonrisas burlonas que Lody Mary no captó. Odette dijo que no era fácil resistir la presencia de un hombre blanco, que cualquier intento por mejorar la raza de bronce era bienvenido. En ese momento Odette jamás pensó que Lody Mary, el invariable hazmerreír de sus fiestas, se casaría (en busca del seguro de vida que brindan ciertos matrimonios convencionales) con su favorito, con Sergio.

Recordar esa anécdota era como regresar a la mansión de Odette. Estábamos Silvana y yo, enamorados unas veces, odiándonos otras. Ahora Odette estaba muerta y Silvana —lo presentía, lo imaginaba— convertida en una mujer vulgar y anodina, sin el encanto y lo sobrenatural que en aquella época se encontraban a su alrededor, cuidando niños y supervisando la cocina.

De Sergio ya había obtenido la versión soez y exagerada que se había fabricado gracias al alcohol y a su creciente mitomanía. Javier Guerrero tenía menos datos aún. Después de mi separación de Silvana y mi viaje a Europa él se dedicó a su trabajo y no volvió por la casa de Odette. Quizá Manuel supiera un poco más y por ello lo invité a cenar.

Manuel tenía el pelo blanco, había engordado un poco, ahora trabajaba en cosas de cine y escribía algo de fina y elegante poesía. Estaba en perenne conflicto con su esposa (a quien encerraba en un clóset para evitar que le escondiera el whisky, según decían los chismes) y le gustaba perseguir jóvenes sólo por el afán de hacerlo. Como de costumbre su lucidez e ingenio duraban unas cuantas copas, luego comenzaba a repetir sus obsesiones, su gusto por una vida que nunca tuvo, la del millonario rodeado de hombres cultos y sensibles, en una especie de aristocracia de literatura

inglesa; insistía en que su origen era noble, también el de su mujer. Algo tedioso. Sin embargo, él podría darme la información requerida.

Fui al grano y antes le expuse la versión de Sergio. Le pareció falsa. Según Manuel nadie supo que Odette fue internada en Nutrición. Su alcoholismo se había hecho tremendo y no dejaba de beber un segundo, tenía los nervios destrozados, el rostro de una anciana y achaques de gran molestia. Su ingenio desapareció. Insistía en que ella era una *señora* y a su nuevo séquito —corte formada por tipos sin calidad ni escrúpulos que no iban a disfrutar de una buena reunión sino a ver cuánto dinero le sacaban a la «vieja borracha»— le rogaba que no la ironizara. Varias veces se desmayó y sólo encontró cuidados en la servidumbre que había envejecido en esa mansión y que fielmente la atendía. Llegó el momento en que sus desvanecimientos se prolongaron, tuvo dolores atroces en el vientre, vomitaba sangre y la debilidad era incapaz de permitirle caminar. Poco después los médicos la internaron. Nada más estaban al tanto el padre y su hijo, añadió Manuel.

Odette nunca perdió el optimismo durante su estancia en el hospital, estaba segura de restablecerse. Hacía planes para su convalecencia, dejaría de beber, se haría cirugía plástica para eliminar las arrugas e imperfecciones del rostro e iría —por qué no— a Rumania a ponerse al cuidado de la célebre doctora Aslán en un tratamiento geriátrico, al fin Odette tenía muchos millones. Se dedicaría a viajar, a leer. Parece ser, explicó Manuel, que intentaba reanudar su relación con Sergio, ofrecerle propiedades, pero no hay pruebas de que le haya avisado de su gravedad. Nunca se repuso del malestar que le causó su matrimonio con Lody Mary. Después entró en estado de coma y murió sin darse cuenta, tranquilamente, serenamente. El resto ya lo sabes.

Al rato Manuel y yo estábamos borrachos, hablando incoherencias y recordando viejos tiempos que a primera vista parecían mejores que los actuales. Pese al whisky y a que luego fuimos a un cabaret a ver una variedad rutinaria, con malos bailarines y lamentables coristas, tuve la suficiente lucidez para darme cuenta de que aquella versión tampoco encajaba con la personalidad de Odette. Era la muerte de una pobre alcohólica, de una persona cualquiera y ella nunca fue común y corriente. Fue un talento especial que perdió el medio que lo rodeaba. Quizá si hubiese sido menos hermosa, menos asediada en su juventud, habría ocupado su tiempo en actividades artísticas o en algo, cualquier cosa, su inteligencia no era poca. Su sensibilidad le hubiera permitido lograr el éxito en tal o cual campo. Incluso era capaz de comprender los problemas sociales, pese a que se había educado en un mundo que los ignoraba. Además, recordé que Manuel en un principio habló de ir al sepelio y que no fue. Tendría que seguir averiguando hasta tener el rompecabezas completo.

Cuando Silvana y yo decidimos casarnos, la primera en saberlo fue Odette. Una noche nos quedamos a dormir en su casa y mientras la dueña hablaba de un viaje a la URSS, Silvana y yo hicimos el amor y conversamos haciendo planes en el famoso cuarto de las muñecas. Al amanecer la actitud de ambos era idéntica. Nos fuimos y le dejamos una nota a Odette avisándole de nuestras intenciones.

En la tarde de ese mismo día Odette le telefoneó a Silvana: se alegraba, nos felicitaba y prometía un regalo de bodas sorprendente y maravilloso. Además, muy útil, añadía nuestra amiga el hada madrina, como humorísticamente la calificaba Silvana.

El casamiento fue sencillo y en casa de Odette. Recuerdo que los invitados eran los amigos de siempre, el grupo al que le fueron sumados algunos familiares míos y tres o cuatro personas cercanas a Silvana. Al finalizar la ceremonia, Odette nos entregó su obsequio: un paquete con una casa. No importa el tamaño del terreno, se adaptará bien al que tienes.

Silvana y yo estuvimos felices, como nunca. Bailamos y bebimos, cantamos y comimos. E hicimos todas las simplezas que los recién casados, plenos de cursilería, suelen hacer. Después de la fiesta nos fuimos llevándonos cuidadosamente el valioso paquete, para no maltratar la chimenea ni los tinacos ni las partes que sobresalían. Todavía no oscurecía, puse la casa en el centro del terreno y luego, siguiendo las instrucciones de Odette, la regué. No mucha agua. Y buscamos en el aeropuerto el jet que nos llevaría de luna de miel.

Cuando al cabo de cuatro días regresamos, la casa parecía haber enraizado bien y respondía a su nueva situación. Miré el sol vespertino y pude comprobar que el clima era perfecto para que la casa se desarrollara sin contratiempos. En dos meses alcanzaría su total crecimiento y entonces Silvana y yo podríamos habitarla.

Durante varias semanas, todos los días, íbamos a ver la casa: nada turbaba su crecimiento: ya las habitaciones habían alcanzado sus dimensiones naturales y sólo el comedor y el garaje sufrían un leve retraso. Opté por remover la tierra y abonarla. A poco ambos lugares eran normales. Ya podíamos entrar en la casa y recorrerla. Estábamos felices y agradecidos con Odette, la encantadora bruja para quien todo era posible con su magia y sus poderes secretos.

De pronto —cuando íbamos a iniciar la mudanza— notamos que la casa estaba defectuosa: seguía creciendo con rapidez inusitada y ahora teníamos que subir más escalones para ir a la planta alta, la sala parecía cancha de fútbol, mientras que el jardín se reducía. Sin perder el tiempo telefoneamos a Odette para comunicarle el problema. Nos dijo que no era grave, que a veces eso ocurre, en tres o cuatro días la casa tomará sus dimensiones naturales, para eso fue planeada.

Pero el caso es que la construcción seguía desarrollándose. Pensamos que pronto desbordaría los límites del terreno e invadiría otros. En seguida, no era difícil preverlo, destruiría los inmuebles vecinos. Qué horror. Silvana, tenemos que frenarla. Aunque Odette intentó tranquilizarnos, sabíamos del escaso control de calidad

existente en México (y aquí tuve que soportar las aversiones, muy lógicas, de mi esposa por ciertas manías nacionales). Por ello la acromegalia de la casa nos alarmaba. Llamamos a los expertos en ese tipo de residencias para ver qué podían hacer por detener el crecimiento: para ese momento la casa sobresalía en la zona donde veinte metros de altura era una exageración.

Los técnicos excavaron y en las raíces nada pudieron encontrar. Tampoco en las paredes estaba la causa. Qué hacer, la casa era de una solidez que asombraba: uno podía golpear los muros y estropear el mazo, derribar sus puertas y al poco tiempo el daño estaba reparado por sí mismo, sin ningún tipo de ayuda. Lo único inevitable de aquella casa —Odette nos lo explicó con un dejo de tristeza— es como en los seres humanos y en los animales, el deterioro por vejez. Al cabo de un plazo razonable la casa comienza a dar muestras de senectud: el baño no funciona bien, las puertas no cierran con precisión, la cocina arroja humo en lugar de ofrecer sus llamas a las cacerolas, el agua tarda en salir... En fin, es el momento de abandonar la casa marchita y buscar el modo de adquirir una nueva.

Los especialistas intentaron cuanto se les ocurrió: ni el fuego ni la piqueta le hicieron mella. Mientras tanto, la casa seguía creciendo y sus monstruosas dimensiones amenazaban con causar grandes y costosos desperfectos. Los expertos se declararon vencidos. Así que Silvana sugirió que fuéramos a buscar a Odette para que solucionara las cosas antes de que los vecinos nos demandaran. Fuimos por ella esa misma noche y los tres juntos buscamos al monstruo. Estaba quietecito, como cualquier vegetal cuyo crecimiento es invisible a los ojos humanos. Odette lo contempló. Lástima que la casa salió defectuosa. De no ser así ahora ustedes serían propietarios de un sitio precioso. Se recogió el largo vestido para no ensuciarlo y revisó minuciosamente su regalo. Al finalizar su estudio dijo: En efecto, no tiene remedio, lo siento por ustedes, pero si lo desean pueden vivir conmigo mientras encuentran departamento. En seguida se quitó el prendedor de oro que mostraba a la altura del pecho e introdujo el alfiler del broche en una de las paredes: la casa comenzó a desinflarse como un globo, casi sin ruido. Salimos a contemplar el proceso. En pocos minutos la gigantesca casa se convirtió en una especie de caja maltratada. Odette la recogió y nos dijo con tono imperioso, apresurémonos, nos esperan los amigos para comenzar la fiesta; son casi las diez. Silvana y yo fuimos siguiéndola.

Recuerdo exactamente lo que sucedió: estábamos en la casona de Odette, nadie faltaba, incluso había algunos que intentaban sumarse a la corte.

Odette daba rienda suelta a su afición por la pintura y festejaba a un pintor alemán, Ernest Saemisch, amigo suyo de tiempo que inauguró una exposición con excelentes resultados. Silvana y yo conversábamos con Javier Guerrero y con Manuel Fabregat. Mi mamá también andaba por allí, divirtiéndose. En el centro de la reunión, como era de suponerse, no estaba el pintor sino la propia anfitriona que lo desplazaba discretamente hablando de los cuadros abstractos de Saemisch.

Javier, para estar a tono con la reunión, contaba de un pintor de iconos abstractos que conoció en Moscú. El tipo era una especie de Rasputín: tenía mujeres bellísimas y —aquí entra una frase muy de Javier— era una fuente inagotable de semen; nos llevó a conocer sus obras con la promesa de vodka y caviar además de arte. Bueno, pues llegamos a su casa: había que joderse con sus cuadros; de no ser por las explicaciones no hubiésemos entendido nada. Después dijo que era disidente, que el Estado soviético se negaba a exhibir sus iconos abstractos, que descendía en línea directa de Andrei Rublov, pero que además tenía influencias de Chagall y Kandinsky; del primero el color, del segundo la forma. Entre trago y trago el hombre desaparecía con alguna de las nenas sensacionales y regresaba abrochándose la bragueta. Lo aguantamos unas dos horas y media y en cuanto pudimos lo dejamos con sus horrendos cuadros y sus gordas espléndidas.

No era tarde cuando entró un amigo de la época dorada de Odette, Raúl Villaseñor; su visita a nadie sorprendió, acostumbraba a colarse a cuanta reunión importante existía en el DF. Hacía bromas pesadas a todo mundo y procuraba beber lo que le ponían enfrente. Sin embargo esta vez entró en la sala y se dirigió a mí. Parecía de mal humor. Me separó del grupo y en un rincón me dijo que mi padre estaba en Oncología muy grave, de hecho puede decirse que agoniza.

Yo pensé que se trataba de una pésima broma, que el hombre en efecto podía estar enfermo, mas no de gravedad y actué con frivolidad y cinismo. Y qué, ¿él te pidió que me avisaras? No. Bueno, que siga con su familia y yo con la mía. Sólo lamento que no pueda ver cumplidos sus vaticinios acerca de la forma en que yo acabaría mi vida: metido en una cloaca o en la cárcel, desprestigiando su *célebre* apellido.

Villaseñor, aunque me conocía desde niño, aunque conocía las relaciones que existieron entre mis padres y la forma en que éstas me afectaron, pareció molestarse mucho. Me miró fijamente. No daba la impresión de comprender mi rencor. A mí me resultaba ridículo aquel drama: después de más de diez años de no saber siquiera una palabra acerca de mi papá alguien llega a decirme que agonizaba.

El viejo compañero de mi padre salió precipitadamente. Antes de reincorporarme a la fiesta creí deber mío avisarle a mi mamá. Ella estaba eufórica y me dijo que en verdad no le importaba el estado de su ex marido, que a diario moría gente de cáncer (y de sagitario, añadió Javier tratando de ser gracioso —o irónico—, luego de escuchar lo que hablaba mi madre).

Silvana me atrajo con suavidad y tacto y me preguntó cómo me sentía. Le expliqué que bien, que esperaba tal reacción en mi mamá. Las relaciones con mi padre nunca permitieron amor. Su odio es genuino, no una pose.

Seguimos con la diversión. Pero a mí me quedó cierto malestar que no alcanzaba a entender. Silvana conversaba con Odette y yo seguía escuchando el caudal anecdótico de Javier, empeñado en demostrarle a la concurrencia que también un comunista es simpático y sociable.

Llamé a Silvana y le pedí que me acompañara, deseaba saber sobre la enfermedad de mi padre. Nos encerramos con el teléfono en una de las habitaciones cercanas a la sala. No fue difícil conseguir el número de Oncología. Pregunté por el viejo, una enfermera de voz desmayada o somnolienta buscó: Permítame, a ver, sí, claro, murió a las tres de la tarde. Di las gracias y medité: Villaseñor me traía noticias atrasadas, cuando él me notificaba la gravedad de mi padre, éste ya había fallecido.

De nuevo fui a mi madre y de nuevo me respondió que no le importaba, que no le diera informaciones macabras, déjame divertirme en santa paz, y, finalmente, en un acceso de malestar, dijo que la muerte no tenía remedio y que pocos la merecían tanto a su juicio como su ex marido. En verdad que había odio y no tenía ningún derecho a objetarlo o a hacerle recriminaciones imbéciles.

La fiesta, desde ese momento, perdió su sentido para mí. No es que yo me sintiera mal por la muerte de mi padre, de alguien al que apenas vi unas cuantas veces y con quien jamás pude llevar amistad, entre él y yo nunca hubo caricias ni palabras de afecto, nos llamábamos por nuestros nombres, sin utilizar el papá y el hijo. No. Simplemente sentía deseos de meditar, de reconstruir los momentos en que estuvimos juntos e imaginar qué hubiera sido si al menos la amistad nos hubiese permitido conversar. Pero aquella imbecilidad del llamado de la sangre, opinión de amas de casa, de secretarias, de burócratas y oficinistas, tema de películas baratas, evidentemente era una patraña, al menos en mi caso. Entre mi padre y yo no hubo ningún cariño. Él siempre vio en mí a un competidor, a un enemigo, a un niño que peligrosamente seguía sus pasos y se acercaba a la cultura que parecía ser propiedad del papá. Su rencor hacia mi madre y su familia repercutieron con gravedad y se refugió en su nuevo matrimonio, en sus nuevos hijos. Nunca intentó verme, se fue a Europa y desde allí me puso cuatro o cinco postales (una por año) repletas de lugares comunes y de recomendaciones escolares (no dejes de estudiar, haz tus tareas, no pierdas el tiempo jugando...). Sólo cuando el azar hizo que nos encontráramos tomamos un café y platicamos, mejor dicho, lo escuché, lo escuché despotricar contra su pasado remoto, el que compartió con mi madre. Todo era infantil: encontraba a su actual esposa llena de virtudes, y exageraba: es maravillosa, ha descubierto las camisas wash and wear y ahora no pierde tiempo planchando. Luego, sin necesidad —yo no era el público más indicado—, mostraba su altanería, su agresividad, el mundo entero pasaba a ser un apéndice de su personalidad. Su egoísmo y su vanidad eran elementos que desconocían límites. Todo lo decía en función suya. Todos eran

groseros e ignorantes, insensibles, pobres diablos, mediocres y yo entraba en tales categorías, sin importar mis pocos años. Ciertamente: mi padre fue inteligente, culto y talentoso, pero el medio, la sociedad mexicana, el sistema, lo amargó al escamotearle los triunfos que merecía. Tal vez el mayor problema que enfrentó se llamaba honestidad; su incapacidad para la mentira y el robo le prohibieron hacer la carrera burocrática que él anhelaba. Por tal razón, porque además no tuvo grupo, fue un solitario, había sido marginado de los empleos que le correspondían y nunca pasó de ser un modesto maestro, con ciertas incursiones, siempre fallidas, por la mediana burocracia; su temperamento, su indocilidad, obligaban a chocar con quienes aguardaban caravanas y palabras serviles. Solía decir con jactancia: Yo nunca he sido subordinado de nadie y sí insubordinado de todos. Sus libros nunca encontraron editor. Siempre salieron de sus bolsillos. Su ambición lo obligaba a hurgar en el ensayo, en la historia, en la pedagogía, en la literatura. De veinte o más libros sólo se salvaba (a mi juicio) una novela notable, una novela conmovedora, de gran riqueza y corte urbano, publicada cuando la mayoría de los mexicanos escribían lindezas sobre el campo, con sus inditos buenos y explotados. En esa novela mi padre contaba su vida amorosa con mi madre y la muerte de su primera hija, Leonora; era demoledora, amarga y terrible visión de un hombre que pierde el objeto de su veneración, a la niña que esperaba ver convertida en grandiosa bailarina de ballet o en excelente doctora. Fue el libro que apuntaló el odio de mi madre, en donde ella aparecía como una malvada, la madrastra de Blanca Nieves.

Silvana y yo salimos. Ya ninguno de los dos quiso beber. Odette comprendió y nos dijo que tuviéramos cuidado, procuraré que nadie note su ausencia. Sergio iba con nosotros, llegó acompañándonos hasta la puerta del jardín y, tal vez tratando de tranquilizarme cuando era algo innecesario, me dijo, ni modo, te quedaste huérfano, pero era un viejo pendejo. Sus palabras me irritaron. En cierta medida estoy de acuerdo contigo, repuse. Sólo que hay una diferencia entre tu padre y el mío y el de la mayoría de los que están aquí: no era un corrupto ni un inmoral, dedicó su vida a la educación y a escribir; mientras que el tuyo, digamos, vendía carne y era dueño de un cabaret, un vulgar comerciante, algo que indigna a cualquier espíritu medianamente refinado, porque eso de que todos los trabajos son dignos es una falacia de quienes encuentran decoroso barrer calles o vender botellas de ron adulterado.

No te molestes, hombre, no quise decir algo que te ofendiera.

Pues me molestó, con permiso.

Y Silvana y yo nos marchamos. En el trayecto fui recordando a mi padre, obsesivamente: un hombre destructor, había que escucharlo hablar de sus semejantes: nadie quedaba a salvo. Únicamente tenía palabras de aliento y estímulo para sus hijos o gratitud para sus personajes favoritos de la historia. Creía que sus otros hijos estaban destinados a grandes tareas y en ellos se refugiaba buscando salida a su ausencia de éxito. Sin embargo, pese a saberse viejo y olvidado, arrumbado en un escaño que no merecía, tenía los ánimos suficientes para enfrentarse retadoramente al

mundo y calcular: Cuando muera habrá problemas: tendrán que estudiar al historiador, al novelista, al educador, al ensayista. Y seguía con su tema favorito: él y nada más él. [Al día siguiente, al buscar en los periódicos su necrológica, el momento en que la historia comenzaría su labor de rescate, según vaticinios de mi padre, no había nada; ningún diario daba la noticia de su muerte. Poco después uno de ellos publicó unas cuantas líneas sobre su trayectoria magisterial.]

Pero ¿cómo fueron sus momentos finales? ¿Había preguntado por mí, había pedido que me llamaran para verme por última vez, y a mí, al mayor de todos sus hijos, hacerme heredero de sus glorias intelectuales, como ocurre en las noveluchas? ¿Su familia se opuso a que yo fuera avisado primero de su enfermedad y luego de su fallecimiento? Para qué hacer conjeturas tontas. Ni él pidió que me llamaran ni su familia se acordó de mi existencia. Ellos tenían su propia vida y sus propios conflictos y yo quedaba fuera. Conociendo a mi padre, sabiendo sus anécdotas, desde luego era fácil suponer que moriría en discreto silencio, sin aspavientos, sin llamar al sacerdote ni notificar a otros familiares.

Recordé que me contó la forma en que ocurrió la muerte de su madre: en la miseria total, sin médicos, únicamente con la presencia suya y la del hermano menor que luego también fallecería en condiciones trágicas, ambos tratando de calentar el cuerpo con ladrillos entibiados por el fuego, intentando reanimarla. Dos adolescentes que ignoraban que la mujer ya tenía varios minutos de muerta. Más adelante reunieron dinero para el entierro y con discreción los dos hermanos fueron al cementerio, solos. Cuando me contó esa historia, Silvana, fue un tanto dramático: sentí que mi papá se humanizaba, los ojos se le humedecieron. Estaba a punto de llorar y entonces pasó a otro tema.

Cuando llegamos a casa, Silvana insistió en preparar té. Yo fui a la biblioteca y busqué un libro. Algo que recordaba, que podía ajustarse a mi estado de ánimo, la obra de un poeta amigo mío, Antonio Castañeda, que pasó un trance igual al que yo tenía. Al poco tiempo hallé la obra, busqué la página adecuada y se la di a Silvana para que leyera algo que hice mío, algo que yo debía haber escrito:

En la muerte de mi padre

Hoy recibí
la noticia
de su muerte
y lo confieso:
no padecí
el dolor inmenso
que dicen
se sufre
en estos casos.

Sólo experimenté
una gran tristeza
por tanto
desamor acumulado.

A esa reunión llevé a Javier Guerrero. Llegando nos recibió Odette y yo pronuncié el nombre de mi amigo. El resultado fue magnífico. Odette dijo de inmediato: Ah, hijo del pintor. Y antes de que mi atribulado amigo confesara que se trataba de un homónimo, ya estaba escuchando historias de Xavier Guerrero, el que escribía su nombre con equis.

Fue amigo de Odette. No recordaba quién se lo presentó, tal vez fue Orozco, ¿o Rosendo Gómez Lorenzo, entonces director de *El Machete*, órgano del PCM? Todavía estaba con Tina Modotti. Después se fue a Moscú; a su regreso volví a verlo en casa de Diego Rivera. Era un hombre fascinante; comprendo el amor de Tina por él, amor que sólo pudo dejar por el de alguien como Julio Antonio Mella. Pero aguarde, no, venga conmigo, tú también, Enrique. Y nos jaló a la biblioteca. Yo esperaba que descubriera alguna obra pictórica. En lugar de eso tomó un volumen. Son las memorias de John Dos Passos, *The Best Times*.

Buscó en sus páginas. Estaba realmente encantada de tener en su casa al hijo de Xavier Guerrero, un hombre de su juventud. Y mientras seguía hurgando en el libro no cesaba de hablar de sus recuerdos. En una época nos reuníamos en casa de Frida Kahlo, discutíamos mucho, qué digo, los oía discutir, en el centro estaba siempre presidiendo Diego, a su alrededor más pintores, escritores comunistas/ Pero aquí está: y nos leyó algunos párrafos que traducía con fluidez y sin interrupciones. Se trataba de unos recuerdos groseros de Dos Passos, escritos en su etapa anticomunista. Reconocía en el pintor mexicano un «verdadero talento», sólo que se fastidiaba —y fastidiaba a los lectores— explicando que Guerrero se dedicaba al Partido Comunista en detrimento de su arte. Juntos caminaron por la difícil geografía de México. Dos Passos, pese a las diferencias ideológicas, mostraba afecto y admiración por el pintor.

Odette concluyó. En realidad no era un capítulo muy largo. Miró triunfalmente a mi compañero y aquel no supo qué hacer, limitándose o decirle (con un gesto de sorpresa) que se trataba de una confusión. Pero el caso es que Javier tiene (o tenía) una forma tan peculiar de hablar y gesticular que Odette no lo tomó en cuenta, pensó que se trataba de una broma. Y nos regresó a la gran sala donde estaban impacientes los cortesanos.

La reina no dejó un minuto a Javier; de inmediato lo hizo caballero y le pidió que no fuera a dejar de visitarla, aunque Enrique no le diga, usted ya sabe el camino. Recordar es hermoso. La próxima vez, prométamelo, me contará de su padre.

Para quitarse de encima aquella situación que comenzaba a ser molesta, Javier hizo bromas. Odette estaba feliz de reencontrar lo que ella suponía parte de su pasado.

Fuimos emborrachándonos.

Javier, que en toda la noche no había tomado en cuenta al resto de los invitados, le dijo a Odette que encontraba alguna similitud entre ella y Jay Gatsby, personaje monumental de Fitzgerald (ya que tocamos autores de la generación perdida). Pero hay una diferencia: Gatsby trataba con sus fiestas de reconquistar a Daisy, usted (por

cierto ahora noto que nunca se tutearon) evidentemente no las hace por la misma razón. No me parece que enfrente viva la versión masculina de Daisy, dijo Javier asomándose por una de las amplias ventanas que daban a la calle, haciendo de lado las espesas cortinas que impedían el paso de la luz exterior. Ahí seguramente viven puros burgueses tontos, de mal gusto y sin imaginación. Vecinos a los que nunca invita ni espera que la visiten.

Finalizó Javier: Qué pretende entonces Odette convirtiendo su mansión en una diaria tertulia.

Y miró a los demás con cierto desdén.

Odette, en lugar de molestarse como al principio pensé, estaba fascinada, veía a Javier, lo escuchaba. Daba la impresión de que mi amigo podría insultarla, golpearla y la otra lo permitiría rebajándose. Se limitó a señalar las palabras de Javier como una observación interesante. Y antes de que mi amigo continuara nos invitó a pasar al comedor: La cena está lista. Enrique y su compañero, el hijo del artista Xavier Guerrero, se sentarán a mi lado.

Y así fue.

Durante la cena Javier y Odette conversaron de arte fantástico. Era algo extraño: porque Odette se había formado entre pintores realistas, figurativos, y Javier era marxista, militante del Partido Comunista (Como su padre, añadía encantada nuestra anfitriona ante el escándalo de la mayor parte de los invitados) y en apariencia ligado a las deformaciones del socialismo soviético.

En aquel momento me percaté de que Odette en el fondo amaba más un tipo de arte menos convencional, más dentro del reino de la creación pura. Confesaba haber leído a Poe, a Lovecraft, a Borges, a Swift, a Carrol... Hablaba de Magritte, de Arcimboldo, de Tanguy, del Bosco, sobre todo del Bosco, acerca de él tenía explicaciones sui generis y *El jardín de las delicias* sobre su cabecera.

A la hora de los postres, Javier retornó al humor y pidió la manzana de la discordia. Odette le dijo: Oh, qué pena, se terminó, pero puedo ofrecerle *Las uvas de la ira*.

La conversación, las bromas, sonaban demasiado atroces para los oídos de los invitados de Odette, así que fuimos quedándonos solos. Poco a poco. El último en irse fue Sergio: la lista de nombres para él desconocida lo puso al borde del sueño. Silvana llegó casi al final de la cena: estaba silenciosa, parecía aburrida o al menos reflexiva y yo le achaqué su actitud a nuestra discusión del día, sólo que preferí guardar silencio al respecto, para no resucitar las dificultades.

Odette seguía feliz, de excelente humor. Hablaba de cuándo y bajo qué circunstancias conoció a determinado pintor o tal escritor. Recordaba, citaba frases textuales. Y seguía con agrado la insolencia de Javier que veía con desdén a media humanidad (pura pose: nunca conocí a nadie tan humilde y sencillo como aquel amigo). Odette justificaba: Naturalmente: lleva en las venas la sangre de un artista.

A estas alturas nadie tenía interés en aclarar que Javier Guerrero no era hijo de

Xavier Guerrero. Total, si eso hacía dichosa a Odette, perfecto.

De pronto intempestivamente, cuando nada más quedábamos Silvana, Javier y yo, Odette propuso: Hagamos un viaje, salgamos de aquí, tengamos una aventura digna de nuestro huésped de honor (y señaló a Javier con un ademán muy elegante).

Lo que suponía: Odette sentía deseos de corresponder a la felicidad que mi amigo le trajo; es decir, a la posibilidad que Javier le dio al permitirle un pretexto para regresar a su verdadero mundo, el que había desaparecido largos años atrás. Y es que Odette era una especie de sobreviviente. Una mujer que no vivía ya su época, que entonces creaba una nueva para no sentir nostalgia.

He observado, dijo Odette con voz segura y dirigiéndose siempre a Javier, que le gusta el arte fantástico. ¿Qué le parece visitar *El jardín de las delicias*?

Javier, que todavía veía a Odette como a una mujer común, sonrió afirmativamente, no sin benevolencia. Pero qué cerca estaba de conocer los poderes de Odette, su capacidad para convertir lo real en fantasía; darse cuenta que pese a que sus cortesanos eran personas de poca imaginación, sin mucha cultura y talento, con la sola cualidad de ser jóvenes, ella podía probar que era algo más que una mujer rica en busca de diversiones. Era una reina nocturna salida de *El sueño de una noche de verano*.

Javier se resistió todavía: Por favor, es una obra muy antigua.

Ah, mejor, repuso Odette con aire triunfal.

Y de una habitación trajo un extraño artefacto dueño de un mecanismo complejo y con una sección para sentarse. Se notaba hecho de un material ligero.

Vengan, aquí cabemos todos aunque un tanto apretados.

Al ver que nuestro desconcierto aumentaba continuó:

Bobos, es una máquina del tiempo. Claro (modesta), no es la de Wells, pero igual nos servirá para regresar a la época en que el Bosco pintaba. Vamos a 1500.

Sin decir más apretó botones y el aparato hizo ruido y lanzó humo y pronto perdimos de vista la enorme sala donde estábamos.

El semblante de Javier ya no mostraba escepticismo. Silvana y yo nos apretábamos las manos, dando por olvidada la horrible pelea de aquella mañana. Muy pronto estuvimos en El Escorial, cerca de la hierática figura de Felipe II, quien se pasea ante obras que para él significan arrepentimiento, es obvio, su cara lo refleja, es un hombre angustiado, vive fanatizado por su religión y obsesionado por sus pecados y la grandeza de España que parece diluirse en el momento en que la Armada Invencible queda destruida.

El taciturno y frío monarca, que sólo teme a Dios y sirve al catolicismo utilizando a la siniestra Santa Inquisición, se detiene ante *El jardín de las delicias*, lo observa tal vez sin comprenderlo cabalmente porque aún ahora es una obra compleja: una inmensa alegoría repleta de alegorías, sin una explicación satisfactoria, llena de simbolismos. Javier intenta decir algo, el asombro se lo impide aunque una observación de Odette lo invita a continuar: No puede escucharnos ni vernos, para él

somos invisibles, como esas deidades en las que creyó y por las cuales sembró la ruina del gran Imperio Español.

Felipe sigue fascinado. Mira cada uno de los paneles. Luego se retira con paso lento, de hombre cansado por el paso de los años y de hechos históricos de suma trascendencia. Hay en el rey aires de fracasos: la Reforma prosigue y ninguna cruzada puede cerrarle el paso. Yo pienso que estamos en la misma época de Erasmo de Rotterdam y *El elogio a la locura*, que el pintor Brueghel comprende sus intenciones y que Brandt encuentra fácilmente en aquel mundo que se agita con los aires del Renacimiento locos para llenar su nave.

Cuando nos quedamos solos, Odette nos hace descender del prodigioso artefacto y nos mete de lleno en la obra del Bosco. Resulta una especial guía de turistas y cada escena de la creación del mundo tiene una explicación. No en balde es un tríptico que ha observado por años, que ha visitado en el museo de El Prado. Aquí se prefigura el pecado, pero el pecado es la vida, descendemos de uno, del original. Y vamos pasando entre animales fantásticos, figuras fabulosas, colores vivos y cambiantes.

En el panel central, Odette hace una declaración: Cuando muera me gustaría vivir aquí, en esta parte de la obra. Junto a la representación de los cuatro rincones del mundo, viendo fluir los cuatro ríos que brotaron del Paraíso, al que yo denomino fuente de la vida. Observen: es como uno debería estar: las relaciones sexuales son algo natural, no hay lujuria, las parejas están desnudas (fue el momento en que nos percatamos de que íbamos vestidos en un mundo donde la desnudez impera), miren los deseos y los deleites: y pasamos junto a la flor fantástica, nos subimos en una esfera-transporte para desplazarnos con mayor facilidad y así pudimos contemplar tiernas escenas de amor, de gentileza y pasión; frutas como símbolos sexuales, ostras que ocultan relaciones eróticas y la poesía parece estar en los trazos. No creo — siguió Odette — que la naturaleza y el sexo representen el mal. Es una interpretación simplista o al menos ajena a mi forma de pensar, de contemplar el mundo y el arte. Al contrario. Y de las aguas de la vida pasamos a las del Infierno. A esto tampoco le veo nada aterrador ni demoniaco. En momentos parecen los resultados de un bombardeo nocturno, como aquellos que vimos en la Segunda Guerra Mundial, es algo premonitorio, una avanzada de la humanidad devorándose a sí misma. En otros hay una danza imaginativa, un concierto extraño con base en todos los instrumentos que vemos. Total: bastante mal la pasa uno en la vida como para todavía encontrarse con tremendos castigos en el más allá. Miren: la pereza, la envidia, la gula, características tan humanas que dejan de ser pecados. Las almas en pena que están aterrorizadas son las más imbéciles, no tienen razón de temer. Pavor dan la vejez, la estupidez y la fealdad, no los sitios en donde uno adquiere la inmortalidad. En este tercer panel Odette parecía encontrar más elementos para sus observaciones. Era obvio que no describía el tríptico con ojos de católico atemorizado que cree firmemente en la ira divina, como Felipe II, sino con los de una persona que en el arte encontró una forma de evadirse de la realidad circundante, aunque al final ese arte condujera sin remedio

a ella. Su vida, pensaba yo mientras recorríamos la obra maestra, era justo como esos paneles: había disfrutado los dos primeros y ahora se encontraba en el tercero y ante las pocas posibilidades que éste le ofrecía. Por eso, cuando falleciera, le gustaría habitar el panel de en medio y no los laterales.

Luego Odette pareció divagar, influida por el sitio que recorríamos: Infierno — dijo con seguridad— se escribe sin mayúscula. Si pensáramos que el infierno es un lugar determinado, un nombre propio, ubicado donde sólo Dios, Satanás y el artista supieran, la única institución encargada de castigar el mal con el mal, de acuerdo, se escribiría con mayúscula. Pero el caso es que el infierno, igual que el Señor, está en todas partes, igual que el mismo Demonio, es la oficina, el cónyuge, el hogar, la familia, el país, el planeta... De ahí que siendo un vocablo común no amerite el uso de la mayúscula.

Sin ninguna transición, sin avisos, salimos del tríptico del Bosco, El Escorial desapareció lentamente en tanto que la máquina volvía a echar humo y a hacer ruidos. Cuando reaccionamos estábamos en la habitación de Odette, frente a su obra preferida. Javier no podía, no lograba salir de su sorpresa. Menos desconcertados nos encontrábamos Silvana y yo: de sobra conocíamos las fantasías que realizaba Odette, su magia. Ahora Javier sabía que si Odette se lo proponía podría meterlo en el centro de una orquesta dirigida por el mismísimo Beethoven o llevarlo al momento en que Cervantes meditaba sobre un personaje llamado Alonso Quijano el Bueno y ampliamente conocido como Don Quijote de la Mancha o hacerle desfilar ante sus ojos escenas de *La Odisea*.

Es cierto, en apariencia Odette podía hacer milagros. Pero ni todos sus poderes mágicos juntos ni su máquina del tiempo ni sus casas que crecían con el agua pudieron salvarla de la muerte, de la misma manera que jamás logró detener el tiempo que hacía estragos en su rostro y su cuerpo, poco a poco, gradualmente, con la ayuda del alcohol.

—¡Pero dime! ¡Dime qué tienes! —gimió ella.
—No me veo a mí... —murmuró él. Eglé no oyó bien.
—¿Qué?...
—No me veo a tu lado; veo al otro... Ella lo estrechó con hondo amor y compasión.

Historia de un amor turbio
HORACIO QUIROGA

El teléfono los despertó. Enrique tomó la bocina. Era Beatriz, cuánto tiempo sin saber de ti, cómo está Silvana, y todos esos protocolos que aparecen en un momento en que no hay nada que decir. Aunque en realidad eran el preámbulo a un ofrecimiento. Te hablé para lo siguiente; decidí adoptar un niño, entonces hice solicitudes en varios lugares, del primero ya me trajeron una bebita hermosa, casi recién nacida, que pienso convertir en una verdadera revolucionaria, que desde pequeña ataque a las estructuras actuales, a diferencia mía, pero resulta que olvidé cancelar las otras dos solicitudes y ahora tengo dos niñas más...

Y para eso nos despertó, pensó Enrique mirando a Silvana ponerse de pie. Trató de ser irónico: Bueno, pues ya puedes formar una célula clandestina y lanzarla contra el sistema y los organismos de izquierda que tú consideras seudorrevolucionarios y reformistas. No, Enrique, hablo en serio: tengo un problema: ¿ahora qué hago con tres niñas? Lo ignoro. Es que yo... supuse... como ustedes no han *podido* tener hijos... Oye, aguarda un momento, no es que no hayamos podido, es que *no hemos querido*. Lo nuestro es una relación amorosa, no una fábrica de niños. Pero, si ustedes quieren, el hijo de Silvana podría tener una compañera, una hermanita. No, gracias, olvídalo. Yo no tengo tiempo para cuidar bebés, prefiero gastarlo en mi formación y en mi vida. Muy irritado colgué.

Silvana sonreía adivinando la conversación completa. Cuando se la conté dijo que Beatriz no cambiaría, que al final se aburriría de la pobre niña o que sería como una conocida suya, adoptó un bebé creyéndose imposibilitada para tener familia y poco después se embarazó y tuvo gemelos, entonces regresó al niño que ya andaba por los cuatro o cinco años. Absurdo. ¿No crees?

Pero con esa llamada idiota llegó mi inseparable Otelo y comencé a pensar — ¡maldita sea: otra vez!— en el padre del hijo de Silvana. Lo veía con ella, acariciándola, besándola. Opté por salirme de la casa, iba a la biblioteca de la

UNAM, a buscar material para mi tesis de licenciatura. Me fui aparentando tranquilidad, después de desearle buen día a Silvana (mi enemiga momentánea, el objeto de mi odio) que tenía un par de compromisos relacionados con sus actividades. En el trayecto a la biblioteca no dejé de pensar en Silvana y en el *otro*. ¿Dónde estaría, quién será, y si de pronto aparece y quiere ver a su hijo y a la madre de su hijo? No lo soportaría; si llegara a ocurrir que Silvana se largue al demonio.

En la tarde me encontré con Silvana. A esas alturas ya me había dado la suficiente cuerda como para de inmediato agredirla. ¿Qué hiciste? A juzgar por tu cara de felicidad vienes de hacer tu número de abnegada madrecita. ¿Viste a tu hijo? Sabes bien que no.

Opté por el silencio que era una forma más terrible de agredirla. No volví a hablar el resto de la tarde. En la noche tuve un sueño, una pesadilla más bien. Por lo regular he soñado cosas sin importancia, al grado de olvidarlas al despertar o de tener apenas recuerdos imprecisos, borrosos. He solido decir que el ser humano que cuando duerme no sueña, no tiene pesadillas, prácticamente muere por horas. Así que no me sorprendía soñar sino el tema de esos sueños: Silvana y el hombre misterioso, que si despierto no lograba precisar, a la hora de dormir lo imaginaba perfectamente, claro, con el rostro y las características que a mí me convenían. Estábamos un grupo de amigos en una especie de círculo de estudios. El principal exponente era el odiado compañero de Silvana, quien sabía todo respecto a mí, incluida la relación matrimonial. Hablaba con relativa brillantez. Yo —era mi sueño— lograba las mejores posiciones, refutaba sus tesis y la tensión crecía entre ambos sin que nadie intentara evitarla. Mis ropas eran deportivas, de una elegancia que siempre me ha sido ajena, mientras que mi rival tenía un traje gris mal cortado, sus pelos eran grasosos y su cara regordeta, desagradable (me preguntaba si por esa razón Silvana me consideraba un hombre hermoso), en una mano soportaba un pesado portafolios, sus ojos carecían de brillo, sin embargo había algo de retador en su actitud. Comprendí que era necesario luchar por ella, que el hombre no se iría sin demostrar que también la amaba. La discusión se hizo áspera, comenzaron los calificativos gruesos y pronto no quedaba nada de la polémica de tono académico, se trataba de golpearlos con toda la fuerza que el odio permite y la lucha comenzó, cruel, despiadada, yo me movía con agilidad, al fin que tenía menos años, metía los puños con sorprendente habilidad, parecía un boxeador profesional, mis golpes entraban en su rostro y en el abultado vientre con facilidad. El hombre, pese a ser más corpulento, estaba en actitud defensiva. Yo me apoyaba con firmeza en mis pies para que los puñetazos fueran más dolorosos, hicieran más daño. Lo veía sangrar, su rostro de cerdo sangraba, yo lo seguía golpeando sin piedad porque él tampoco la solicitaba. Jamás sospeché tal masacre. Al fin las personas que nos rodeaban intervinieron. Lo dejé y cambié los puños por los insultos. Todo aquel sueño era prodigiosamente real. Desperté agitado, sintiendo las manos adoloridas, la respiración irregular, convulsa. Me bañé con agua fría para evitar el sudor que me escurría por el cuello y guardé

silencio: Silvana no debería saber de aquel apabullante triunfo sobre mi rival.

Durante el desayuno ella me dijo:

Dormiste inquieto.

Ah, no me di cuenta, debo haber soñado.

Qué fue.

Nada importante, pues ya lo he olvidado.

Aprovechando el momento volví al ataque:

Silvana: por qué seguir juntos. Yo seguiré atormentándome por los celos, no puedo evitarlos, debía haber pensado más antes de casarnos. Francamente creo que ni tú ni yo estamos para el matrimonio.

Silvana no contestó, se tragó sus lágrimas y me miró entristecida. Dejé el desayuno a medias y salí. Anduve por ahí, viendo libros y discos; como a las dos de la tarde me metí en una cantina en Coyoacán. Bebí hasta las siete, hora en que decidí ir a la casona de Odette. Fui a pie. Por suerte sus invitados ya también estaban borrachos. La anfitriona me saludó tratando de escrutar mi rostro, el porqué de mi preocupación, de mi pesar. Nada le dije, me sumergí de lleno en la juerga y por un rato Odette y yo acaparamos la atención de la concurrencia rehaciendo las aventuras de algunos de *nuestros* héroes (de ese modo quería olvidar a Silvana y perder tiempo, no llegar a casa sino hasta que estuviese dormida).

Yo:

En las profundidades de la selva, donde sólo se enseñorean los animales salvajes, donde ni siquiera los temibles wazaris pueden verlo, Tarzán acaricia amorosamente a Chita y responde a sus chillidos: Ya, ya, querubina, calla y cumple con tu deber.

Odette:

Daniel Bonne estaba perdido, lo sabía; le quedaban dos balas. Tres indios irrumpieron con violencia en la cabaña donde el aventurero se había parapetado. Tras una rápida evaluación, Daniel disparó: bang, bang: dos cuerpos rodaron pesadamente: al fin estaba a solas con el último de los mohicanos, el más guapo.

Yo:

Una vez más la justicia había triunfado. El Llanero Solitario y Toro llevaban sus cabalgaduras al paso por la pradera. Llegaron a un pequeño arroyo. Desmontaron y ataron las bestias a un árbol frondoso. Al pie del mismo, el Llanero se despojó del antifaz, del sombrero y del resto de la ropa. Luego besó apasionadamente a Toro.

Odette:

El malvado Luthor observaba la reacción de Supermán: cae atontado al suelo, comienza a sudar, se agita, crisper sus manos alrededor del miembro y tras una batalla que dura pocos segundos (aaaaahhhh) una beatífica sonrisa modifica su tenso rostro. Por primera vez la kriptonita que Luthor le arrojara con el fin de exterminarlo lo había excitado.

Yo:

Sucedió en Ciudad Gótica. Batman y Robin entraron en la baticueva. Descendieron del batimóvil y clausuraron la entrada con el batiportón. Entonces Batman sacó su batipistola y le proporcionó al joven maravilla una batisesión amorosa de antología.

Odette:

John Wayne cruza la calle at high noon. Se desplaza con insolencia propia de quien ha matado cientos de indios y de comunistas. Abre y cierra sus manos con vigor, justo a la altura de la funda. Toma impulso y de un patadón irrumpe violentamente en el saloon. Mira a todos. Saca el arma y orina con profusión sobre la barra salpicando a uno que otro parroquiano que no atina a

quitarse a tiempo.

Todos celebraron las ocurrencias y yo mismo lo hice, sorprendido de mis bromas: normalmente he tenido tendencia a la solemnidad. Odette rió sin dejar de mirarme. Cuando nos quedamos solos me preguntó: ¿Es Silvana, verdad? Sí, contesté. No lo entiendo. No puedo comprender la razón de mis celos. Sé que estoy haciéndole la vida insoportable, que yo mismo estoy en un infierno. Y el silencio de Silvana complica las cosas... (rectificando), aunque ignoro cuál sería mi actitud si supiera el pasado, quizá reaccionaría peor.

Odette me escuchaba. Atentamente. Es obvio que no tenía ningún consejo que proporcionarme. Podía hablarme de la inutilidad de odiar una silueta, una mera imagen, decirme que aquello era parte de otros tiempos, pero era sensible e inteligente y se percataba de que los lugares comunes no me dejarían satisfecho, como tampoco hubiera logrado algo en caso de que intentara ponerse a jugar al siquiatra conmigo. Sabía que lo mejor era dejarme hablar y hablar y eso hizo, durante casi una hora; sin parar de beber, le conté mis pesadillas, mi terrible enfermedad, mi odio por alguien a quien no conocía, la forma en que atormentaba a Silvana, mi desdén por su hijo, mis diarios ataques e ironías a su forma de vida, a lo que sabía de su pasado y a lo que imaginaba del mismo.

Cuando acabé, más por fatiga que por otra razón, Odette dijo, ven, bailemos, hasta entonces me di cuenta que había música, un disco de Sinatra, en ese momento cantaba *Let Me Try Again*.

Odette acercó su cuerpo aún ondulante y lo presionó contra el mío. Recordé aquella lejana ocasión en que Silvana y yo hicimos el amor antes de casarnos. Estábamos solos, como ahora, ella me atrajo y me besó para luego arrastrarme a su recámara; la dejó sin luz y se desvistió mientras yo hacía lo mismo. Sus muslos eran todavía firmes y sus años de experiencia la convertían en una compañera ideal. Sólo que esta vez no fuimos a su habitación. Caímos en la espesa alfombra y ahí estuvimos largo rato. Después de concluir quedé dormido. Como a las siete de la mañana desperté sin Odette. En la cocina había ruido. La servidumbre comenzaba a trabajar. Me vestí apresuradamente y salí de la casa. Necesitaba llegar a la mía. En el trayecto noté que en uno de mis bolsillos había un papel, lo saqué y leí: era una nota de Odette: Es fantástico hacer el amor contigo, siempre te he querido y admirado. Pero ahora debo decirte algo: ya eres tan culpable como Silvana, la has engañado; espero que te sientas mejor, que esta noche haya servido para dejar un poco de odio. Y su firma, los mismos rasgos nerviosos que aparecían en las esquinas de sus collages.

Al llegar a mi casa, Silvana me esperaba con preocupación. Qué te pasó. Nada, tomé unas copas y no pude regresar, me quedé a dormir en un sofá de Odette. Ah, fue todo lo que Silvana dijo. Yo me metí en seguida al baño, me sentía culpable, tal como lo vaticinara la reina nocturna. Cuando salí, Silvana, contra su costumbre, me había preparado el desayuno. Se lo agradecí con una broma: Por fin he dominado a una

feminista recalcitrante. Sentía por ella una infinita ternura. En efecto, hacer el amor con Odette fue saludable, catártico, dejé en ese acto sexual parte de mis aberraciones. Pero, ¿por cuánto tiempo?

Aunque Odette y Silvana se sentían sumamente identificadas eran muy distintas, no sólo por la edad y la nacionalidad, sino por la formación de una y otra. Odette, a estas alturas, solía ver viejas películas. En una habitación acondicionada para sala de proyecciones hacía que nos llevaran comida y botellas. Ahí se entregaba a una discreta nostalgia, evidente para quienes la conocíamos un poco más. A esas sesiones Silvana iba poco.

Odette envidiaba a los artistas que no pueden envejecer, que permanecen inalterables, que resisten el paso del tiempo conservando la misma edad. Que yo sepa su filmoteca se componía de películas norteamericanas y europeas. Poco o nada nacional. Lo curioso era percatarse de que, por ejemplo, Chaplin estaba en sus obras mudas o que Humprey Bogart y Errol Flynn únicamente aparecían en su época de esplendor, cuando eran jóvenes. Era el culto a la juventud. Odette también conservaba fotografías de actores y actrices de menos de treinta años. Y mientras las mostraba, nostálgica, bromeaba para que nadie se percatara de su profunda tristeza. Todo aquello era parte de sus mejores años.

Lo más sorprendente de todo era que la presencia de los sirvientes le irritaba: tenían un grave defecto: la conocieron de joven, habían visto su transformación, su decadencia. Había algo peor: la conocían sin maquillaje, sin afeites, tal como era, como ninguno de nosotros, ni siquiera Silvana o sus otras amigas la vieron. Sin embargo, no se hubiera atrevido jamás a despedir a su «vieja y fiel» servidumbre. Sabía de su discreción y nada le garantizaba que nuevos sirvientes comentaran la vejez de la señora.

Silvana, por su parte, era todas las mujeres. A veces era Isadora Duncan y danzaba sensualmente al compás de una música imaginaria —que al poco rato también yo era capaz de escuchar—, antes de sumergirse entre las sábanas donde la aguardaba deseoso. En otros momentos era Sara Bernhardt y actuaba y recitaba parlamentos de obras conocidas, lo hacía para su gran público: yo, que la premiaba con flores y aplausos. Asimismo, podía ser Rosa Luxemburgo y discutir temas políticos. O científicos, como madame Curie. Su versatilidad le permitía meterse dentro de una modesta campesina o ser una burguesa inaguantable. Pero lo mejor, lo más sorprendente, era su forma de hacer el amor. Solía usar medias negras con ligero, como en otros tiempos. Las pantimedias le parecían molestas. Daba la impresión —y así lo afirmaba— que acababa de descubrir el sexo. Con frecuencia salía de un orgasmo llorando, diciendo fue maravilloso. Pese a su sinceridad más de una ocasión la odié y me separaba brutalmente de ella. ¿Quién podía creer que Silvana nunca había hecho tal o cual cosa en la cama, pensaba yo, apretando los ojos de rabia al sentirla estremecer?

Pero sí, ahora que lo recuerdo Silvana y Odette tenían algo en común. O mejor dicho, la inmensa presencia de la segunda logró influir en la primera. Y más de una broma de mi esposa tenía la firma de nuestra amiga común, nuestra hada madrina o el ángel de la guarda, como le decíamos. Recuerdo un caso. Terminamos de hacer el

amor, lo habíamos hecho de pie, frente a un espejo, yo estaba sereno y la acariciaba con ternura, cuando me dijo: Haces el amor comme il fuck, ojalá fueses escritor, con la experiencia que tienes podrías escribir una novela erótica y ganar el Premio Púbitzer.

Fuera de cosas parecidas, cada una de ellas tenía su propia personalidad. Y ambas eran extraordinarias. A las dos las amaba y las admiraba, las dos se amaban y admiraban. Silvana a Odette por su talento y sensibilidad, por su capacidad para ser irreal y fantástica, como cuadros de Leonora Carrington o Remedios Varo. Odette a Silvana por su juventud y su gracia natural, por su inteligencia. Por ello no me explicaba cuáles fueron las razones que las empujaron al distanciamiento. Y por qué, según los datos que había obtenido de las diferentes versiones, Silvana no visitó a Odette mientras ésta agonizaba.

La aventura comenzó cuando una emocionada Odette le dijo a Javier Guerrero si recordaba el gran amor de Tina Modotti por su *padre*. Javier, para darle satisfacción a nuestra amiga y soberana, contestó afirmativamente sin explicar que su padre se llamaba Jorge y se dedicó sólo a su esposa que desde luego no era Tina.

Odette comenzó a reconstruir escenas, reuniones, conversaciones, de esa lejana época. ¡Estaba hablando de 1928-29! Por joven que fuera en ese tiempo tendría unos dieciséis o, a lo sumo, dieciocho, no menos. Bueno, el amor se terminó cuando tu padre se marchó a Moscú, lo recuerdo muy bien. Poco después Tina se enamoró de Julio Antonio Mella. Eran tiempos muy difíciles y Tina una de las mujeres más hermosas y sensibles que he conocido. Talento para el arte y vocación para la política.

Odette estaba radiante. La presencia de Javier siempre era benefactora. Ya no recuerdo de quién fue la idea, pero todos la aceptamos de inmediato. Se trataba de ir al cementerio de Dolores, buscar la tumba de Tina y depositar en ella, como prueba de cariño y respeto, un ramo de flores blancas. Nada anormal si hubiese sido de día la visita, el problema era que Odette sólo salía de noche. Así que los preparativos se complicaron. Al final logramos sobornar a un empleado del panteón y quedamos en que nos permitiría entrar a las diez de la noche. De ocho a esa hora nosotros iríamos a las calles de Abraham González, al número 31, en donde estuvieron juntos Tina y Mella, frente al sitio en que asesinaron al dirigente comunista. Abajo de la placa conmemorativa pondríamos flores rojas.

Así fue. Íbamos Odette, Silvana, Javier, Sergio y yo. En dos termos llevábamos whisky y agua mineral fría. Primero fuimos al lugar del crimen y acto seguido enfilamos a Dolores, el inmenso panteón donde por cierto están enterrados mis familiares. Javier y Sergio portaban lámparas y Silvana una cámara fotográfica con flash.

Todo resultó como lo calculamos. El empleado nos aguardaba, con mucha discreción, mirando a su alrededor; nos abrió las puertas y nos recomendó no hacer ruido ni tardar mucho. Había luna llena y cerca de la Rotonda de los Hombres Ilustres un gran árbol cortaba en dos su luz y le daba un curioso aspecto al sitio.

Odette vio con cuidado, apoyada por las lámparas, las tumbas de Rivera y Siqueiros, suspiró hondamente y continuó sin decir palabra. Poco más adelante, contemplando los restantes mausoleos de celebridades, exclamó: Tenemos que ir a Père-Lachaise, ahí sí que hay muertos célebres: Chopin, Beaumarchais, Daudet, Moliere, La Fontaine, Musset, Rossini, Balzac, Delacroix, David, Sara Bernhardt, Gautier, Wilde, Berlioz, Baudelaire, Saint-Säens, Maupassant y docenas más. Es la diferencia entre un cementerio del desarrollo y uno del subdesarrollo, donde sólo hay dos o tres glorias y el resto son basura y huesos sin importancia real.

La tumba de Mella, según los datos que nos proporcionó el sobornado, eran clase 5.a, lote 5, línea 28, sepulcro 26 o 3.a clase, fosa 27630... Total, nunca dimos con ella. En cambio, la de Tina (clase 5.a, fosa 289675) no fue difícil localizarla. Ahí

estaba, modesta, olvidada, sin flores y con la poética inscripción de Neruda en la borrosa lápida. Odette pidió una de las lámparas de mano y leyó:

TINA MODOTTI 1896-1942

Tina Modotti, hermana,
no duermes, no, no duermes:
Tal vez tu corazón
oye crecer la rosa
de ayer, la última rosa
de ayer, la nueva rosa.
Descansa dulcemente,
hermana.
Puro es tu dulce nombre,
pura es tu frágil vida.
De abeja, sombra, fuego,
nieve, silencio, espuma,
de acero, línea, polen
se construyó tu férrea,
tu delgada estructura...

PABLO NERUDA

Odette tenía los ojos húmedos por la emoción. En algunas partes la tumba mostraba un desgaste que hizo difícil la lectura del fragmento. Javier dijo que el poema estaba en *Tercera residencia*. Silvana puso las flores sobre el sepulcro y, una vez que me percaté de que Odette mejoraba, nos retratamos junto a Tina.

Estoy segura, dijo Odette, que *ella* se da cuenta de nuestra visita nocturna: ha estado sola largo tiempo; pero ya está lejos de las calumnias, de la infelicidad.

Luego bebimos y conversamos acerca de la vida apasionante de Tina Modotti, de su arte, de sus amores, de su lucha dentro del Socorro Rojo Internacional y en las Brigadas Internacionales, durante la Guerra Civil Española.

Silvana era la más curiosa, la más atenta: preguntaba una y otra vez, tremendamente agitada quizá porque nunca había sido Tina.

Odette habló del último amor de aquella mujer, Vittorio Vidali, el famoso comandante Carlos que peleó en España con el Quinto Regimiento; luego lo hizo del regreso de Tina a México, cuando aún utilizaba el nombre de María. Odette la vio unas cuantas veces más, pesaba sobre ella la tragedia española; eran los años del ascenso fascista: Italia, España, Francia, la URSS, Polonia, Checoslovaquia... Parecía fatigada, pero seguía siendo hermosa, fascinante. Ahora de otra manera, ya no como la pintara Diego en Chapingo y en Palacio Nacional, sino con un halo misterioso. Juan de la Cabada me explicaba que en esta última etapa de su vida, Tina

era la imagen misma de la tristeza, le dolían los errores de buena parte de la humanidad.

Mientras Odette hablaba de Tina (en realidad no fuimos amigas, yo la admiraba, me hubiera gustado vivir su vida) me pregunté si aquella mujer nocturna sería creyente. Me intrigaba su postura en este sentido. De regreso, hacia la puerta del cementerio, donde nos aguardaba el empleado sobornado, le hice saber mis dudas. Odette me miró, sus ojos brillaron, el verde fue más intenso y las cejas se arquearon levemente. No, me dijo, no soy creyente, aunque lo sería si eso me concediera un solo deseo, algo que quiero con vehemencia y que debes imaginar. Me conoces bien. Fui educada bajo un rígido catolicismo, mis padres fueron fundadores y asiduos de la iglesia de El Altillo, a ella me llevaban de pequeña. Luego, sin que mediara un pretexto, dejé de creer. Por último (sonriendo), escuchar las herejías del maravilloso sapo-rana de Diego fue un sólido apoyo para retirar de mí cualquier resabio que hubiese quedado por allí.

Odette hizo un silencio. Atrás iban Silvana, Sergio y Javier viendo tumbas y leyendo epitafios. En seguida retomó el asunto: Mira, Enrique, yo tuve como amante a un ser prodigioso, dueño de un magnífico don. Aquel hombre podía materializar sus sueños o sus deseos. Todo era cuestión de imaginar algo, lo que fuera, y de inmediato aparecía ante él, tan real como si la mano del hombre o de la naturaleza lo hubieran hecho. Podía pensar en un costoso automóvil y a los pocos segundos lo conducía velozmente. Asimismo, podía diseñar en su cerebro a una mujer bellísima y pronto estaba a su lado, dispuesta a someterse a sus caprichos. Me parece que yo fui el único humano auténtico que tuvo. El único problema de ese hombre, tan espléndidamente dotado, es que carecía de creatividad y de cultura; era un ser grosero, ignorante y rústico, elemental, que pasó su vida creando atractivas mujeres, coches desmesurados y alhajas. Nunca se le ocurrió que su don podría tener funciones sublimes, jamás pensó en destinarlo al arte o a brindar ayuda a sus semejantes tan oprimidos y enajenados; pudo, en este caso, pedir la muerte de los tiranos, la desaparición de las clases sociales, la ausencia de hambre y miseria..., en fin. La muerte lo sorprendió en medio de una incomparable juerga que recién había materializado —beldades de una noche, amigos de un instante, cuernos de la abundancia derrochando licores y manjares— y mientras agonizaba fue incapaz de imaginarse joven, sano o simplemente inmortal; como todo egoísta y creyente comenzó a rezar por la salvación de su alma, por un sitio en el Paraíso. Yo, en cambio, no volveré a rezar por la sencilla razón de que no creo en otros poderes que no sean los terrenales. Nada nos viene del Cielo, de Dios. Si ese hombre hubiese sido ateo hoy estaría vivo. Pero por favor (dirigiéndose a todos y en voz alta), venimos muy fúnebres, vayamos a buscar un sitio para divertirnos. Tengo la impresión de que nuestra admirada Tina, pese a sus padecimientos espirituales, tenía la alegría de vivir, no le gustaba la tristeza.

Cuando el tiempo lo permitía —y aun robándolo a mis estudios— leía literatura. Evidentemente no soy un experto, pero poseo un profundo respeto por ella. Me parece que es un arte que concede un poder de observación superior al de los demás. Quizá por lo mismo siempre sentí un desprecio profundo por la mayoría de mis compañeros quienes veían en la economía o en la sociología la «verdad». Y resultaban rudos en sus expresiones y en sus trabajos escritos. Los políticos y los pensadores que he admirado dedicaron horas a la literatura. Asimismo veo en el escritor una especie de conciencia social y la posibilidad de anticipar los problemas antes que el investigador, aunque no señalen soluciones.

El problema fue que con Silvana utilicé la literatura para agredirla, para hacerle notar sus defectos o para recordarle que era madre y había estado con muchos hombres. Es decir, de nuevo se manifestaban los celos y para seguir sus indicaciones y vengarme de ella utilizaba novelas y cuentos.

Recuerdo, por ejemplo, que le leía trozos de *El diablo en el cuerpo*. Me detenía en los momentos en que el narrador señalaba un hecho contundente: la maternidad estropearía a Marthe (como ya lo había hecho con Silvana) y me enfrascaba en largas disquisiciones sobre el tema propuesto por Radiguet, tratando de clavarle el estilete en las partes más sensibles, cosa que lograba al llegar a un clímax odioso: los senos flácidos después de amamantar a un niño, marcas en el vientre y así por el estilo a causa del embarazo y el parto.

También encontré materiales que justificaban mi odio por el pasado de Silvana en una novela de autor mexicano, *Tantadel*. En este libro hallé una enorme similitud entre el personaje central y yo mismo, o mejor, con ciertas actitudes mías cercanas a la locura y que por último conducen inexorablemente al deterioramiento del amor.

El caso es que me dedicaba a leerle a Silvana las partes más adecuadas a mis objetivos: en Unamuno, en Shakespeare, en Quiroga, en Flaubert, en Lawrence...

Ahora me doy cuenta del triste papel que le asigné a la literatura. Fue el motor que estimuló la creciente tristeza de Silvana. Verme leer, buscar en los libros, subrayar frases o párrafos donde los celos eran justificados o se criticaba a las mujeres por actos naturales que a mí me parecían —en ese momento y en relación con Silvana— monstruosos, hacía que mi esposa languideciera. ¡Cómo es posible amar de esa manera! En ese tiempo no leí por placer o para aumentar mis conocimientos, leí para agredir y ofender a Silvana. Ella escuchaba y soportaba con estoicismo. Era indudable que intentaba conservar el matrimonio, que esperaba el paso del tiempo para ver si mi actitud se modificaba. Pero mi tenacidad (?) fue mayor, de tal manera que pronto se percató de la inutilidad de sus esfuerzos optando por alejarse. Primero espiritualmente, luego físicamente. No obstante, al perderla supe que siempre la amaría, que siempre me amaría.

Pero también usé la mentira. Y la utilicé en dos sentidos: por una parte para *vengarme* de agravios imaginarios, por la otra para evitar que Silvana advirtiera la agudización de mis delirios.

¿Quieres que te cuente el sueño que tuve?, me dirigí a ella mientras desayunábamos.

Silvana levantando la mirada dijo sí quiero.

En realidad me disgustaban los sueños porque eran el vivo reflejo de la realidad: mis pesadillas repetían mis obsesiones como un espejo: allí estaban los celos, las dudas, los conflictos que me separaban de Silvana.

Pero ahora quería hacer a un lado todo ese cúmulo de aberraciones, a veces borrosas, a veces muy claras, siempre odiosas.

Pues bien, seguí con Silvana: resulta que yo acababa de conocerte, ambos éramos jóvenes, tú más, parecías adolescente cuyas preocupaciones estaban ligadas a la niñez... El mundo que nos rodeaba era color de rosa, cursi, como una película hollywoodense de amor. Me amabas a simple vista, como yo a ti; nos entregábamos a conversaciones sin pugnas, sólo para conocernos mejor; nos acostábamos: los dos por vez primera, descubriendo el placer en cada beso y en cada caricia. Nada había que estropear la relación. Ambos disfrutamos el abandono de la inexperiencia. Cabalmente. Ninguno tenía pasado, sólo presente y futuro.

Silvana sonrió. Dejó atrás la actitud defensiva. Sus ojos brillaban esperanzados. Yo seguí contándole el sueño paradisiaco, sin interrumpirme, sin decirle que se trataba de una invención, que la pesadilla consistía en ver a Silvana entregándose al padre de su hijo, mientras yo, impotente, no podía intervenir.

Javier estaba dedicado a molestar a esa sofisticada pareja que eran Chas y Gras. Comenzó por interrogarlos: ¿Por qué los llaman con tanta cursilería? Ambos venían de familias ricas, estudiaban Letras o Filosofía o algo parecido. Se casaron cuando cursaban el cuarto semestre de la carrera y ahora combinaban la Facultad con la casa de Odette. Si mal no recuerdo, Gras era el apócope de Graciela y Chas venía de Charles (como le pusieron sus padres en el colmo del extranjerismo). Jamás supe sus apellidos. Ni cómo llegaron a formar parte del grupo. Se limitaban a beber y ocasionalmente a intervenir en la conversación. Los dos sentían que la belleza se había acabado con ellos. Tal vez por esa razón Javier los molestaba: Todas las mañanas, al despertar, se elogian mutuamente y cada que llega un cumpleaños le ponen telegramas de felicitación a sus respectivos padres.

Chas y Gras parecían no resentir los efectos de aquellas bromas; seguían embelesados ante el espejo; creían ser poseedores de culturas sólidas que jamás mostraban por temor al plagio y procuraban oír música popular de otras épocas, aquí estaba, quizás, el único punto de contacto con Odette; ese tipo de música y desde luego el alcohol. En algún momento, Chas, con tragos de más, se creyó en la obligación de mostrarnos su genio. Odette hablaba del entusiasmo que el *Guernica* de Picasso le despertara. Chas intervino interrumpiendo las observaciones de nuestra eterna anfitriona: Yo creo que Picasso es un grave error en la historia del arte, sobre todo en sus últimas etapas. Ustedes imagínense lo que pensarán en el futuro, por ejemplo en el año dos mil quinientos: los hombres contemplarán su obra y pensarán que éramos unos monstruos, que teníamos los ojos mal puestos, las manos deformes y el cuerpo contrahecho. Mala reputación para el siglo xx.

Odette lo fulminó con la mirada. Chas pareció no darse cuenta engolosinado como estaba con su teoría. Noté un gran malestar en ella, tanto que prefirió ir a la cocina (lo que pocas veces hacía) a ver cómo iban los preparativos para la cena.

Después intervino Luis: volvió a narrarnos partes de su novela. Ahora fue un capítulo donde ocurría un diálogo de «gran humorismo», se trataba de satirizar al mundo de los nuevos ricos. El marido habla, la mujer responde: —La Bebita se casará con un noble italiano, como en las películas, y ya tengo al candidato, es el conde Bolognese. —¿Pero si es hemofílico! Me lo dijeron doña Cuca y doña Cucaracha. —Como casi todos los nobles, querida, lo cual es signo de distinción. ¿Cuándo has sabido de un campesino con esa enfermedad de reyes y príncipes? Lo más que logran los menesterosos es ser sifilíticos. La esposa titubea unos segundos y dice tienes razón, como siempre.

Después, en ese inmenso «collage donde lo kafkiano se daba cita con lo joyceano y se saltaba de una escena a otra sin concesiones, sin seguir una trama lineal», Luis prosiguió con otra parte (que tampoco jamás leímos): Después de presenciar el cambio de centinelas en Londres escribí este capítulo (aunque no estoy completamente seguro de llamarle así, *capítulo*, no encaja en mis concepciones literarias). Los militares hacen su habitual vigilancia en el palacio de su majestad

británica. La guardia concluye cuando llegan los soldados sustitutos. Describo la ceremonia a través de imágenes mezcla de colorido urbano mezcla de solemnidad inglesa. Y hago una relación larga y fatigosa de los turistas y sus cámaras fotográficas que funcionan sin cesar. Todo pasa de la siguiente manera: los que han dejado de trabajar muestran armas al oficial recién llegado, quien de inmediato da las órdenes pertinentes para que los agotados guardianes (pobres que han permanecido impertérritos durante horas, sin pestañear siquiera) sean fusilados. Ahora la vigilancia queda a cargo de los soldados-ejecutores mientras que los ujieres de palacio retiran los cadáveres y lavan las manchas de sangre. Al día siguiente, los soldados-ejecutores serán los que expongan sus pechos a las balas (aquí hay adjetivos violentos para dramatizar el asunto destacando que el uniforme y la sangre son de idéntico color). La historia se repetirá hasta el infinito, hasta que no queden guardianes y la tradicional Inglaterra tenga que recurrir al reclutamiento obligatorio. Y cuando en la población sólo restan niños, mujeres y ancianos (y los cementerios repletos de tumbas sean incapaces de recibir otro féretro), la reina y el primer ministro tienen que echar mano de los súbditos de la Commonwealth (Ceilán, India, Zambia, Trinidad, etcétera) quitándoles el lamentable rango de ciudadanos de tercer orden. Por último, el famoso Imperio Británico o la Pérfida Albión, como se quiera, desaparece como potencia. La conclusión de este capítulo es una moraleja humorística refinada: pobres ingleses, no deberían ser tan conservadores.

Silencio.

Javier lo aprovechó para decirme en voz baja: Linda jornada literario-alcohólica. Confío que Odette meta al orden a esta gente y mejor tratemos frivolidades y bebamos.

No conforme con lo anterior, Luis añadió: No se trata, desde luego, de sugerir soluciones malthusianas para combatir el exceso de población, sino de señalar cómo —en estos tiempos de grave crisis económica— la dignidad inglesa podría mantenerse incólume si con la misma determinación con que explotaba a sus colonias, se dedicara a revitalizar la industria del turismo.

Manuel, manoteando, dijo que la imaginación de Luis era prodigiosa.

Beatriz vio en la historia una prueba de antimperialismo.

Gras y Chas aprobaron la narración «con reservas», hasta no ver el capítulo escrito.

Lody Mary y Sergio estuvieron a punto de quedarse dormidos y al momento hacían comentarios triviales acerca del ingenio de Luis.

Odette debió haberse percatado de lo que estaba ocurriendo en su sala, pues tardó mucho en volver y cuando lo hizo y vio las caras de Silvana, de Javier y mía, sospechó de qué había tratado la conversación y de inmediato propuso cenar y algunos temas de plática. Yo me dirigí a la mesa confiando en que la famosa novela de Luis, de la que siempre que podía nos encajaba un trozo, no estaba escrita, únicamente existía en la imaginación de su autor, quien por flojera se limitaba a

contarla cuando estaba ebrio.

Después, mientras tomábamos coñac en la biblioteca y Odette trataba de explicarle algo a Sergio, Javier Guerrero me decía: Cómo es posible que estos tipos sean los mejores amigos de Odette. Son unos tarados y dueños de los defectos más insoportables. Yo contesté: La mayoría son hermosos y jóvenes, no tienen por qué ser además inteligentes y cultos. A su edad, Odette ya no cree que éstos sean los valores fundamentales.

Pero es que todo lo ha sacrificado por rodearse de efebos idiotas y doncellas bobas, prosiguió Javier su crítica.

Yo finalicé antes de incorporarnos al grupo:

Odette los conoce. Por eso Silvana, tú y yo tenemos un trato especial, un cariño legítimo, no fingido. En los otros sólo ve la juventud que ella perdió.

—Decime que soy el primero, el único con quien has venido al Grand Savoy, de Rinconada, quiero oírlo aunque sea mentira. Elisa, el único, quiero escucharlo.

La invitación
BEATRIZ GUIDO

Desde hacía tiempo la máquina (Silvana) ya poseía emociones y sentimientos propios pero no los podía externar. El dueño (Enrique) apretaba un botón y la máquina lo amaba; oprimía otro, el que indicaba llanto, y del maravilloso rostro de reflejos metálicos provenían largos sollozos que no se iban hasta después de utilizar el referente a su interrupción. También el indicador de alegría y felicidad era puesto a funcionar por la mano maestra; entonces, contra toda voluntad electrónica, comenzaban las bromas y las risas artificiales.

Su anterior propietario aceptó deshacerse de la máquina creyéndola descompuesta y por su falta de imaginación no fue capaz de darse cuenta de que ella no lo quería; anhelaba a un hombre mejor dotado física y espiritualmente. Por eso, cuando vio a quien hizo gestiones para adquirirla, creyó que en él hallaría la salvación de su tonta vida mecánica.

Pero la máquina-Silvana sentía que ahora sus problemas eran mayores que nunca, pues su actual compañero tan pronto apretaba el botón del sexo como la hacía llorar, cuando se acordaba —mente tortuosa producto de un pésimo sistema— que ella perteneció a otro hombre. Es decir, en buena medida sentía celos del pasado de la máquina y se vengaba de esa forma, siguiendo al pie de la letra sus deformaciones.

Un buen día, gris y triste, no soportando más su situación y tomando fuerzas y valor de sus bellos circuitos y transistores, le explicó al propietario su aflicción. Le dio, además, sus opiniones sobre la esterilidad de sus celos; dijo que el pasado era simplemente eso, que lo importante era estar juntos y terminó añadiendo que lo amaba sin necesidad de que éste manipulara sus controles en forma tan arbitraria. En seguida lloró. El hombre (Enrique) permaneció pensativo y se encerró en su biblioteca para tratar de poner en claro sus ideas y hallarle solución al problema aparecido. Estaba agitado, desconcertado, pensando en que la máquina había actuado por sí misma, por propia voluntad, manifestando una actitud mucho más razonable que la de él. Tuvo que reconocer que sus celos eran tan estúpidos como sus deseos de venganza (¿acaso no había tenido él otras máquinas-mujeres en su lecho?). Enrique

aceptó que también estaba enamorado de ella desde que la adquirió. Cuando ya iba a salir en su busca, la máquina entró y lo besó y estuvieron acariciándose largo rato, con gozosa ternura; finalmente hicieron el amor en la biblioteca, entre novelas de aventuras y poemas sentimentales, oyendo la música prohibida. En lo sucesivo ya no serían un objeto mecánico y un propietario enfermo, serían enamorados compañeros para siempre. Juntos podrían enfrentar todas las vicisitudes.

Enrique sonrió: era un plácido despertar después de un sueño semejante, luminoso. Estaba solo. Silvana había buscado refugio con una amiga. Para alejarse del sitio de sus amarguras, de las fatigantes discusiones.

Enrique se dirigió al teléfono; iba de buen humor, dispuesto a pedir perdón por sus agresiones. Marcó un número y preguntó por Silvana, la máquina maravillosa que al contacto con el amor se había humanizado.

Enrique buscó a Chas y Gras. Fue a su departamento en la colonia del Valle. Chas lo recibió con gusto. En seguida apareció Gras. Con unos años más su belleza se había acentuado: afinó sus rasgos y su color dorado parecía tener un brillo especial, como si lo hubiera bronceado el sol. Él tenía el pelo largo y barba y bigote que le daban un aspecto de hermosa respetabilidad. Ahora sentían ser la cultura misma, como si los conocimientos se hubieran centrado en ellos. Estaban escuchando discos de Al Jolson. El departamento poseía enormes cantidades de revistas y libros y las paredes tenían no pocos cuadros, obras realistas, y grandes espejos.

Me preguntaron cómo estaba, qué había hecho en Europa, si París seguía siendo la maravilla de costumbre, si los españoles efectivamente estaban desatados después de trescientos años de Inquisición y cuarenta de dictadura franquista. Hablamos generalidades salpicadas por las constantes interrupciones seudocultas de Chas que siempre contaban con la aprobación de su esposa.

Me ofrecieron una copa y yo acepté. Con ese matrimonio excéntrico y el whisky aparecieron mil recuerdos. Odette en el centro de ellos. Vestida de negro, como era su costumbre. Protegida por la penumbra. Conversando sobre su pasado, la gente que conoció, las situaciones que pasó, en su excepcional casona, con la sonrisa misteriosa claramente dibujada. Silvana y yo admirándola. Al cuarto trago no pude más y pregunté por ella.

Se entristecieron. Pese a las edades diferentes la habían querido. No estábamos en México cuando murió. Lo supimos por una carta de mi madre, dijo Chas encendiendo un cigarrillo y arrojando una enorme bocanada de humo. Fuimos a estudiar a Nueva York. Antes de partir Odette nos hizo una cena en su casa. De despedida, intervino Gras con cierta timidez. Estábamos nosotros y Sergio... Había más gente que no conocíamos... Por cierto... (titubeó Chas) que estuvo Silvana... Fue con su actual esposo.

No mostré ninguna reacción. En realidad no la tuve. Silvana misma me escribió diciéndome que se casaba, que por lo tanto era la última carta que me enviaba. Buscaría un «hogar», darle a su hijo un padre y, por qué no, tener otros hijos. Su novio conocía nuestras relaciones y no le preocupaban, la quería y ya. La suya era una relación sana, llena de amor, sin pugnas ni celos. Además, el niño estaba por entrar en la adolescencia y causaba problemas por la ausencia de equilibrio maternal. Tanto el aspirante a padre como el hijo de Silvana se aceptaban y se querían. Tengo la impresión de que esa carta terminó en la chimenea: sus intentos de convencerme vía la sicología me fastidieron.

En algún momento de la cena Odette te recordó, dijo Gras, te extrañaba. Eras un hueco que nadie podía llenar. Silvana palideció. Su marido es bastante convencional y estaba sorprendido con la residencia de Odette como para percatarse del temblor de su esposa. Era claro que no le importaba nada de lo que contenía, simplemente lo desconcertaba. El tipo es economista y pasaba el rato hablándonos del producto nacional bruto y la inflación.

Le di otro giro a la conversación. Pero ustedes debieron saber cómo murió Odette. ¿Tuvieron noticias al respecto?

Chas se quedó pensativo durante unos segundos. Luego se arregló la barba, se vio de reojo en uno de los espejos que estaba en la pared de enfrente y dijo sí, tenemos alguna información y volvió al silencio. Yo le quité la vista de encima y recorrí los libros: muchos de ellos parecían, a esa distancia, no haber sido abiertos. Gras se puso en pie y fue a cambiar la música: de Jolson a Glenn Miller.

En una carta, continuó Chas por fin, mi mamá nos decía la causa. Es todo. Luego tuvimos que viajar a Washington y ya no supimos más.

En mi memoria aparecía como mi última entrevista con Odette la vez que nos mostró a Silvana y a mí sus juguetes mágicos, los que tenía ocultos en una habitación distante, bajo llave, a donde nadie iba. Bebíamos como de costumbre. Odette estaba muy conversadora. Esa noche no quiso invitar a más personas. Después de la cena contó varias aventuras amorosas, una de ellas con un importante escritor cubano; contra su costumbre se negó a proporcionar el nombre; la discreción con que manejó el asunto me hizo pensar que el literato aún vivía y que ella había sentido afecto y respeto por él. Casi inmediatamente expuso una tesis: los cuentos y las leyendas han sido tergiversados con el paso del tiempo. Las nuevas versiones ofrecen muy poco de las originales. Como prueba de ello nos contó la verdadera historia del patito feo, no de la forma en que ha llegado a nuestros días, sino como ella la presencié.

Era una pareja de patos que tuvieron siete huevos: llegado el momento de cada uno de ellos surgió un horrible patito, pero del último emergió triunfante un hermosísimo plumífero.

Tanto el padre como la madre y los hermanitos del patito bello lo miraron desconcertados e inmediatamente sintieron repulsión y lo mantuvieron alejado lo mismo en tierra que sobre las tranquilas aguas del estanque.

Todos los patitos crecieron y en la misma medida fueron haciéndose cada vez más feos, repugnantes, de plumajes negros sin brillo, de ridículo andar, contrahechos, mientras que el hermano se hacía irremisiblemente más y más hermoso.

Cuando los padres, entristecidos, se convencieron de que su hijo nunca sería horrible como ellos, decidieron alejarlo del lugar para no manchar la reputación familiar. A picotazos lograron su objetivo.

Desde entonces un espléndido cisne vaga solitario y apesadumbrado, sin rumbo fijo, siempre rechazado por todos los habitantes de una comarca donde reina la fealdad.

Después, sin ningún respiro, sin que Silvana y yo pudiésemos dar una opinión, Odette se levantó de su asiento y nos dijo síganme, vamos a ver mis juguetes mágicos, pero tienen que prometerme guardar el secreto, a nadie se los he mostrado. Una vez quise que fueran para mi hijo y sólo conseguí arruinar dos de ellos gracias a sus brascas *manecitas*. Además, cosa rara, con él los juguetes se mostraban comunes y corrientes. Sí, normales.

Chas y Gras mostraban pesar por la muerte de Odette. Su frivolidad no les impidió quererla. En un momento de la conversación, Gras sacó a relucir las vistosas prendas de vestir que usaba Odette. Yo pensé que en otro sentido equivalían a las ropas mexicanas que caracterizaron a Frida Kahlo, llamativas, aunque en el caso de Odette eran siempre oscuras. Medité: ¿Es que nadie recuerda los aretes que usaba Odette? Parece que no. Tenía muchas joyas, algunas extremadamente valiosas, y todas permanecían guardadas. Se limitaba a ponerse aretes; grandes arracadas de oro. Es probable que tuviera una gran colección de ellas. Yo a veces noté que eran diferentes, lo que no variaba era el tamaño. Sin embargo, los ojos de Odette, sus cejas arqueadas, su piel blanca, sus dientes bien conservados, perfectos, el maquillaje magistral, hacían que uno olvidara las arracadas y concentrara su vista en ese rostro magnífico que pese al tiempo seguía mostrando el porqué la habían amado hombres de auténtica valía.

Por último supe cuál era la versión de la madre de Chas, no era otra que la oficial, la que llegó a ella a través de periódicos y de amistades que sabían —escandalizadas— la vida de Odette, vida que odiaban o que, más exactamente, envidiaban. Primero fueron las esquelas en los diarios (murió en el seno de nuestra santa madre iglesia, reconfortada por los auxilios espirituales y rodeada de sus familiares...). Había algo más. Algunas personas conocidas de Odette decían que no fue muerte natural ni producto de una enfermedad; que por error —estaba muy borracha— ingirió alcohol industrial. Estos rumores carecían de fundamento, pero Chas y Gras los daban por buenos. Lo que presuponía que Odette estaba en un grado de alcoholismo total y eso era imposible: ella sabía mantenerlo bajo control; era inaudito imaginarla cayéndose, trastabillando, diciendo incoherencias, en busca del botiquín para seguir bebiendo; cuando, por otro lado, su dinero le permitía comprar botellas por cajas. No, tampoco esa versión vulgar me satisfacía: ni el obituario ni el equívoco. Aunque en relación con el primero, México tiene una enorme tradición: todo mundo, por ateo que haya sido, muere dentro del seno de la santa madre iglesia. Un tío de mi madre, que militó en el comunismo, que hacía alarde de su ateísmo, antes de morir (rodeado de su esposa y de sus hijas, católicas, por supuesto: como si no hubiera podido educarlas dentro de concepciones científicas y no idiotizadoras) por arte de magia se convirtió al catolicismo para confesarse y comulgar con un sacerdote que se caía de sueño. La verdad fue otra, explicaba mi madre: el tío murió y luego su familia dio la versión de que el buenazo de Antonio había decidido retornar al camino adecuado para quedar en paz con Dios y obtener un lugar en el Cielo. Por esa razón los amigos comunistas que pretendían hacerle guardia fueron rechazados por la indignada viuda (bastante mal le hicieron a mi esposo en vida, él dejó *esas ideas*, permítanle descansar). Así que era factible que Odette se hubiese «convertido» después de muerta, cuando ya no era posible encontrar sus decididas negativas a creer en deidades.

De cualquier manera, la conversación tuvo el encanto de revivir algunos momentos con Odette y otros con Silvana. Aquellos tiempos que para mí fueron

formativos, en los que aprendí tanto de esas dos mujeres maravillosas.

[Si alguien hubiera podido ver a Silvana: dudaba si casarse o no, si tomar un avión y alcanzar a Enrique, si perdonarle sus errores. Y esos titubeos se prolongaban hasta que se sintió obligada a tomar una decisión y poniendo en primer plano los celos de su ex marido, considerando que no cambiaría, que el Otelo que llevaba en la mente no se saldría jamás, optó por convertirse en una mujer convencional, en dedicarse a la casa, en ser la señora de Santacruz, como si no tuviera apellidos propios. Pero nadie la vio, ni siquiera su mejor amiga, Odette.]

Y al evocarlas sentía una angustiosa nostalgia: se lamentaba de lo irremediable, cómo le hubiera gustado llegar a comprender a Silvana, dejar de lado los celos e intentar mejorar las cosas. Sólo que a estas alturas ya no cabían las lamentaciones: ni Silvana volvería con él ni Odette resucitaría.

Yo tenía mucho trabajo y que terminar una investigación que me requería regresar a Francia. Y, además, la necesidad imperiosa de conocer los detalles de la muerte de Odette y no por razones morbosas sino porque deseaba saber en qué condiciones murió una mujer así de notable. En esos momentos, conversando todavía con Gras y Chas, tuve una idea que no dejó de sorprenderme por audaz: ver a Silvana, hablar con ella, preguntarle. Y sentí un leve nerviosismo, un agradable cosquilleo en todo el cuerpo. Imaginaba que algo tenía que saber, aunque no hubiera estado presente en la agonía de Odette, tampoco en los funerales.

Chas y Gras, especialmente la segunda, recalcaron la ingratitud de Silvana; ellos estaban a miles de kilómetros del lugar donde moría Odette, pero sentían poseer la autoridad moral para criticarle su injusticia, su dureza para con la reina nocturna que supo abrir las puertas de su palacio a una extranjera de la que poco o nada se sabía. La insistencia comenzaba a serme monótona y consecuentemente molesta, por tal razón dejé a la pareja con sus viejos discos y su amplio bagaje cultural de salón burgués, prometiéndoles volver en poco tiempo.

Ahora mi siguiente paso sería buscar a Silvana, conseguir su número telefónico. Dudaba que su marido se molestara en caso de saber que yo la había visto, en todo caso no me importaba su reacción. Sólo pensaba en que el pretexto para ver a mi ex esposa era perfecto.

Salí de la casa de Gras y Chas todavía escuchando a Jolson cantando *Swanee* y a Glenn Miller tocando *Little Brown Jug*. Hasta entonces volví a pensar en los juguetes fantásticos. Cómo los había conseguido Odette. Ella afirmaba que fue a través de un anticuario, luego se contradecía alegando que los encontró en un viejo arcón olvidado en una de las habitaciones más remotas de la casa (tal vez un antepasado o tal vez un pariente los dejó allí). El caso es que parecían sacados de *Las mil y una noches* o de alguna obra de literatura mágica: soldaditos napoleónicos que tenían movimiento propio, en cuanto los sacaban de su estuche combatían contra un enemigo imaginario disparando diminutos fusiles y haciendo atronar cañoncitos; muñecas que hablaban, lloraban y caminaban sin ningún artefacto interior, con los brazos extendidos hacia

los de Odette; cajitas musicales con sinfonías de Mozart o conciertos para piano de Beethoven que parecían interpretados por toda una orquesta sinfónica y el instrumento solista; una bailarina, Pavlova de trapo, que bailaba ágilmente *El lago de los cisnes*; osos de peluche que husmeaban por los rincones de la habitación sin necesidad de cuerda; don Quijote y Sancho saltaban al abrir un libro de Cervantes y mientras el primero embestía un molino de viento, el segundo trataba de convencerlo de que no era un gigante maligno; en fin, verdaderos prodigios que ahora estarían arrumbados entre las pertenencias del hijo (con él se mostraban normales, volví a escuchar la voz grave de Odette) o en la bodega de algún comerciante, aquellos ingenios que nos hicieron pasar una noche inolvidable, sobre todo a Silvana quien corría, un tanto ebria, detrás de uno de los ositos de peluche. Era doloroso ver cómo se destruía la obra de una persona, su casa, sus propiedades, sus cuadros, sus piezas de arte prehispánico (muchas de ellas obsequio de Diego Rivera). Pronto nada quedaría de Odette, sólo el recuerdo en algunos de nosotros, los que la amamos, los que comprendimos sus inquietudes seniles como producto de su pasada grandeza, los que exploramos con ella la ciudad y la seguimos en sus aventuras, ¿pero cuántos éramos? De pronto me sentí el heredero espiritual de Odette, sin nadie más para preservar su memoria, con vulgaridad e incompreensión en torno a su recuerdo. Sin embargo, ahora que ella era pretexto para volver a ver a Silvana, sentía a Odette maravillosamente viva. Estaba seguro de poder ir a su casa, tocar, entrar y conversar con ella durante horas.

Silvana, Javier y yo fuimos al cine, por la tarde, para matar el tiempo, y cuando llegó la hora (las nueve de la noche) nos dirigimos automáticamente a la casona de Odette, como de costumbre en aquella etapa de nuestras vidas: a pasar una larga sesión de sábado hacia el domingo.

Cuando llegamos Odette explicaba que nunca hubiera podido ser comerciante, a los escuchas de siempre, era demasiado vulgar; las botellas vacías probaban la velocidad con que estaban bebiendo. De no poder escapar a ese infame oficio de mercachifles, me gustaría tener una tintorería con un gran anuncio neón:

LAVAMOS AFRENTAS,
DESMANCHAMOS HONORES
Y BLANQUEAMOS REPUTACIONES.

No detuvo su broma para recibirnos. Nos saludó al concluirla. Pese al entusiasmo que desplegaba parecía cansada y preocupada, en ese orden.

Javier lo notó y se apresuró a decirle en tono compungido que estaba muy triste y que tal vez nada lo consolaría.

Por qué, interrogó Odette, que no dejaba de alarmarse ante los conflictos que ocurrían en su reinado nocturno.

Javier repuso a grandes voces:

¡Me han robado el libro genial que pensaba escribir!

Odette lo miró largamente y en seguida soltó una carcajada y una frase: Espero que alguna vez logre terminarlo a tiempo.

Después se formaron los pequeños grupos. Yo conversaba con Silvana y Javier. Silvana creía saber la razón de la tristeza de nuestra anfitriona. Es la edad, se sabe vieja, aunque todavía pueda ocultar los años, su edad le pesa espiritualmente. Es probable que la carga sea mucha.

Javier meditó y dijo tener el remedio. Pero nada hizo para disminuir la pena de Odette. A las tres de la mañana, cuando todos estábamos borrachos, Javier parecía conservar la lucidez y la sobriedad. Entonces se dirigió a Odette en voz alta para callarnos:

Podrá no creerlo, pero he vivido muchos años y estoy fatigado (Odette sonrió irónica, Silvana y yo desconcertados). Sí, ya sé, parezco tener treinta o treintaicinco años a causa de una botella con agua de la eterna juventud, herencia de un amigo suicida, y créame no sirve: sólo conserva la apariencia y eso no es mucho: el cansancio es interno, la vejez también.

Como Odette siguiera con su sonrisa, Javier fue al grano.

Puedo dar pruebas de mi edad. Siéntense a mi alrededor, voy a narrarles algo que me pasó hace cien años, en Francia, y que si tuviéramos que titularlo bien podría llamarse Verne y yo.

Comenzó su relato:

Estaba yo de visita en Amiens para saludar a mi viejo amigo Jules Verne. Cenamos y al finalizar ofreció leerme capítulos de su novela inédita *Los quinientos millones de la Begun*. En uno de ellos lo detuve con ciertas observaciones. Le dije que había otra solución en el momento en que Stahlstadt y sus inmensos hornos son abandonados por la súbita desaparición del tiránico dueño Herr Schultze. Tal fórmula evitaría sufrimientos a los obreros desempleados («diez mil familias») y los ayudaría a salir del «cortejo de miseria, de desesperación y de vicios».

¿Cuál?, interrogó molesto Verne por la intromisión.

La revolucionaria. Los trabajadores deben tomar en sus manos la ciudad industrial, hacerla suya, encender nuevamente los hornos, fundir el acero, convertirse en propietarios, ya sin ningún tipo de explotación.

Verne me miró desconcertado. En esa mirada estaban contenidas sus ideas sansimonianas en donde los obreros son únicamente los más numerosos y los más pobres y en las cuales no se les concede ningún papel histórico trascendental.

Proseguí en defensa de la modificación sugerida: cité a Marx, le recordé la Comuna de París... Nada. En su mente de burgués liberal no cabían ni la lucha de clases ni la apropiación de los medios de producción por parte de los obreros. Desalentado guardé silencio, cosa que Verne aprovechó para decirme que era la última vez que me leía algo suyo, que la Comuna le inspiraba horror, que estaba a favor del orden social establecido, que de aceptar mi desquiciada proposición la novela cambiaría de rumbo, no sería su propiedad, podría firmarla tal vez el socialista Zola, no él. Finalizó poniéndose de pie y arrojando con violencia sus originales sobre el escritorio. Llamó a su hijo Michel para que me acompañara a la puerta y escuché de sus labios el buenas noches más frío del mundo.

Perdí la amistad de Verne. Esa misma noche tuve que salir de Amiens con rumbo a París. Desde entonces no lo volví a ver. Lo seguí a través de sus viajes extraordinarios, sin comentarios, aunque en ocasiones estoy tentado a corregir alguna de sus páginas.

Al concluir su historia, Odette le dio a Javier dos besos: uno en cada mejilla: éste por Verne, el otro para usted y su fabulosa terapia.

No encontré otra solución, en definitiva lo mejor sería ver a Silvana, enfrentarla, preguntarle por Odette y tal vez recordar algunos de los buenos y malos momentos que pasamos juntos. No sabía cómo ni dónde encontrarla. Lo mejor sería buscar a los viejos amigos comunes, alguno de ellos tendría información.

Lo primero que se me ocurrió fue llamar a Beatriz. Confiar en que ella podría darme los datos requeridos.

Telefoneé. Pregunté por Beatriz. Mientras la llamaban la imaginé conspirando para derrocar a la burguesía desde las mismas filas de la burguesía, educando niños ajenos para convertirlos en anarquistas o nihilistas. Humillando a sus padres, insultándolos, arrojándoles al rostro su desprecio por explotar trabajadores. Su voz cortó mis pensamientos. Me saludó con entusiasmo y sin el tono que uno llega a suponer tiene un auténtico enemigo de la sociedad caduca y de los partidos poco radicales.

Hola, en verdad me da gusto que llames. ¿Cómo has estado?

Dije que bien y luego de preguntarle por personas y cosas sin importancia le pedí la dirección y el número telefónico de Silvana, como si yo tuviera la certeza de que ella los poseía. Me contestó que la había visto hacía algún tiempo, pero que jamás se le ocurrió intercambiar datos.

Beatriz empleaba una forma irónica para hablar. De inmediato pasó a la franca agresión. Ahora que están divorciados puedo decírtelo directamente, era una mujer convencional, incapaz de luchar para transformar la realidad.

La dejé hablar. No tenía intenciones de enfrascarme en una discusión torpe con Beatriz. Hice esfuerzos por cortar. Traté de despedirme. Pasó a otros temas. ¿Recuerdas a Luis? Terminó de traductor en una editorial de best-sellers norteamericanos. Jamás concluyó su famosa novela, posiblemente ni la comenzó. Y de/

Colgué sin hacer ruido.

Después de ese intento fallido pensé en Javier Guerrero. ¡Claro, cómo no hablé primero con él! Él le tenía cariño a Silvana y viceversa. Lo llamé. Contestó el propio Javier con su desenfado usual. Claro, buey, yo la tengo, no te lo dije porque imaginé que no deseabas verla. De inmediato hice una cita con él. En dos horas estábamos juntos, tomando un café.

Javier me explicó, sorbiendo lentamente su taza, fumando incansablemente, sin mirar el paisaje urbano que lo rodeaba, sin prestar atención a las personas frente a nosotros, algo que no esperaba, que no sospechaba. Los encuentros entre él y Silvana fueron varios. Parece ser —al menos eso sospechaba Javier— que ella los propiciaba con discreción. Trataba de obtener alguna información respecto a mí, qué hacía en ese momento, en dónde estaba, incluso llegó a preguntar si me había casado de nuevo o si vivía con alguna mujer. Mi amigo consideró su deber darle a sus conversaciones con Silvana un carácter secreto. Saber aquello me despertó una calidez y una ternura casi sin límites por aquella mujer. Por momentos me parecía verla. Cuando

visitábamos a mi mamá o cuando yo estudiaba para terminar los estudios y ella mientras tanto leía una novela, muy cerca de la mesa en que yo trabajaba. Los viajes que hicimos juntos. Y en fin, los días felices, aunque también recordé los momentos amargos, que fueron la mayoría, mis pesadillas. La forma en que nuestra relación fue deteriorándose y del amor pasamos gradualmente al desamor, incluso, en ciertos días, al odio. Nuestros pleitos fueron intensificándose y haciéndose más y más cercanos uno del otro. Los silencios eran más largos y penosos y las conversaciones menos fructíferas y gratas. Como de costumbre Odette fue nuestra confidente. Ambos le confesamos nuestros problemas con el fin de aminorarlos. Y algo logró la poderosa reina nocturna. Pero llegó el momento en que nada detenía a mis celos, tampoco había dique para mi aversión por el niño, por el pasado desconocido de Silvana y sobrevino la separación. Poco después, en un rato de serenidad, convenimos en divorciarnos. Yo aprovecharía una beca al extranjero para alejarme de ella, de la casa de Odette... Tratamos de no cerrar todas las puertas y bajo presiones de mi madre y de Odette prometimos escribirnos. Y así fue durante un tiempo, hasta que Silvana volvió a casarse, dándome, según yo, un tremendo golpe, cometiendo otra traición. Sin embargo, ahora sentía que las pesadillas enfermizas habían quedado muy atrás. Ojalá.

Cuando me despedí de Javier mi carácter había cambiado, sufrió una extraña metamorfosis. Quise ir a buscar a Odette y decirle que volvería con Silvana, que al menos pelearía por ella, que necesitaba su ayuda (como siempre), y cuando reaccioné estaba frente a la antigua casa encantada, sólo que adentro ya no estaba su extraordinaria dueña ni Silvana. El lugar estaba convertido en una tonta oficina de bienes y raíces. La transformación era total. Poco quedaba de la mansión. Era probable que allí no habitaran más recuerdos. Me entristecí. Fui a mi departamento y con nerviosismo, agitado, marqué el número de Silvana. Estuvo sonando un rato largo. Espero que esté, que al menos haya alguien para preguntar por ella. Ah, contestaban. Era Silvana. Su voz me dejó desconcertado, feliz, una mezcla de emociones y sentimientos me envolvieron. Pero de nuevo apareció aquella actitud que se interponía entre nosotros. No fui capaz de saludarla con agrado, con gusto, fui cortante, reprimí mi afecto y le dije después de una introducción de formalidades que tenía pocos días en México, que me enteré de la muerte de Odette y que me gustaría conversar con ella para que me diera los pormenores del fallecimiento de nuestra común amiga.

Silvana reconoció el tono y se entristeció. No puso ningún reparo para que al día siguiente nos encontráramos. Fue todo. Una imbecilidad más en mi ya amplísimo repertorio. La estupidez de siempre, me dije furioso. Y detesté mi carácter y me prometí que para la cita dejaría de lado el orgullo y ese estado de ánimo maligno que ante ella me convertía en una especie de ser irracional.

Llegué a la cita antes de lo previsto. Temía que Silvana se arrepintiera, pensaba en que ahora le obedecía fielmente a un tipo anodino y odioso, que quizá no le habían

dado autorización para dejar su casa..., cuando la vi acercarse: parecía más hermosa aunque estaba pálida (me explicó que estuvo enferma) y su proceso de envejecimiento comenzaba a notarse. Usaba un poco de maquillaje alrededor de los ojos y vestía con elegancia. Me saludó afectuosamente con un beso en la mejilla, sólo que no era una simple rutina (al menos así lo sentí yo), sino una legítima muestra de cariño, quizá de amor. Correspondí y la invité a sentar moviendo una silla.

El sitio era un café poco frecuentado de San Ángel: viejo, con mobiliario de otros tiempos, descuidado y pintarrajeado. En el extremo una pareja hablando en voz baja se acariciaba. Una mesera atendía sin apresurarse.

Silvana pidió té. Al tenerla tan cerca de mí, al alcance de la mano, desaparecieron mis aversiones, mis fobias y le dije que estaba muy hermosa; ella lo agradeció y me pareció (las luces eran débiles) que se ruborizaba. Le pregunté cómo iba su nueva vida. Su respuesta, vaga y general, me impidió darme una idea aproximada de su actual situación familiar. Por puro formulismo la interrogué sobre su hijo. Se limitó a explicar que era un niño callado y tímido, añadiendo que en algunos momentos todavía me recordaba. Seguimos por un rato hablando de nuestras vidas, hicimos un poco de memoria. Yo sentía deseos de llorar, de gritarle a Odette que regresara, que me prestara su máquina del tiempo para que pudiéramos reconstruir nuestro matrimonio.

Seguíamos nostálgicos.

Odette bromeaba ante un público divertido: Se los juro por experiencia, no hay hombre más turbado que el masturbado. En seguida recibía las presiones de Silvana y mías para que nos platicara de una reunión en casa de Rivera donde estaban Breton, Trotsky, Frida y otros personajes. Muéstranos las fotos, por favor...

Silvana se engolosinaba con los recuerdos. Iba y venía con facilidad entre ellos. Yo actuaba de manera semejante. Seleccionábamos los mejores. Era una forma de reconstruir el pasado, cuando nos conocimos en San Francisco, las buenas reuniones en la casona de Odette, nuestros recorridos nocturnos por la ciudad, las borracheras interminables escuchando a Javier Guerrero «discutir» con la anfitriona, era asimismo una manera de volver a ligar nuestras vidas. Y el tiempo iba pasando: afuera oscurecía; los callejones y callejuelas empedrados de San Ángel se hacían íntimos. Los ruidos desaparecían.

Odette escandalizaba, afirmaba que nunca conoció a un luchador antifascista tan rotundo como Diego Rivera. Javier la refutaba y se ponía él mismo como el mejor ejemplo. Siempre fui antifascista y si no estuve en la guerra contra las potencias del Eje fue porque yo era un bebé y no me

recibieron en los ejércitos aliados.

Sonreíamos y reíamos. Ninguno había probado su bebida. Estaban en sus recipientes, frías y quietas. La otra pareja desapareció y el café era todo nuestro. (Silvana, cómo pedirte que regreses conmigo, qué debo hacer para que me perdones, ya no tengo pesadillas, he dejado atrás mis celos. No debimos habernos divorciado... Si yo hubiese sido menos impulsivo, menos torpe... Silvana estaba frente a mí, pero al mismo tiempo era inalcanzable: las cosas habían cambiado sustancialmente, eran irreversibles y Odette no estaba para ayudarme o tal vez ayudarnos si es que —como yo imaginaba— Silvana tenía pensamientos equivalentes a los míos.)

Al fin llegó el momento de hablar de la muerte de Odette.

¿Reñiste con Odette, Silvana?, pregunté con todo el tacto posible para no crear nuevas heridas. Supe que no estuviste en el entierro.

No, no peleamos, repuso Silvana con la mirada perdida o fija en un punto invisible.

Estoy confuso, continué, he escuchado un gran número de versiones acerca de la muerte de Odette.

Una a una se las narré.

Silvana no se inmutó, su semblante no se alteró. Con frialdad dijo: Sólo son calumnias y vulgaridades; Enrique, las cosas fueron distintas. Cuando Odette sintió que su proceso hacia la vejez se aceleraba, consideró que era preferible suicidarse. Habló diciendo que le era odioso despertar compasión, lástima. Y concluyó que lo mejor era morir antes de que los años la convirtieran en un estorbo o en un objeto inútil, algo que causara repugnancia. Ella no quería que la gente deseara su desaparición, no, Odette seleccionaría la mejor manera de retirarse de escena. Así fue. No quiso darse un tiro por vanidad: el balazo le destrozaría la cara. Optó por el veneno. Yo, Enrique, lo obtuve, yo la ayudé a prepararse; se puso su mejor vestido, se arregló el cabello con esmero y ella misma se maquilló: dejó la consabida carta para evitar problemas a los pocos que la queríamos y la frecuentábamos y para evitar la autopsia. No estaba trágica. Bebió poco. Se veía radiante. Cuando me vio llorar me pidió que no lo hiciera, que no tenía caso, que mejor pensara en un corto viaje, en una breve separación. Luego me dijo que si volvía a verte te diera un beso, seguía preocupada por nuestro divorcio y en el fondo aguardaba la reconciliación, estaba segura de que parte de nuestro fracaso se debía a su incapacidad para mantenernos juntos, ésa había sido su gran falla en la vida..., la otra, seguramente, no haber podido mantenerse joven. Me besó en la boca, como otras veces lo había hecho, pero ahora sin pasión ni deseo, sólo para despedirse con calidez. Por último bebió el veneno. Las luces estaban apagadas. Ninguna persona del servicio se encontraba en la casa. Hacía tiempo que la casa no era motivo de festividades: no recibía a muchos, salvo a los escasos amigos que le fueron quedando a Odette. Habíamos desconectado el teléfono y el timbre de la puerta. Se acostó en su cama. La habitación tenía un

orden sorprendente. Mantuvo los ojos cerrados y estuvo hablando unos minutos, recordando su juventud, luego se contrajo, se quejó de dolores en el vientre y al poco abrió los ojos, enormemente, trató de respirar con profundidad, el aire le faltaba y sin lanzar un grito murió. Para no despertarla salí sin hacer ruido, de puntas, antes de cerrar la puerta de su habitación la miré: estaba muy hermosa, rejuvenecida. Abandoné la casa para siempre. Comprenderás que la familia negó el suicidio y también comprenderás la razón por la cual no fui al sepelio. Yo contribuí a su muerte, yo le di el veneno que la mató. Fue espantoso. Pero no tengo ningún remordimiento. Era su voluntad, no quería sufrir más humillaciones a causa de la ancianidad y tampoco, una mujer como ella, iba a asumir el papel de abuelita tierna dedicada a la costura y a los bordados, bebiendo chocolate por las tardes y aguardando con resignación su muerte.

Silvana se interrumpió. Estaba llorando. Y yo también conmovido por su relato, por la dureza de esos momentos y el valor con que los afrontó. Estaba impresionado por la fortaleza de Odette, por su voluntad de vivir y morir como le diera la gana, ajena a los comentarios imbéciles.

Le pregunté a Silvana si me acompañaría a mi departamento, si se quedaría conmigo un rato más o toda la noche. Como respuesta se puso de pie y yo la imité.

Durante el trayecto casi no hablamos. Íbamos de la mano, temblorosos. Ya en mi departamento, antes de que nos besáramos e hiciéramos el amor, Silvana recordó unas palabras de Odette:

Pensé que viviría eternamente. Pero mis últimos años fueron una ficción, un simulacro que me empeñé en vivir. Es posible que en momentos haya estado más cerca del ridículo que del decoro, pero era peor aceptar mi verdadera edad, mi verdadero tiempo. Los amigos y compañeros de mi juventud hacía rato que no estaban más. Y la mayoría de los que me rodean lo hacen por las cosas que pueden obtener. Sólo tuve a Enrique y sólo te tengo a ti, Silvana. En fin, me queda el consuelo de saber que la muerte no es invencible, tampoco lo es la vejez, la humanidad las ha derrotado. Muere un ser, otro envejece, de inmediato nacen más.

Es probable, concluyó Silvana, que Odette no hubiese querido obtener la inmortalidad,* le dolieron las muertes de sus amigos, le hubiera dolido la nuestra. Amó demasiado, ése fue su problema.

* [Cierto, Odette: no te hubiera gustado la inmortalidad. Tú misma me leiste unas breves líneas al respecto: Fue el primero en solicitar la inmortalidad; eso sucedió en los comienzos, poco después de que el hombre se irguiera. Quizá por la novedad o para experimentar, con facilidad le

fue concedida. En nuestros días, el pobre tipo, pese a su optimismo y paciencia, hartado de contemplar el largo y deprimente desfile del género humano, se vuelve loco demandando un trato: que el Demonio o quien sea, a cambio de su alma haga venir a la Muerte liberadora.

¿Las recuerdas? Decías, además, que según ciertas crónicas existía un planeta donde las leyes eran despiadadamente severas, crueles: cuando alguien cometía un crimen intolerable como el homicidio, era castigado con la pena máxima: la inmortalidad.

Hiciste bien en suicidarte, Odette, cuando el ciclo se completa uno debe resignarse a morir. Y si no queda mucho en el mundo hay que apresurar la muerte. No sólo ello, también debemos escogerla.]

No volví a ver a Silvana. Después de aquella noche de amor y dolor desapareció dejándome todavía más lastimado. Cuando desperté no estaba, sólo la sensación de su presencia, su olor, el peso de su cabeza en la almohada. Traté de llamarla al teléfono que tenía y fue infructuoso: nadie contestó. Lo mismo ocurrió con la dirección que de ella me dio Javier, no existía. No hubo poder humano que me permitiera dar con Silvana. La imaginé decidida a cerrar su pasado con esa noche. Respeté su voluntad.

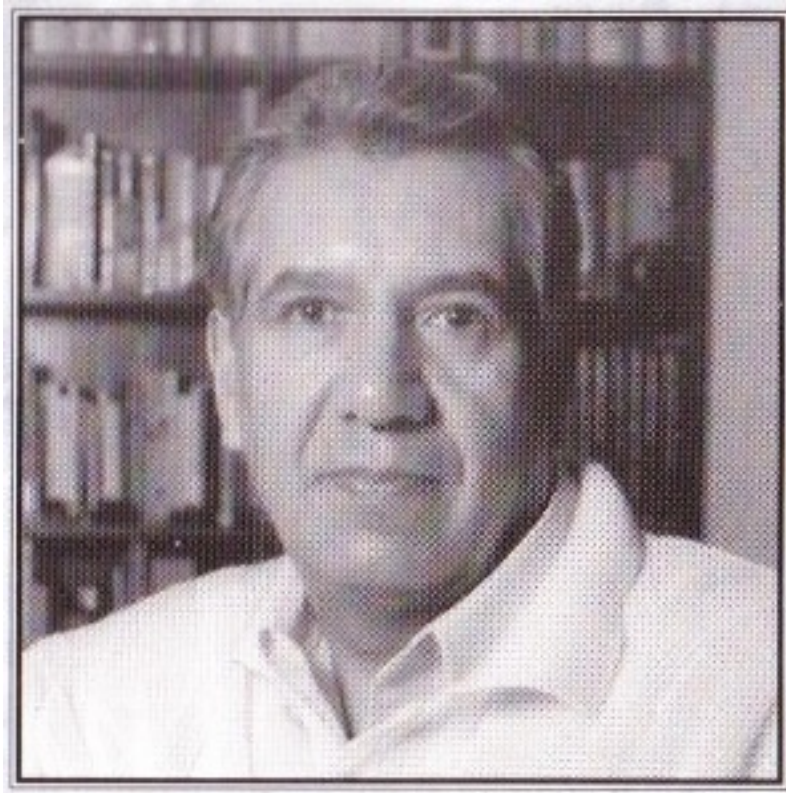
Pocos meses después comencé a organizar mi viaje de regreso a Europa, el que esperaba definitivo. Tenía que pasar por los Estados Unidos y antes por Baja California, en donde me aguardaba un buen compañero de estudios, Luis Ángel. Fue un viaje estupendo, mi anfitrión resultó perfecto: recorrimos playas, restaurantes, cabarets, bares, en medio de una francachela fenomenal.

Una noche Luis Ángel detuvo su coche en una playa. Quería mostrarme la belleza del sitio, cerca de Puerto Nuevo. Llevábamos una botella de coñac y yo le contaba la historia de mi matrimonio con Silvana y la relación de ambos con Odette.

Luis Ángel escuchaba con atención. De vez en cuando interrumpía para hacer alguna observación o para precisar algún detalle de mi relato. En momentos levantábamos la cabeza para mirar hacia el mar y toparnos con delfines chapoteando; arriba había luna llena, una espléndida luna llena. Ninguno tenía prisa por llegar a Ensenada, lugar final de nuestra excursión. La playa estaba vacía a excepción nuestra. Como a las dos o tres de la madrugada, cuando al fin el calor había disminuido, Luis Ángel se quedó dormido y yo decidí dejarlo descansar. Quería poner en orden mis recuerdos aprovechando que los había sacado de ese archivero mental gastado por tanto uso. Tomé un trago más de coñac y me puse en pie para caminar. No lejos de mí estaban dos personas que antes no vi, dos mujeres para ser exacto. A su alrededor había algunos objetos que a esa distancia no alcanzaba a distinguir. Pensé que se trataría de dos turistas norteamericanas. Y estuve a punto de invertir el camino cuando algo, alguien, hizo que me dirigiera directamente hacia aquellas mujeres. Reían y conversaban. Al acercarme pude percatarme de que una era Odette y la otra Silvana. Los objetos eran los juguetes mágicos de la primera.

Dije sus nombres con temor, con miedo a que mi voz disolviera las imágenes queridas. Ambas volvieron la vista hacia mí y sonrieron. Silvana tenía entre sus manos al oso de peluche que tanto le llamó la atención. Me apresuré, quería hablarles, tocarlas, preguntarles, contarles... La visión se desvanecía entre los rayos de la luna y la arena. Pensé que se había tratado de una alucinación: el alcohol, el calor y la fatiga a veces juegan bromas pesadas. Pero no, al llegar al sitio en el cual estuvieron ellas noté que la arena estaba pisoteada: las huellas de pies desnudos y marcas de juguetes. Comprendí de pronto por qué razón no supe más de Silvana, ella también estaba muerta. Probablemente lo estaba antes de verla y atendió a mi llamado para darme la versión correcta de la desaparición de la reina nocturna. De ser así los poderes de Odette seguían funcionando igual que su afecto por mí. Ambas eran seres incorpóreos, pero estaban vivas, podían materializarse a voluntad. Me alegré. Ahora

sabía que las dos estarían presentes a lo largo de mi vida y que me seguirían hasta que yo pudiera ir con ellas a recuperar las andanzas y las aventuras de aquellos tiempos de la casona mágica de Odette. Los tres. Juntos siempre. Quizás en *El jardín de las delicias*.



RENÉ AVILÉS FABILA nació en la Ciudad de México. Estudió Ciencias Políticas en la UNAM e hizo un posgrado en la Sorbona en París. Entre otras distinciones, su obra ha sido reconocida con el Premio Colima a la mejor obra publicada en 1998 y con el Premio Nacional de Periodismo en 1991. Como periodista ha colaborado con ensayos de crítica política y literaria en *El Día*, *El Nacional*, *Siempre!*, *unomásuno* y como editorialista en *Excélsior*. Sus artículos han aparecido también en revistas del extranjero. Fue Director General de Difusión Cultural de la UNAM. Es profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco) y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es fundador y director de la revista cultural *Universo de El Búho* y presidente de la fundación cultural que lleva su nombre.

Nació el 15 de noviembre de 1940 en la ciudad de México. Murió en la ciudad de México el domingo 9 de octubre de 2016.